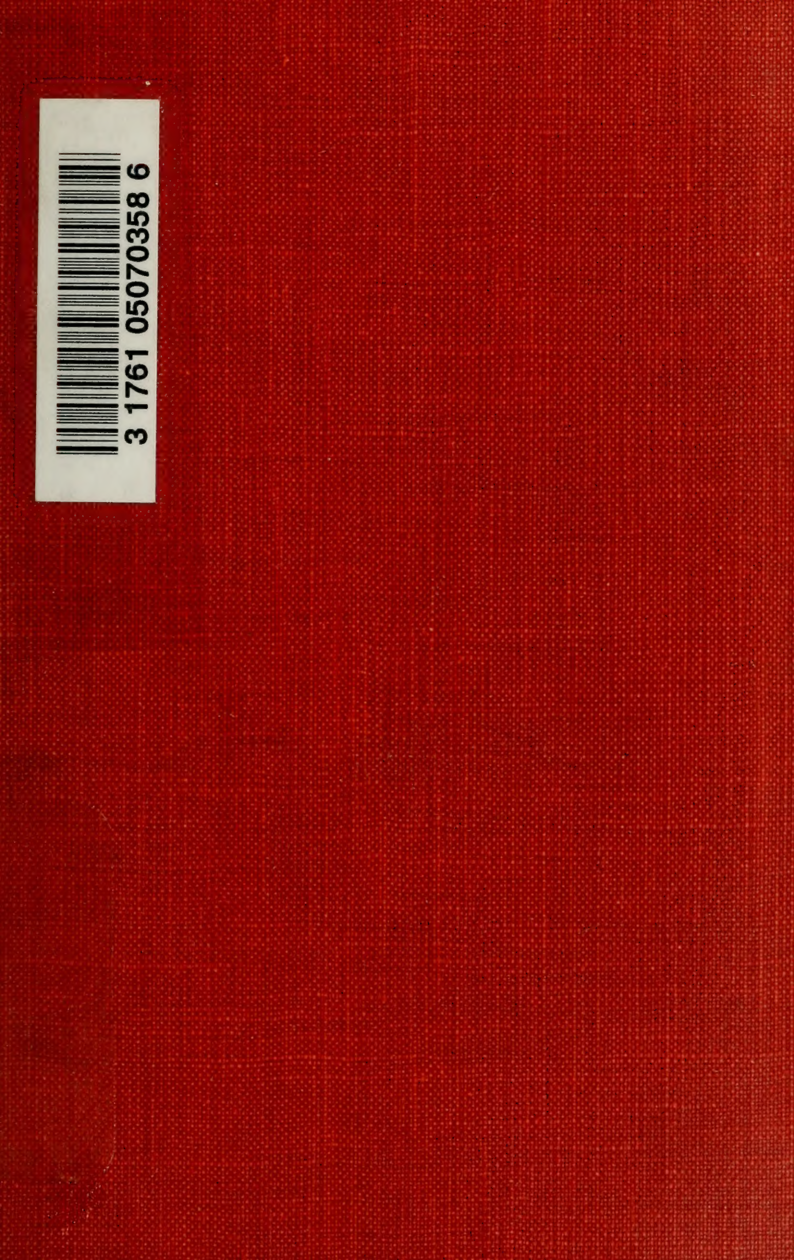
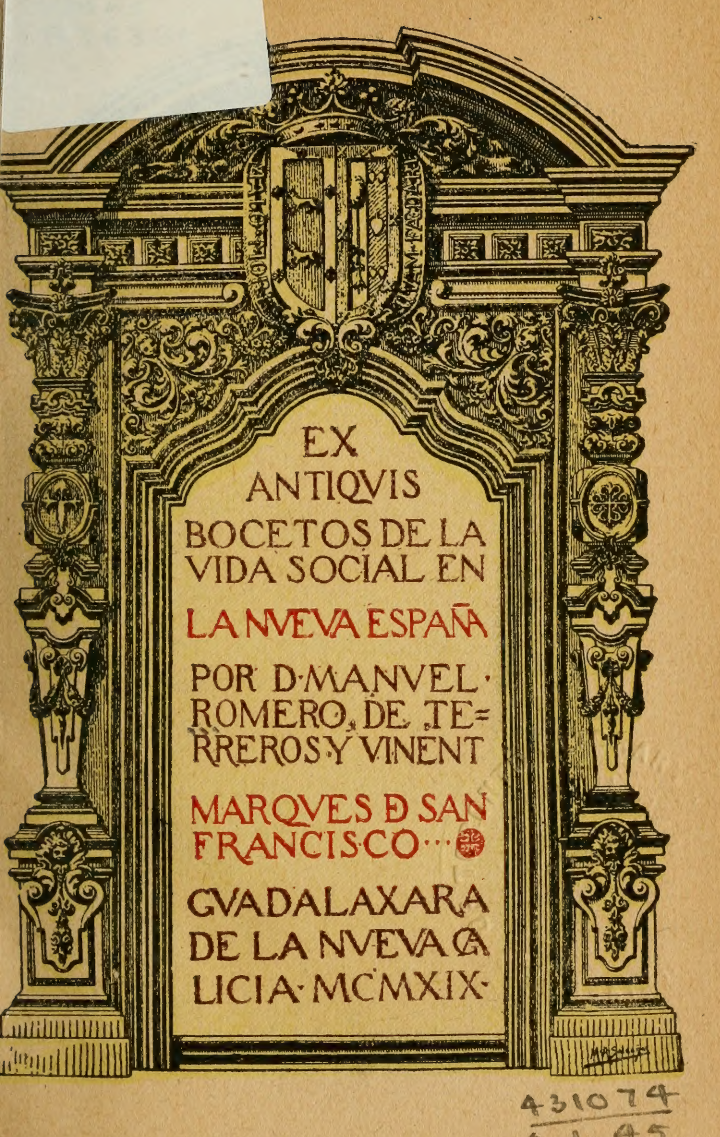

3 1761 05070358 6

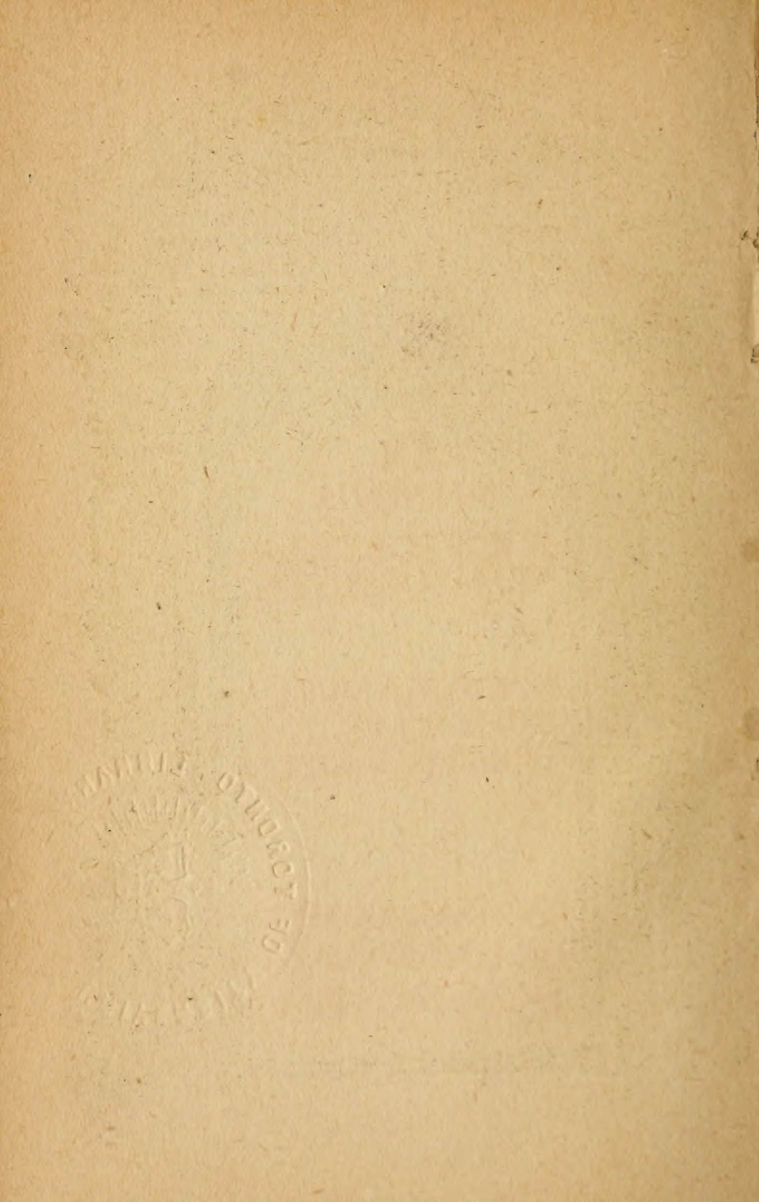
EX
ANTIQVIS




EDICIONES
UNIMC


e33
2.5
EX
ANTIQVIS
BOCETOS DE LA
VIDA SOCIAL EN
LA NVEVA ESPAÑA
POR D·MANVEL·
ROMERO DE TE=
RREROS Y VINENT
MARQVES D SAN
FRANCISCO···
GVADALAXARA
DE LA NVEVA GA
LICIA·MCMXIX·


EX
ANTIQVIS
BOCETOS DE LA
VIDA SOCIAL EN
LA NVEVA ESPAÑA
POR D·MANVEL·
ROMERO DE TE=
RREROS·Y VINENT
MARQVES D SAN
FRANCISCO···
GVADALAXARA
DE LA NVEVA GA
LICIA·MCMXIX·



Mi estimabilísimo amigo D. Manuel Romero de Terreros, Marqués de San Francisco, con la exquisita bondad y finura que le conocemos todos, ha puesto en mis manos los originales del presente libro, para que yo escriba un prólogo o cosa semejante.

Sin duda que al fijarse en mí, teniendo como tiene tan buenos amigos entre los afamados escritores de México y de allende los mares, mi excelentísimo amigo sólo debe haber pensado que yo recibiría particular gusto en ello, pero no por mis propios méritos ni porque él necesite de elogios míos ni extraños, que sus artículos sobre la vida de la sociedad hispana durante la época del

coloniaje, publicados en distintos periódicos; sus disertaciones presentadas a diversas corporaciones, en las cuales él es individuo muy apreciado. y sus estudios que sobre genealogía y heráldica ha impreso aparte en opúsculos o libros, son y serán recomendables por sí mismos porque aúnan a la erudición la forma correcta.

Así es, que al distinguirme con que vayan mis letras precediendo a las suyas, es para complacerme y transportarme a otros tiempos que siempre han sido motivo de mis estudios; y en efecto, su pluma evocadora nos hace vivir en aquella selecta sociedad de los siglos coloniales, y para convencernos de esto nos presenta una a una, con la cortesía digna de su abolengo, a las virreinas de la Nueva España; asistimos a las reuniones en Palacio; las acompañamos en los paseos campestres; vamos a orar con ellas a los templos; les damos el pésame en sus pesares, y somos testigos aún de ciertas cosas íntimas.

Y cómo no había yo de tener inmensa satisfacción de tratar boca a boca y mano a mano, con tan amables y graciosas duquesas, marquesas y condesas, a la vez que con

sus muy respetables y aristocráticos consortes; y en ir en la grata compañía del Marqués de San Francisco a las procesiones y paseos, que nos hace más gratos con sus eruditos informes: ya camino de la Villa para admirar el Santuario de la Virgen indígena; ya para presenciar las curiosas ceremonias de imposición por la Real Universidad de borlas doctorales; ya a regocijarnos en giras campestres por S. Angel o S. Agustín de las Cuevas, «la de los verdes sembrados», como dijo un poeta; ya para asistir a los solemnes funerales de S. E. el Marqués de Casa Fuerte, que de Dios goce allá en el cielo, por las virtudes privadas y dones de gobernante que le hicieron tan querido acá en la tierra.

Y cómo no he de tener especial placer yendo con mi amigo al Santuario de la vetustísima Virgen de los Remedios; deslumbrarme con la pompa y boato desplegados en la toma de posesión y entrada pública de los virreyes; sentir respeto por la venerable Cofradía de los Cocheros del Santísimo; ni privarme de ver la bendición de las banderas del ejército, ni tampoco de pasear en cómodo forlón, tirado por dos troncos de mulas blancas alrededor de la Alameda, por la

calzada de Bucarelli, o embarcado en canoa enflorada por el canal de la Viga.

Qué mayor alegría me puede proporcionar el Señor Romero de Terreros, que convidándome a conocer, como él lo conoce, el gran mundo colonial; edificándome con la piedad de los virreyes, muchos de ellos deudos suyos y todos amigos míos; presentándome al Excelentísimo Señor Don Fernando de Valenzuela, el llamado *Duende*, que tanta guerra dió en la Corte española por su privanza y que vino a morir aquí víctima de la coz de un caballo; contándome al oído el enredo matrimonial con la famosa «China»; poniéndome en relación con los Borda y otros potentados señorones; llevándome a los besamanos y saraos del Real Palacio, y a la toma de hábito y cruzamiento de un Caballero de la Orden de Santiago; y al fin rematando con la deliciosa presentación de cuatro damas hermosísimas, «Venus» y las «Tres Gracias», o sean la famosa «güera» Rodríguez y sus tres hijas, y refiriéndome después los detalles picarescos y las murmuraciones embozadas a que dieron margen ella y ellas por sus hechos y dichos.

Y el mismo gusto que he recibido y

gozado con la evocación de aquellas cosas de los pasados tiempos, estoy seguro que lo recibiràn y gozarán los que lean los sucesos contenidos en estas páginas del Marqués de San Francisco, quien los ha desentrañado con arte y amor de papeles y libros olvidados, para ofrecerlos en edición flamante, como hábil orfebre que cincela con plata u oro antiguo, ricas y hermosas joyas nuevas.

Luis González Obregón

V—V—MCMXIII.

LAS VIRREINAS DE LA NUEVA ESPAÑA

I

Las primeras Virreinas

Es innato en la humana naturaleza que la mujer ejerza grande influencia sobre su compañero, y por lo tanto,—aunque, como todas las reglas, esta tiene sus excepciones,—cuando se estudia la vida de un hombre, hay que tomar en consideración si hubo tal influencia y qué proporciones alcanzó. Al tratar, pues, de los Virreyes que durante tres siglos gobernaron en México, conviene recordar quiénes fueron sus esposas.

En honor de la verdad, muy poco hicieron estas damas que fuera de gran trascendencia para la política de la Colonia; en general, no ha recogido la Historia (1) más que sus nom-

(1) Don Lucas Alamán, en el Apéndice I de sus *Disertaciones históricas;* Don Angel Núñez Ortega en

bres, especialmente durante los primeros tiempos del gobierno español; pues no fué sino hasta mediados del siglo XVII que empezaron a destacarse, socialmente hablando, de la penumbra del cuadro virreinal.

Las esposas de los primeros cinco Virreyes, Don Antonio de Mendoza, Don Luis de Velasco, Don Gastón de Peralta, Don Martín Enríquez de Almanza, y Don Lorenzo Suárez de Mendoza, Conde de la Coruña, fueron, respectivamente: Doña Catarina de Vargas; Doña Ana de Castilla y Mendoza, hija de Don Diego de Castilla, Señor de Gor y Caballerizo de Carlos V; Doña Leonor de Vieo; Doña María Manrique, hija del Marqués de Aguilar; y Doña Catalina de la Cerda, hija del segundo Duque de Medinaceli.

Varios papeles sobre cosas de México; y Don Jesús Galindo y Villa en su *Guía para visitar los salones de historia de México en el Museo Nacional.*

II

La Marquesa de Villamanrique

La Marquesa de Villamanrique, esposa del séptimo Virrey, es la única Virreina del siglo XVI de quien hay algunas noticias, poco edificantes, es cierto, pero que debemos conocer por tratarse de una época tan lejana en la historia colonial.

Refiérenlas los anónimos autores de la Relación de la visita que hizo Fray Alonso Ponce, Comisario general de la Orden Seráfica, a las dilatadas Provincias de Nueva España. Este religioso, debido a sus enérgicas medidas para con los miembros de su orden, que por desgracia estába un tanto relajada, no les fué nada grato, y captóse, además, la enemistad del gobernante y de la Virreina, Doña

Blanca de Velasco, hija del cuarto Conde de Nieva, señora, según parece, de conducta ligera y carácter más que dominante.

Para no robarle su colorido a la citada crónica, trasladamos literalmente lo que sigue:

«Por este mesmo tiempo, (Septiembre de 1586) fueron el Virey y la Vireyna á holgarse y recrearse en la cibdad de Xochimilco. Posó con toda su casa dentro de nuestro convento en un dormitorio dél, y detúvose allí siete u ocho dias en que los indios les hicieron grandes fiestas, aunque les costaron caras, porque en una dellas murieron dos o tres dellos, con un tiro que se disparó y reventó, y al principal indio de aquella cibdad hirieron muy mal. Hallóse en estas fiestas el provincial fray Pedro de San Sebastián, y hubo en el convento mucha franqueza y libertad, más de la que era razón entre frailes que profesaron tan estrecha pobreza, porque (según certificaron al padre Comisario) había á comer trescientas raciones, y a cenar otras tantas, y a todos se daba vino, de lo cual se decía haberse gastado más de cuatro pipas; las aves que se comieron, así de la tierra, como de Castilla, son sin número, y la colación de confitura y caxetas y otras cosas fué gran cantidad y de mu-

4



Marqués de Villa Manrique

cho precio, y todo lo proveyeron los frailes por orden del provincial: y aunque todo esto es malo delante de Dios, y delante de los hombres, lo que más mal pareció, y de que todo el mundo tuvo que murmurar, fué la demasiada libertad, rotura y disolución que hubo en entrar y estar muy de propósito mujeres, no sólo la Vireyna y las suyas, sino otras muchas, dentro del dicho convento y andar por las celdas como si fuera casa profana, y como si no hubiera breve apostólico que só graves penas y censuras prohibe estas entradas, y como si a los frailes no los comprendiera el dicho breve por admitirlas, y no estuviera así declarado y mandado por nuestros estatutos generales de Toledo. Allí despachaba el Virey, allí acudían los oidores y oficiales de la Audiencia, y había juegos y fiestas, y aun dicen que un fraile lego nadó en un estanque en presencia de la Vireyna, y que ella le tiraba naranjas, y que yendo con el Virey en unas canoas holgándose por aquella laguna, y con ellos mucha gente tiràndose con elotes (que son las mazorcas tiernas del maíz) iba también con ellos el provincial haciendo lo mesmo, y que dió con uno destos elotes en las narices a un caballero, pariente del Virey, un tan gran golpe, que le hizo salir mucha sangre, y aun indignarse mucho contra él y de-

cirle palabras pesadas. Afirmaron también al padre Comisario, que estando la Vireina jugando a los bolos con el mesmo provincial, y deteniéndole la bola un fraile, o apartándosela para que no entrase en los bolos, había ella dicho con voz que todos los circunstantes la oyeron, amenazándolos graciosamente con el mesmo padre Comisario y diciendo: no me hagan trampas ni toquen a mi bola, miren que les traeré al de Ponce; en lo qual dió bien a entender cuan poderosa era, pues estaba en su mano traer al padre Comisario general á la provincia, como lo estuvo echarle della. Y con todas estas fiestas y otros muchos regalos que ordinariamente le hacía el provincial y sus allegados, y muchos presentes que le enviaban, negociaron (según dicho de todos, el cual es verosímil) todo lo que quisieron, y especialmente la provisión que entonces se despachó contra el padre Comisario.»

No fué esta la única ocasión en que los Virreyes habitaron un convento de la Orden; en la misma Crónica leemos que en Junio del año siguiente, se trasladaron al de Tacuba «con sus criados y criadas» y regaláronse con toda clase de festejos, aunque con más moderación que en Xochimilco.

Otro de los paseos favoritos de la Virrei-

na era a un lugar cercano a San Agustín de las Cuevas (Tlalpam) que por este motivo se llamó «las fuentes de la Marquesa.»

Cesaron estos escándalos cuando el Marqués de Villamanrique fué removido del Virreinato a principios de 1590. Por cierto que el Obispo de la Puebla, Don Diego Romano, que fué nombrado Visitador, lo trató con tanta severidad que embargó todos sus bienes, sin exceptuar siquiera la ropa de la Marquesa.

III

Las esposas de varios Virreyes

El insigne Don Luis de Velasco, el segundo, tuvo por esposa a Doña María de Ircio y de Mendoza, hija del Conquistador Martín de Ircio, Encomendero de Tepeaca, y fueron progenitores de la ilustre casa de los Marqueses de Salinas de Río de Pisuerga.

Doña Inés de Velasco y Aragón, hija del Condestable de Castilla Duque de Frías, fué esposa del Conde de Monterrey y Doña Ana Mejía de Mendoza del Marqués de Montesclaros. Esta señora fué muy afecta a la caza, y frecuentaba con tal objeto el secular bosque de Chapultepec. Según Arias de Villalobos, murió en la mar, cerca de la Habana, al regresar su marido a España del Virreinato del Perú.



Conde de Baños

junio siguiente se le ministraron los Santos Sacramentos. Acompañaron al Viático el Virrey, la real Audiencia, las órdenes religiosas con sus prelados, y el cabildo eclesiástico con sobrepellices todos sus miembros, quienes seguramente olvidaron en esos momentos los resentimientos que con el Virrey tuvieran. Llevósele también, por ser de la especial devoción de la dama, la imagen de Nuestra Señora de la Asunción, que se veneraba en la iglesia de Santa María la Redonda, la cual permaneció en la virreinal alcoba algunos días, y cuyo regreso describe Robles en los siguientes términos:

«El lunes 14 de agosto se armó en los corredores de palacio, en lo alto, un altar adornado con mucha plata y cera y cantaron el Dr. Simón Estevan y doctores Sariñana y Buitrón misa mayor, que ofició la capilla de la Catedral, y este día, a las tres de la tarde, salió de palacio la procesión, llevando en hombros la imagen los frailes de S. Francisco, y le alumbraban los hijos del Virrey y sus criados, y él iba detrás de la imagen acompañado de toda la nobleza, audiencia y religiones, excepto la del Carmen: fué por la calle de S. Francisco, donde entró por la una puerta, salió por la otra y pasó por la calle de Santa Isabel, en cuya iglesia entró, y después en la de la Con-

cepción y de allí a la suya; y todas las iglesias por donde pasó repicaron y se acabó este acto a más de las seis de la tarde.»

El 21 había mejorado la Virreina lo suficiente para poder transladarse a la casa de campo que el Corregidor don Austasio Salcedo poseía en Tacubaya, para cambiar de temperamento, y en 25 de noviembre acudió en compañía de sus damas y con bastante ceremonia a Santa María la Redonda a dar gracias a la Santísima Vírgen. Volvió a enfermar, sin embargo, pues leemos que el año siguiente, 8 de julio, el Virrey con su mujer, hijos y servidumbre «estuvieron en la huerta de Cantabrana, junto a la del Marqués, viendo pasar el acompañamiento que iba con Nuestra Señora de los Remedios, y merendando en público; se fueron los dichos a la huerta de Córdoba que es en Tacubaya, y ocuparon con su familia todas las huertas y casas de dicho pueblo con intento de mudar de temple la Virreina por la gravísima enfermedad que padece de desconcierto, de que está desauciada de los médicos; y así le acompañaron el Virrey y los suyos, y dejaron casi desocupado el palacio.»

Además de todos estos disgustos, sufrió la infortunada señora la pérdida de su hijo más pequeño: nacido éste en el mar, murió en

3 de agosto, y fué sepultado en la iglesia del convento de San Juan de la Penitencia.

Como generalmente acontece, la impopularidad que desde un principio se grangearon los Condes de Baños fué cada día en aumento, alcanzando tales proporciones, que en las postrimerías de su reinado, no había ocasión que se presentaran en público que no fueran saludados con una general «rechifla.»

Poco después de haber dejado el mando, transladáronse a San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpam), mientras se reponía del todo la Condesa y llegaba la ocasión de embarcarse para España. Pretendieron en un principio fijar su residencia en Tacubaya, por ser este pueblo de la predilección de los Baños, pero no les fué permitido por quién sabe qué razones o intrigas. Embarcárouse por fin en 25 de marzo de 1666, y mejoró notablemente la salud de la Condesa, puesto que vivió diez años más. A la muerte de su esposa, Baños, decepcionado y triste, tomó el hábito de carmelita descalzo en Madrid, cantó su primera misa en 1676 y murió dos años más tarde en el convento de su orden en Guadalajara, a donde se había retirado, como el César a Yuste, en busca de la paz que el mundo le negara.

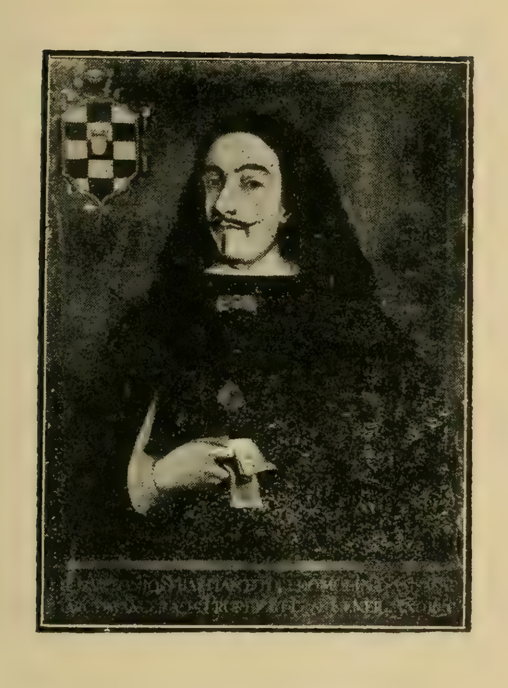
VI

La Marquesa de Mancera

Las academias literarias que tanta afición despertaron en España durante los siglos XVI y XVII, gracias a las galas que en ellas lucieron los ingenios del siglo de oro de nuestra literatura, tuvieron por entusiasta admirador a don Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, embajador un tiempo en Venecia, y, de 1664 a 1673, vigésimo quinto Virrey de la Nueva España. Debido, pues, a sus literarias aficiones, que también eran las de su esposa doña Leonor Carreto (1), fueron ambos decididos protectores de aquella gentilísima Jua-

---

(1) Hija del Marqués de Grana, Embajador del Emperador Fernando III en Madrid.



Marqués de Mancera

na de Asbaje que se apellidó en el claustro Sor Juana Inés de la Cruz, y en el mundo de las letras, la décima Musa.

Nació esta poetisa, como todo el mundo sabe, en 1651 en una alquería vecina a los incomparables volcanes; a los cinco años sabía leer, escribir y contar, y a los ocho, compuso una loa en honor del Santísimo Sacramento, y pretendía que sus padres la vistiesen de hombre y la mandasen a cursar en la Universidad de México. Claro está que a lo primero, no accedieron, pero sí la enviaron a la capital de la colonia, a casa de su abuelo, y como pronto llamó la atención por su raro talento, «la introdujeron en el palacio .... y entró con el título de muy querida de la Señora Virreina,» según su biógrafo el P. Calleja, quien agrega: «La Señora Virreina no parece que podía vivir un instante sin su Juana Inés, y ella no perdía por eso el tiempo a su estudio»......

Las empresas literarias de Juana de Asbaje, tan del gusto del Virrey, hicieron a éste concebir una estratagema para cerciorarse hasta qué punto tenían aquellas sólido fundamento; y, al efecto, hizo reunir un día en el real palacio a unos cuarenta de los más notables hombres de letras y de ciencias que en la ciudad había, para examinar a la futura monja, quien, según las palabras del propio Man-

cera, «a la manera que un Galeón Real, se defendería de pocas chalupas, que la embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos, cada uno en su clase, la propusieron»......

Gran desconsuelo sintió doña Leonor Carreto al participarle la preferida de sus damas de honor su decisión de retirarse al claustro; tomó Juana de Asbaje el hábito de carmelita descalza en el convento de la orden (Santa Teresa la antigua), en 14 de agosto de 1667, presenciando la ceremonia los Marqueses de Mancera y muy distinguida concurrencia; mas no por haber abandonado el mundo, abandonó Sor Juana el cariño de la Virreina: antes bien, parece que la vida del claustro, en las descalzas primero, y después en San Jerónimo, avivaron el afecto que le profesaba. Prueba de ello son las muchas composiciones poéticas que dedicaba a su bien amada Laura, nombre que, según la moda literaria de aquel tiempo, encubría al de la Marquesa de Mancera. «La ternura material que doña Leonor profesó a Sor Juana, dice Amado Nervo, fué correspondida por ésta con ímpetu apasionado con que sabía devolver su corazòn cariño purísimo a cuantos la querían.»

La corte del Marqués de Mancera, según don Francisco Pimentel, era la de un «magna-

te, cuya autoridad estaba bien constituída; una corte de estrecho vínculo, es cierto, pero donde reinaban las costumbres galantes (y algunos añaden que algo licenciosas) del reinado de Felipe IV.» Sin embargo, fuera de dos o tres acontecimientos, como la dedicación del templo de Jesús Nazareno en 9 de octubre de 1665, a la que asistieron los Virreyes con grande ceremonia, y el casamiento por poder de su hija con el tercero del duque del Infantado en el último año de su gobierno, nupcias que bendijo el Arzobispo de México, Fray Payo Enríquez de Ribera, y en las cuales «hubo mucha grandeza,» hallamos que la vida de doña Leonor Carreto deslizábase tranquila como la mansa corriente de un arroyo; pudo por lo tanto dedicar gran parte de su tiempo al cultivo de las musas, visitando, casi de diario, a la «décima» en su monjil retiro.

Terminado el gobierno de Mancera, despidióse la Marquesa de la monja con mucho sentimiento de ambas, convencidas como estaban de que no volverían a verse más en este mundo, pero sin imaginarse que doña Leonor había de dormir su último sueño en tierra mexicana. Así fué en efecto: salieron los Marqueses de Mancera, rumbo a España, en 1674, mas al pasar por Tepeaca, enfermó y murió allí doña Leonor Carreto y fué sepultada con

gran pompa en la iglesia que los franciscanos tenían en aquel histórico lugar.

¡Extraña coincidencia! Este pueblo había sido tan antipático a la Marquesa de Mancera, que cuando se enfadaba con los que la importunaban, solía exclamar: «¡Vayan al rollo de Tepeaca!» (1)

Tan infausto acontecimiento arrancó a la lira de Sor Juana este soneto, en el cual, a través de sus conceptos gongorinos, se ve el hondo pesar que experimentó el amante corazón de la religiosa:

«Mueran contigo, Laura, pues moriste,
los afectos que en vano te desean,
los ojos a quien privas de que vean
la hermosa luz que un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influiste
ecos, que lamentables te vocean,
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase a compasión la misma muerte

---

(1) «Por *rollo* se entiende la picota, en donde se ponían los reos que eran castigados con sacarlos a la vergüenza y otras penas infamantes. En Tepeaca se construyó un rollo magnífico, que existe todavía.» (Alamán).

que, precisa, no pudo perdonarte,
y lamente el amor tu amarga suerte;

pues si antes, ambicioso de gozarte,
deseó tener ojos para verte,
ya le sirvieran sólo de llorarte.»

VII

La Condesa de Paredes

El tiempo, que cicatriza todas las heridas, fué mitigando la pena de Sor Juana, y cuando a fines de 1680, hizo su entrada a México el Virrey don Tomás Antonio de la Cerda y Enríquez de Ribera, Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, escribió una composición con el título de «Neptuno alegórico, océano de colores,» para adornar el arco triunfal erigido en el Empedradillo, profetizándole seguramente su corazón la grande amistad que había de unirla con los nuevos Virreyes. Quizá más que la Marquesa de Mancera, fué amada de la «Décima Musa» la Condesa de Paredes, doña María Luisa Gonzaga, hija de don Vespasiano Gonzaga, Príncipe de Guastala, de la

Casa de Mantua, y de doña María Inés Manrique de Lara. Así como había dado a la primera el nombre literario de «Laura,» denominó Sor Juana a la Condesa su «Lysi» muy amada, y fué tan grande el cariño que le cobró, que son innumerables las composiciones de la poetisa a ella dedicadas, o que a ella hacen referencia.

«Puede decirse—dice Amado Nervo—que no da un paso la Virreina, sin que la sigan los rasgados ojos de Sor Juana, quien borda la vida diaria de Lysi, con rimas resplandecientes. Va la Virreina a las Huertas a divertirse con la amenidad del sitio, y Sor Juana compone una florida loa en que hablan Céfiro, Bertumno, Flora, Pomona, una ninfa de la Música, derrochando ingenio; otra loa en que hablan Venus, Belona, la Concordia, Ninfas, Amazonas y dos coros de música, celebra el cumpleaños del Virrey. Nace el hijo de éste, se bautiza y la monja derrama lirismos apropiados, en los que jamás se olvida de enderezar hermosas alusiones a Lysi.»

Refiérese aquí el poeta al bautismo del hijo de Paredes, José María Francisco, nacido el 5 de julio de 1683, quien recibió las aguas bautismales el 14 siguiente en la pila de San Felipe de Jesús, de manos del Arzobispo de México y apadrinado por el Provincial de los

franciscanos, Fray Juan de la Concepción; acontecimiento que fué celebrado con aparatosos fuegos de artificio, y banquete en palacio al que asistieron la Audiencia y Tribunales.

El Virrey, por su parte, no dejó de impulsar, en cuanto estuvo de su mano, la obra poética de la monja, mérito que, esperamos, recompensará los errores de su gobierno, ya que, al decir de algunos historiadores, éste no fué del todo feliz.

En noviembre de 1686, entregó el mando el Marquès de la Laguna a su sucesor, don Manuel de Potocarrero Laso de la Vega, Conde de la Monclova, (alias «Brazo de plata,» por tener el derecho, que había perdido en una batalla, de este metal), casado con doña Antonia Jiménez de Urrea, Clavero y Sessé, hija de los Señores de Belbeder, Condes de Aranda; pero permaneció en México hasta el 25 de abril de 1688, y cuando, en 8 de julio de ese año, se celebró el casamiento de don Juan Antonio de Vera con la hija del oidor Rojas, dióse el raro caso de servirle de padrinos los cuatro Virreyes; pero esta circunstancia no fué de buen agüero para los nuevos esposos, puesto que el 27 siguiente, falleció el de Vera.

Partieron, pues, los Condes de Paredes y «mucho número de carrozas los fueron a de-

jar hasta Guadalupe, con muchas lágrimas de la Virreina»—dice Robles;—pero mientras viva en México la memoria de Sor Juana Inés de la Cruz, vivirá también la memoria de Lysi, a quien tanto amó.

En España, la Condesa de Paredes fué Camarera Mayor de la Reina doña Mariana de Austria. Tomó el partido del Archiduque Carlos en la guerra de sucesión, y en 1713 salió de España para no volver más; murió en 1721. Don Juan Camacho Gayna, Caballero de Santiago, le dedicó la edición que hizo de las Poesías de Sor Juana, en Madrid, en 1689.

VIII

La Condesa de Galve y las Duquesas de Atlixco y Alburquerque

Como era tan pacífica la vida colonial de México, sobre todo comparada con la de las Cortes de Madrid y de Versalles, las esposas de los Virreyes, especialmente a fines del siglo XVII y principios del XVIII, tuvieron pocas oportunidades para lucir, socialmente hablando. Los saraos y besamanos en palacio, las funciones religiosas, las visitas a los conventos, los días de campo en S. Angel o S. Agustín de las Cuevas, con una que otra excursión a Guadalupe o los Remedios, llenaban la vida de aquellas damas, vida que si carecía de emo-

ciones fuertes, abundaba, en cambio, en suaves goces que hacían a las Virreinas cobrar gran afecto a México, al grado que, cuando terminaba el período de gobierno de sus maridos, partían generalmente en medio de copiosas lágrimas. La sociedad de entonces, por su parte, no dejaba de encariñarse con sus gobernantes; de manera que solían ir a despedirlos, con marcadas muestras de afecto, hasta S. Agustín, Guadalupe o La Piedad, la Real Audiencia, los Tribunales y las personas más prominentes de la capital.

* * *

Muy devota de la Virgen de los Remedios fué la esposa del trigésimo Virrey Conde de Galve, doña María Elvira de Toledo, hija del Marqués de Villafranca. En 1690 fué a ese Santuario a pasar una temporada que duró desde el 24 de agosto hasta el 17 de octubre, y obsequió a la imagen—según Robles—con «una lámpara y ornamento que costó tres mil pesos.»

El día del famoso tumulto de 1692, «la señora Virreina—dice un testigo presencial—también había salido aquella tarde a la catedral a visitar a nuestra Señora de los Reme-

dios, que se había traído, en rogativa por agua......; y esta devota diligencia hecha, se fué a pasear al campo, lo que sobró de tarde; y volviendo de paseo por la calle de San Francisco, que desemboca en lá plaza, entraron en ella, y sin duda perecería con la parte que la acompañaba de su familia, si dos buenos hombres no la avisaron del riesgo a que iban; y tomando la vuelta (que siendo de seis mulas no lo pudieron ejecutar en menor calle) el coche, y noticiada S. E. hallarse el Señor Virrey en San Francisco. hizo llegar a su portería el coche, y no tan sin susto, que número considerable de tumultuados, conociéndole, no se arrojasen a él con amenazas y silbos; mas fué Dios servido que, fuera del susto que se puede considerar, no experimentase más daño S. E. ni la familia que la acompañaba.»

En el incendio que pusieron los sublevados al Real Palacio, sufrió la Virreina grandes pérdidas, a pesar de los esfuerzos hechos por una de sus criadas, llamada Ana Rufel, «a quien fué menester con violencia sacar la primera vez del fuego por apartar de él lo que podía, y quien desde las casas arzobispales se volvió al peligro por cuidar de la hacienda de sus amos.»

Siete años más tarde, de regreso ya en España, la Condesa de Galve mandó hacer



Duque de Alburquerque

(SEGUNDO)

solemne función de gracias a la Virgen de los Remedios, por haber salido ilesa del ataque que le opusieron los franceses la flota en que había hecho el viaje.

* * *

Aparte de haber sido una dama imperiosa y altiva, poco se sabe de la Virreina doña María de Guzmán y Manrique, de los Duques de Sessa, segunda esposa de don José Sarmiento de Valladares (posteriormente primer Duque de Atlixco), viudo de doña María Jerónima Moctezuma Jofre de Loaiza, cuarta nieta del infortunado Emperador de México, y tercera Condesa de Moctezuma. Por cierto que la hija única de este primer matrimonio, doña Francisca Dominga, murió de viruelas el 16 de julio de 1697, y fué sepultada con gran pompa en la iglesia de Santo Domingo, en la capilla dedicada a la Virgen de los Dolores, que tenía esta inscripción: «Capilla de Don Pedro Montezuma, Príncipe heredero de Montezuma, señor de la mayor parte de la Nueva España.»

* * *

En cuanto a la Duquesa de Alburquer-

que, doña Juana de la Cerda y Aragón (hija del octavo Duque de Medinaceli), con motivo de cierto sonado matrimonio, que más adelante relataremos, riñó en una ocasión con su marido, pero era en alto grado caritativa, puesto que solía hacer frecuentes visitas a los hospitales, especialmente al de San Juan de Dios, en donde asistía personalmente a los enfermos, consolándolos y haciéndoles obsequios de dinero. Trajo consigo de España a su hija pequeña llamada Ana Catarina, y el domingo 15 de julio de 1703, «a las cinco de la tarde—dice Robles—fué el Señor Arzobispo al palacio real a confirmar a la niña hija de los Señores Virreyes; estaban ya allá los Señores de la Audiencia, Tribunales y Caballeros y sus mujeres: fueron asistentes de su Ilma. los Señores Deán y Arcediano; fué la función en el Oratorio, donde estaban puestos aparadores de piezas de plata dorada y muy ricos paños de manos. Fueron padrinos el padre Fr. Juan de San Bernardo, religioso sacerdote de S. Juan de Dios, y la dueña doña Clara. Al tiempo de quererla confirmar levantó tal llanto, que obligó a sus padres a llorar también, y teniéndola de los brazos se consiguió, habiéndose leído antes las letanías o catálogo de los nombres, que fueron cincuenta y tres, los primeros fueron Ana María de San José y

Francisca Javiera; en el ínterin se dispararon cuatro pedreros, y se hizo salva tres veces. Acabada la confirmación, hubo aguas, dulces, chocolate y música.»

La esposa del trigésimo quinto Virrey, Duque de Linares, quien sucedió al de Alburquerque, fué doña María de Castro y Silva, hija del Marqués de Guvea, pero no vino a México. Los Marqueses de Valero y Casafuerte fueron solteros, y no se sabe que fueran casados ni el Duque de la Conquista ni el Conde de Fuenclara.

IX

La Condesa de Revillagigedo

El primer Conde de Revillagigedo, don Francisco de Güemes y Horcasitas, cuadragésimoprimero Virrey, tuvo por esposa a doña Antonia Ceferina Pacheco de Padilla y Aguayo, dama severa y no poco altiva. Aficionada a la buena música, asistía todos los viernes de cuaresma a los *misereres* que con gran solemnidad y arte entonaban los carmelitas en su convento; y en semana santa, con sus hijas y damas a su tribuna de catedral, para escuchar sin ser vistas el coro de la capilla, dirigida por el maestro don Ignacio Jerusalén, afamado músico de su tiempo.

Agradábanle también los paseos campestres a Ixtacalco y puntos cercanos, y muy

especialmente al palacio que en Tacubaya construyera el Arzobispo Vizarrón «con sus primorosos jardines, fuentes, y arboledas de crecidas huertas»; así como las visitas a los conventos. El día 10 de septiembre de 1754, por la tarde, «S. E. acompañado de la Excma. Señora Virreina—dice Castro Santa Anna,—los señoritos su hijo e hijas, sus damas, varios caballeros y familiares, entraron en el convento principal de nuestro padre S. Francisco, porque dicha Excma. Señora deseaba verlo por ser el más capaz y hermoso de esta ciudad; lo circumbalan cuatro cuadras en que se incluye su hermosa iglesia y capillas, pulidos claustros, anchurosos dormitorios, general noviciado, enfermería de bella arquitectura. Gastaron toda la tarde en pasearlo, y en la celda principal del reverendísimo padre comisario general, pasaron después a hacer mansión; hallábase pulidamente aderezada, y allí se les ministró un opulento refresco, siendo obsequiados por dicho reverendo padre y demás prelados de aquel convento, de donde cerca de las ocho de la noche se retiraron a su palacio.»

Como gran dama que era, celebraba la Virreina los santos de los reyes y los suyos propios con ceremoniosos besamanos y saraos.

En octubre de 1755, tocando a su término el gobierno del Conde y llegado el momento de partir, empezaron los Virreyes a despedirse de sus amistades y, al hacerlo del Arzobispo, tanto éste como Revillagigedo se enternecieron por el gran aprecio que mutuamente se tenían; abandonó primero la capital la Condesa con sus cinco hijas, sus damas y criadas, acompañadas hasta Guadalupe por las esposas de los ministros—«y más hubieran sido si su genio hubiera sido más sociable y cariñoso»—con el objeto de oír misa en aquel santuario. Hízolo con gran devoción, y después quiso besar la milagrosa imagen, para lo cual fué preciso quitar el cristal que la cubría. Tanto a su partida como a la del Virrey, efectuada a las tres y media de la tarde, disparóse una salva de pedreros. Reunidos los esposos en Guadalupe, emprendieron el viaje a la hacienda de Tepetates, propiedad del calatravo don Jacinto Martínez de Aguirre en donde permanecieron hasta la entrega del mando al nuevo Virrey, Marqués de las Amarillas, ceremonia que se verificó en Otumba; el 10 de diciembre prosiguieron para Jalapa, y embarcáronse el 9 de abril siguiente en el navío de guerra «América.»

Aunque los Condes de Revillagigedo reunieron un gran caudal, al grado de que para

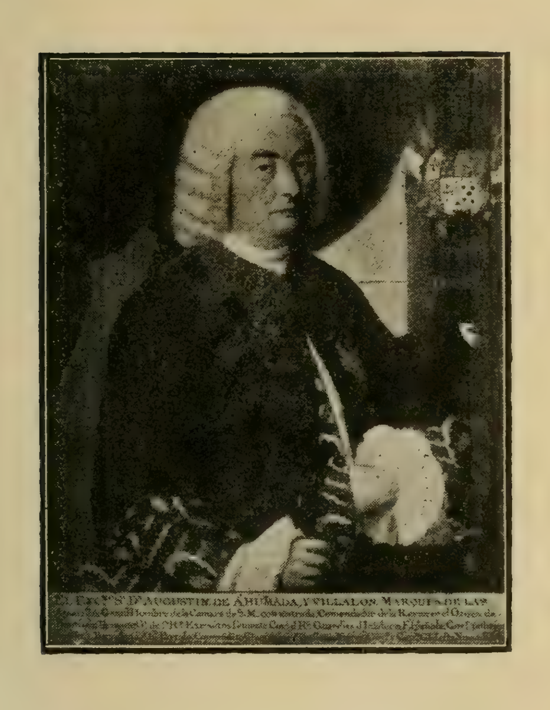
cargar su equipaje, necesitáronse más de doscientas mulas, la sabia administración del Virrey fué de mucho provecho para la colonia; y su esposa, entre otros rasgos de desprendimiento, regaló al Sagrario la mejor de sus estufas, para que sirviera para llevar el Viático a los enfermos.

X

La Marquesa de las Amarillas

Don Agustín de Ahumada y Villalón tuvo por esposa a su sobrina doña Luisa María del Rosario de Ahumada y Vera (1), en su propio derecho Marquesa de las Amarillas, dama en alto grado afecta a la ostentación y al lujo. Nombrado cuadragésimo segundo Virrey de la Nueva España, se embarcó con su mujer en Cádiz, y en el navío «América», el 4 de

(1) Castro Santa Anna la denomina «Doña Merced Luisa de Bruna y Ahumada,» pero, según la irrefutable autoridad de Fernández de Béthencourt, llamábase María del Rosario de Ahumada y Vera, y era hija única del primer Marqués de las Amarillas, don Francisco Pablo de Ahumada y Mendoza, Villalón y Narváez y de doña Catalina de Vera y Leyva.



Marqués de las Amarillas

agosto de 1755. Don Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, que formaba parte del séquito, escribió una relación del viaje en pésimos versos, que hizo imprimir más tarde en México, con el título de «Diario Notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas,» y por dicha obra sabemos que el día 14 llegaron a Canarias, y cinco después, decidieron los marineros hacer una fiesta en honor de los Marqueses, y vistióse uno de ellos de Neptuno, pero ni éste ni los doce de su comparsa

«hicieron cosa que notable fuesse,
ni que con gracia alguna divertiesse.»

Más afortunados estuvieron las damas y los pajes de la Marquesa el día 25, cuando representaron con buen éxito un entremés, un paso de comedia y una loa, escrita ésta expresamente por un Padre Ronda, que se hallaba a bordo. Procuraban, pues, aminorar el tedio de tan largo viaje con fiestas semejantes, pero la dama sufría contínuamente «muchíssimo mareo.»

El 5 de septiembre avistó el «América» la Isla del Tabaco; el 14, con un calor sofocante, arribò a Cuba; el 22 pescaron los marineros «hermosos pargos, lindos meros,» y,

por fin, el 30 se divisaron las playas de la Santa Veracruz. Al aproximarse a tierra, fué saludado el «América» con salvas de artillería por el fuerte de San Juan de Ulúa y el «Asia» y el «Bizarra,» dos navíos de la escuadra de barlovento. Estaban ya para desembarcar los pasajeros, cuando se desató furioso vendaval que por poco no echó a pique al Virrey y a toda su comitiva, pero como a las cinco de la tarde, logró el bote del «Asia» conducirlos a la soñada tierra de la Nueva España.

Participó la Virreina de todas las ceremonias de recepción que a su marido tributaron las ciudades de Veracruz, Tlaxcala y Puebla, así como la Colegiata de Guadalupe. Por cierto que era de rigor que la Virreina entrase en ésta por la puerta del Poniente, pero la Marquesa, según el Maestro de Ceremonias, «vino violenta y no dió lugar a entrar» por allí, sino por la del Oriente. La recibieron cuatro sacerdotes con sobrepellices, y la condujeron al Presbiterio, en donde se le había dispuesto, del lado de la Epístola, un cojín. Decidió la Amarillas, transladarse inmediatamente a la Capital, sin esperar a hacerlo en compañía de su marido; y partió para México, con gran acompañamiento de damas y caballeros de distinción, escoltada por un piquete de caballería, a las órdenes de un capitán

apellidado Velázquez; fué saludada con salvas de artillería y repiques, y acudieron a recibirla al Real Palacio, las esposas de los Oidores y Regidores, «quienes la cortejaron.»

Desde el principio de su gobierno, menudearon saraos en palacio y fiestas al aire libre, como eran animados paseos «al ameno y delicioso sitio de la Orilla, (la Viga)», y en canoas enfloradas a Ixtacalco, amén de serenatas en la plaza mayor.

El primero de diciembre de 1755,—dice Castro Santa Anna—a la prima noche, frente del tablado de SS. EE. se construyó otro que ocupaban los más diestros músicos de esta ciudad, con todo género de instrumentos, tocando varios y exquisitos conciertos: hallábanse todos los tablados iluminados; ocuparon el suyo SS. EE., muchas señoras, personas de distinción y todo género de gentes de distintas clases; duró este festejo el espacio de más de tres horas; no se permitió entrar en la plaza coches ni gente de a caballo, por evitar desgracias; tenía muchas teas que le adornaban.»

No se olvidó, sin embargo, la Marquesa de las Amarillas de hacer obras de caridad: «Pocos días antes de las próximas Pascuas,—dice Castro Santa Ánna,—la Excma. Señora Virreina en su palacio vistió de todo lo nece-

sario a quince niños españoles pobres a quienes después dió de comer, ministrándoles personalmente las viandas y dándoles luego un doblón a cada uno de ellos.»

Pero en febrero de 1756, el hijo único de los Virreyes, don Agustín de Ahumada y Ahumada, quien tenía sorbido el seso a sus padres, al grado de que, a pesar de contar sólo dos años de edad, había sido nombrado capitán de la guardia de infantería del Real Palacio, cayó víctima de un ataque, y la atribulada Virreina acudió, «con los familiares que llevaba y veintidós pobres que juntó,» a la iglesia de Monserrat, a impetrar el auxilio divino; y al regreso dió más de cien pesos de limosnas a los que la acompañaron. Mas no quiso Dios que el niño sanara, y el 1° de marzo falleció, «moviendo a general sentimiento a todos los moradores de esta ciudad la temprana muerte de este caballerito, por lo que por sus gracias y hermosura se merecía.»

Abandonaron los Virreyes la capital y transladáronse al Palacio del Arzobispo en Tacubaya, con el fin de no presenciar las tristes ceremonias del sepelio de su hijo, que principiaron al día siguiente, colocándose en la capilla del Real Palacio una cama con colgaduras de damasco carmesí y sobre ella el pequeño ataúd forrado de terciopelo nácar,



La Marquesa de las Amarillas



guarnecido de franjas de Milán, y cuya tapa, cantoneras y tachuelas, eran de plata amartillada. Servíale de mortaja un hábito de monje benito, pero adornaban el severo sayal ricos ahogadores de diamantes, «siendo la guirnalda de los más costosos brillantes.»

Concurrió gran gentío a ver el cadáver, y al llegar la noche, se dispuso que se trasladara al convento de Santo Domingo, yendo por delante la caballería con espada en mano, después la nobleza, familia de los Virreyes y parte de la comunidad de domínicos, hasta alcanzar el número de ciento cincuenta, todos con hachas encendidas. El ataúd era llevado en hombros por cuatro niños títulos y seguían otros tantos pajes, que portaban en la tapa de aquél el espadín, sombrero y bastón del difunto. Seguía la estufa principal del Virrey y a la retaguardia la infantería del Real Palacio.

Tan luego como llegó el fúnebre cortejo delante del convento de Santo Domingo, tañeron las campanas y salió el resto de la comunidad a recibir el cadáver, el cual colocaron en la sala principal del monasterio sobre una cama parecida a la de la capilla de Palacio. Allí veláronlo toda la noche, y a la mañana siguiente concurrieron las religiones de San Hipólito, Betlemitas, San Juan de Dios,

Jesuitas, Mercedarios, Carmelitas, Agustinos, Dieguinos y Franciscanos, quienes entonaron el salmo «Laudate pueri dominum.»

Llegados la Real Audiencia, el Arzobispo y el Deán y Cabildo, «dió principio el entierro, yendo por delante las parcialidades de San Juan y de Santiago, (1) con sus gobernadores, alcaldes y repúblicas, el colegio de niños de San Juan de Letrán, la cruz de la santa Iglesia, con cien ácompañados, niños, infantes, música de la capilla, sus capellanes de coro, curas del Sagrario y sus parroquias, venerable Deán y Cabildo, S. Ilma. de medio pontifical, el cuerpo, a quien cargaban, alternándose, real audiencia y tribunales; seguía la infantería, real tribunal del protomedicato, el del consulado, real Universidad, nobilísima ciudad con títulos y nobleza, tribunal de la

---

(1) "Cuando se reedificó la Ciudad de México después de la Conquista, se colocaron en el centro las casas de los españoles, y los indios levantaron las suyas alrededor de aquellas Esta población india se dividía en cuatro barrios o "parcialidades," regidos por caciques de su nación, sujetos a un gobernador de la misma. Los barrios principales eran San Juan y Santiago."—(GARCIA ICAZBALCETA. Coloquios Espirituales.] Las armas de la Parcialidad de San Juan eran: de oro, un águila de sable, acolado el escudo a la cruz de San Juan; y las de la de Santiago: de sable, un águila de plata, acolado el escudo a la cruz de Santiago.

caja, contadores de tributos y alcabalas, señores fiscales, real sala del crimen, señores oidores con su decano, yendo en medio los señores coroneles don José Basarte, presidente de la real audiencia de Guadalajara, y don Felipe Caballero, secretario de S. E., quien llevó el lugar de doliente.» Salió el cortejo por la portería del convento, atravesó su extenso cementerio y penetró por la puerta principal de la iglesia, en la que esperaban ya las comunidades y los colegios.

Colocóse el cadáver sobre un túmulo de cinco cuerpos con colgaduras de damasco carmesí y galones de oro, al que alumbraban cien cirios de «cera de Castilla»; duraron las honras fúnebres más de dos horas, y al ser sepultado el pequeño Ahumada en la bóveda principal de la iglesia, tañeron las campanas de todos los templos y se hicieron prolongadas salvas de artillería.

La pérdida de su hijo hizo que aumentaran las pruebas de afecto que daba la sociedad a los Virreyes y acudía gran concurso de gente al Palacio de Tacubaya a darles el pésame; pero ninguna fué tan peregrina como la del alguacil mayor de la ciudad de México, don José Alvarez de Eulate, y su mujer, doña Andrea de Anaya, quienes hicieron donación «inter vivos» de todo su caudal a los

Marqueses, donación que a la postre no fué aprobada por el Consejo de Indias, viéndose los Virreyes en la bochornosa necesidad de devolver a los esposos Eulate los bienes que les regalaran.

No mucho duró el pesar de los de las Amarillas, pues al poco tiempo emprendieron de nuevo losdías de campo a S. Angel y S. Agustín de las Cuevas, así como las visitas a los conventos, en donde eran recibidos bajo palio y obsequiados con largueza; y un buen día—el 9 de octubre de 1756—asombráronse los habitantes de la metrópoli al ver que salía «del Real Palacio para el campo, la Excma. señora Virreina a caballo, tocada de Gudriel, con sombrero, corbatín, camisón, chupa, andriel y talas,» y montada como hombre, aunque no se le veía el pie en el estribo. Acompañábanla muchas personas de distinción, su caballerizo, cuatro soldados, su estufa y el coche de cámara con los caballeros pajes.

Esta primera salida a caballo de la Marquesa de las Ámarillas, llamó mucho la atención del público «respecto a no ser practicable entre las señoras de estos reinos,» pero de ahí en adelante fueron muy frecuentes los tales paseos, dirigiéndose casi siempre la comitiva al bosque de Chapultepec, y de allí, por la calzada de la Verónica, a alguna casa de

campo de la Tlaxpana, en donde se servía un excelente refresco.

A consecuencia de un ataque de apoplegía, falleció el Virrey en Cuernavaca a principios de 1760, y su viuda, encontrándose sin elementos, tuvo que acudir a la generosidad del Arzobispo de México, don Manuel Rubio y Salinas, quien le proporcionó los medios para regresar a España, en donde, años más tarde, contrajo segundas nupcias con el Caballero Maestrante de Ronda, don Francisco de Giles, y falleció muy anciana en Sevilla, a 10 de diciembre de 1791.

Sucedieron al Marqués de las Amarillas, don Francisco Cagígal de la Vega, casado con doña María de Monserrat; don Joaquín de Monserrat, Marqués de Cruillas, con doña María Josefa de Acuña, hija del Marqués de Escalona; el Marqués de Croix, soltero; don Antonio María de Bucareli, lo mismo; y don Martín de Mayorga, cuya esposa doña Josefa Valcárcel, según parece, no vino a México.

XI

Las Gálvez

Siempre que iba a celebrarse un «Auto de Fe», enviaban los Inquisidores atento recado a los Virreyes, invitándolos para que asistieran a la ceremonia, y por lo tanto, el 31 de mayo de 1783, se presentó en el Real Palacio el Secretario del Tribunal don Juan Nicolás Abad, con «el recado político y de estilo», para Sus Excelencias. Don Matías de Gálvez se excusó por estar sufriendo de gota, pero su esposa, doña Ana de Zayas y Ramos, expresó «muy vivos deseos de ver la Inquisición, diciendo que gustaría venir el lunes siguiente en que deben salir los reos penitenciados a la vergüenza pública.»

Como era natural, los Inquisidores acce-

dieron gustosos a que la Virreina efectuara la visita, cuya descripción hicieron los Secretarios en estos términos:

«Hallándose vacía la casa principal de esta Inquisición por fallecimiento del señor Inquisidor Decano, Lic. don Nicolás Galante y Saavedra, y debiendo pasar al gran balcón de ella Su Excelencia para ver el paseo, procedimos a ordenar con ricas colgaduras, pantallas de plata, y muebles de la mayor decencia, la pieza en que está situado, y en que había de recibirse a Su Excelencia, ejecutando lo mismo respectivamente con las demás de tránsito, y al mismo tiempo preparamos lo necesario para el almuerzo, que se dió a Su Excelencia, y su comitiva, en casa del actual señor Inquisidor Decano, con el aparato y esplendor que exigía el caso por el decoro del Tribunal.»

«Efectivamente, entró Su Excelencia como a las nueve y media de la mañana de dicho día al patio de esta Inquisición y habiendo bajado al pie de la escalera los señores Inquisidores, acompañados de los Ministros de este Tribunal (que estaban de gala por salir al paseo con los reos) y con los señores don Francisco Javier de Gamboa, y don Baltasar Ladrón de Guevara, Oidores de la Real Audiencia, a quienes se dió noticia de esta visi-

ta como consultores de este tribunal, y concurriendo también como amigos, y sin precedente recado, los señores don Cosme de Mier y Trespalacios, Alcalde de Corte, y don Lorenzo Hernández de Alva, Fiscal del Crimen, recibieron a Su Excelencia, que venía acompañada de su sobrina la señora doña Ana Fernández, esposa del señor don Ramón de Posada, Fiscal de lo Civil, de un Gentil-Hombre y de dos pajes, con dos alabarderos de custodia, y su guardia ordinaria, en donde hechos los cumplimientos debidos, se mantuvo hasta que se avisó de la salida de los reos, con cuyo motivo salió Su Excelencia a verlos al corredor, y después fué al balcón a ver el paseo. Entretanto, avisó el señor Fiscal Posada, consultor de este Tribunal, de no poder asistir por sus urgentes ocupaciones, y llegó el señor don Vicente de Herrera, Regente de esta Real Audiencia, a quien se dió igual noticia como consultor; y pasó S. E. con su familia y guardia de alabarderos a ver las Salas del Tribunal, y estando en la principal, sacaron los señores Inquisidores sus dos respectivas llaves del Secreto, y el Secretario Abad la que le dejó el Secretario Martínez por haber salido al paseo, y se le abrió la pieza de él y también las dos puertas del cancel, con lo que quedó patente: y entonces, habiendo di-

cho el señor Decano (con el fin de contener la comitiva) que suspendía la Excomunión para S. E., entró a él como cuatro pasos, hasta donde los señores Inquisidores y Secretarios pasaron. Vuelto a cerrar el Secreto, y entregadas las llaves con la misma formalidad, bajó S. E. con la misma comitiva a las cárceles (que custodiaban dos Ministros Eclesiásticos, por haber salido al paseo los Seglares) y miró una y otra de las que estaban vacías; y en esta forma fué visitando lo restante de esta Inquisición; y pasando después a visitar las casas de los señores Inquisidores, y pasando en la del señor Inquisidor Decano, se le sirvió en ella el almuerzo preparado de treinta cubiertos, que admitió S. E. con las mayores demostraciones de aprecio, comiendo con satisfacción y gusto, haciéndole los platos los señores Regente y Consultores, los señores Inquisidores y Secretarios Comisionados, ya puestos a su lado, y ya desde sus asientos. Lo que concluído, y vuelta S. E. al estrado, se despidió cerca de medio día y volvió a tomar su coche, en el mismo patio principal de esta Inquisición, hasta donde llegaron a despedirla los señores Inquisidores, Consultores y Ministros del Tribunal, manifestando dicha señora Virreina la mayor gratitud y aprecio del obsequio hecho, expresando después en su Palacio

(según han sabido los informantes) que en ningún agasajo público de cuantos se le habían hecho por los cuerpos de esta capital había estado tan complacida, ni había comido tan a gusto.»

Él 3 de noviembre siguiente, el fúnebre son de las campanas de todos los templos anunciaba a la ciudad de México que el Virrey y Capitán General de la Nueva España, don Matías de Gálvez, pasaba a mejor vida, después de una enfermedad tan larga como penosa. Por ser el día siguiente el de S. M. C. don Carlos III, no se efectuó el entierro sino hasta el 8, en que, con gran pompa, fué inhumado el cadáver en la iglesia del Convento de San Fernando, siendo la primera vez que se veían en México unos funerales verdaderamente militares con arreglo a ordenanza. Había permanecido el cadáver, mientras tanto, embalsamado, en Palacio, regado por las lágrimas de su viuda. Si poco brilló doña Ana de Zayas en la sociedad del virreinato durante el gobierno de su esposo, mucho menos había de hacerlo después de éste; así es que no se vuelve a tener noticia de ella hasta el 2 de enero de 1786, fecha en que abandonó la capital de la Nueva España, para dirigirse a la vieja. Acompañáronla en su coche, hasta la Villa de Guadalupe, sus hijos los Condes de Gálvez,

Virreyes desde junio de 1785, y muy distinguida concurrencia.

* * *

Cuando el hijo de los anteriores, don Bernardo de Gálvez, mandaba la expedición que réconquistó la Florida, conoció en Nueva Urleans a las hermanas Saint-Maxent, bellísimas criollas de origen francés, la mayor de las cuales estaba casada con el Gobernador de la Luisiana, don Luis de Unzaga, posteriormente Capitán General de Caracas y de Cuba. No sólo el corazón de don Bernardo fué impresionado, sino también el de dos de sus oficiales: don Juan Antonio de Riaño y don Manuel de Flon. Gálvez casó con doña Felícitas, de belleza peregrina, si no mienten las historias, y sus oficiales con doña Victoria y doña Mariana, respectivamente. Riaño fué posteriormente caballero del hábito de Calatrava e Intendente de Valladolid—hoy Morelia—, y Guanajuato, y pereció gloriosamente en el ataque que hizo la gente de Hidalgo a la Alhóndiga de Granaditas en 1810. Don Manuel de Flon, Conde después de la Cadena, fué Intendente de Puebla, y se hizo aborrecer

de los insurgentes por sus medidas harto severas para con ellos.

Nombrado Virrey de Nueva España en 1785, Gálvez tomó posesión del gobierno con la acostumbrada solemnidad, el 17 de junio, pero su esposa entró a México antes que él, dirigiéndose de la Villa de Guadalupe a la Capital en coche, escoltada por los cuadrilleros del Real Tribunal de la Acordada, cuatro alabarderos al estribo y un piquete de dragones. Fué recibida con flores, cohetes y vivas y saludada con una salva de quince cañonazos.

Desde que empuñó las riendas del gobierno, quiso el Conde de Gálvez hacerse popular con sus gobernados; y, procurando estar en íntimo contacto con el pueblo, aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para lograr su objeto.

«Su aire galante, festivo y caballero,—dice don Carlos María de Bustamante,—no menos que el de su esposa, joven hermosa, a la par que amable, le atraían una benevolencia general e ilimitada. Al presentarse al público en un quitrín, manejando por sí los caballos, llevando a su esposa al lado, se poblaba el viento de repetidas y festivas aclamaciones.»

Solía concurrir en esta guisa, a la plaza



Conde de Gálvez

de toros y a la Álameda; y, muy a menudo paseábanse los Virreyes a pie por los portales de Flores y Mercaderes.

Leemos en el Diario de José Gómez, el Alabardero, que el 30 de octubre de 1785, «salió el Señor Virrey con la oficialidad a pasear al portal: el día 31 del mismo, en la noche, volvió con la Señora Virreina, y el día 1º de noviembre fué al mismo paseo, cosa que no se había visto en el reino, entre los señores. La noche de este día fué con la Señora, niños y toda la familia a dicho portal, y también fueron cuatro alabarderos acompañando a su Exa.»

No contento con esto, deseaba ganarse la voluntad del ejército, y al efecto, con el pretexto de que su hijo don Miguel de Gálvez y Saint Maxent, sentara plaza de soldado en el regimiento de granaderos de Zamora, el día 12 de septiembre convidó a todo este cuerpo y a otros militares a un refresco en la azotea de Palacio, que mandó decorar convenientemente con artística enramada, y tanto él como la Condesa conversaron con los granaderos y soldados con la mayor confianza y llaneza.

Prestábase la sociabilidad de la Virreina a toda clase de festejos y saraos; y en cierta ocasión la obsequiaron don Manuel Antonio Valdés y don Felipe de Zúñiga y Ontiveros,

editor e impresor, respectivamente, de la Gaceta de México, con «un globo aerostático de tan peregrina invención que según las noticias de quantos se han construído en el reino, y el común aplauso de este, no ha tenido semejante.» Elevóse en el patio principal de Palacio y «era perfectamente esférico, de veinte varas de circunferencia, y de quarenta y quatro libras de peso. Colocáronsele en quatro andanas más de cinquenta faroles, y a corto trecho de su cuello varias invenciones de fuego. Luego que comenzó a elevarse se dexó ver de todos un letrero de luces que decía: *Vivan SS. EE.* Siguióse la iluminación de un hermoso zodiaco compuesto de más de ochenta estrellas: después la de quatro gallardetes de quatro varas de largo, y habiendo despedido cantidad de buscapiezes y culebrinas, concluyó con un tiempo de Cohetes que corrieron orizontales. Elevóse a una altura tan grande que ya apenas se distinguían las luces de los faroles, y después de haber dado una completa diversión al distinguido concurso, siguió su giro orizontalmente hasta ir a caer a un lado del Peñol.»

En los días de su cumpleaños o los de su esposo, concurría al teatro, el cual se iluminaba profusamente, y era recibida con loas y otras composiciones encomiásticas.

El destino, sin embargo, preparaba un rudo golpe a los Condes de Gálvez. En octubre de 1786 enfermóse don Bernardo, y con el ánimo de mudar temperamento, transladóse la Corte Virreinal al Palacio Arzobispal de Tacubaya, pero allí sorprendió la muerte al Virrey, al amanecer del día 30 de noviembre. Efectuóse el entierro en San Fernando, en donde, como hemos dicho, estaba sepultado su padre, don Matías de Gálvez, pero sus entrañas, por desearlo así su esposa, fueron depositadas bajo el altar de los Santos Reyes en Catedral.

Grande fué el pesar de doña Felícitas Saint Maxent, mayormente cuando esperaba el nacimiento de un hijo; en efecto, el 11 de diciembre dió a luz a «una muy robusta y hermosa niña,» noticia que circuló inmediatamente por toda la metrópoli.

Hallábanse celebrando Cabildo ordinario los Concejales del Ayuntamiento de México, cuando se les comunicó tan fausta nueva, y queriendo dar a la Virreina una prueba de estimación, así como honrar la memoria del Conde de Gálvez, a quien tanto debía el Reino y muy especialmente la ciudad de México, decidieron ofrecerse como padrinos de la niña, y nombraron a dos de entre ellos para felici-

tar a la Condesa y hacerle presente su pretensión y deseo.

Necio sería de nuestra parte intentar la descripción del bautismo de esta niña, cuando lo ha hecho la bien cortada pluma de don Luis González Obregón.

«Se presentaron, pues,—dice este historiador,—los dos capitulares en Palacio, y habiendo comunicado a S. E. el propósito que allí los llevaba, la de Saint Maxent agradeció en todo lo que valía tan sin igual honra; pero no la aceptó desde luego, pues ya había invitado como compadre al señor don Fernando Joseph Mangino, del Consejo de S. M. en el de Hacienda, Juez Superintendente de la Real Casa de Moneda, del Real Apartado de Oro y Plata, de Media Anata y Servicio de Lanzas, sub-delegado del Excmo. Sr. Superintendente General del Ramo de Reales Azogues, y Presidente de la Real Academia de San Carlos.

«Desairar a un señor de tantos títulos hubiera sido un imperdonable delito de lesa cortesía; mas habiendo mediado entre los regidores y el señor Mangino algunos cumplimientos, «tuvo éste—dice «La Gaceta»—la generosidad de ceder su derecho en obsequio del buen nombre del excelentísimo señor Virrey difunto, y por no defraudar a su noble posteridad

del honor que en todo tiempo podía resultarle con tal demostración pública.»

«Resuelta la dificultad que se presentaba, quedaron como padrinos del Santo Sacramento del Bautismo, la Imperial Ciudad, y del de Confirmación, el señor don Fernando Mangino; ítem más, se ofreció para administrarlos el Ilmo. Sr. Arzobispo don Alonso Núñez de Haro y Peralta.

«La ceremonia fijóse para la mañana del 19 de diciembre de 1786, y se propusieron para la Noble Ciudad, y con acuerdo y asignación de la madre de la criatura, para que tuvieran a ésta en la pila del bautismo, al señor coronel don Francisco Antonio Crespo, Caballero de la Orden de Santiago, y a la señora doña María Josefa de Villanueva, Altamirano y Barrientos, esposa del Regidor Decano, don Joseph Angel de Cuevas, Aguirre y Avendaño, señor de la Fortaleza y Valle de Tebra en el Reino de Galicia.

«Por orden del Arzobispo se colgó y adornó magníficamente la Parroquia del Sagrario, en donde se había de celebrar el bautizo. (1)

«Por su parte el Ayuntamiento adornó sus Casas Consistoriales, los balcones y las

---

(1) Púsose un altar junto al cancel de la puerta principal, y un dosel morado, a la derecha.

almenas, con elegantes cortinajes de damasco, y con banderolas. y obtuvo de la Real Audiencia, que entonces gobernaba por muerte del Virrey, que franquease la tropa necesaria de los Regimientos de Zamora y la Corona, para que formasen valla desde Palacio hasta el Sagrario, y una compañía de Granaderos de Zamora para que cuidasen del orden en el interior del templo.

«Ocho días transcurrieron en estos arreglos y preparativos; pero por fin llegó el día 19 fijado de antemano para la celebración de la ceremonia.

«El Ayuntamiento, bajo Mazas, se transladó al Real Palacio; subió, recibió a la niña, y a las diez y media de la mañana salió por la segunda puerta, dirigiéndose por frente a las Casas Consistoriales, torciendo después a la derecha por el portal de Mercaderes, y pasando en seguida delante de la Catedral, entró por la puerta del costado del Sagrario.

«La comitiva guardaba el siguiente orden, según dice «La Gaceta»: Delante llevaba sus Atabales y Clarines con todos los Ministros de Justicia. A éstos seguían los Mazeros en coche, detrás en otros los Escribanos y subalternos de Cabildo, luego iba en una magnífica carroza la señora doña María Josefa de Villanueva, conduciendo a la niña, y acompañada

de una de las damas de la excelentísima señora Virreina viuda, después seguían en coches de gala todos los Caballeros Capitulares y algunos de los convidados, que se hallaban a la sazòn en Palacio, de dos en dos; el penúltimo coche lo ocupaban el señor don Fernando de Mangino y el Caballero Regidor Decano, y por último, cerraba la comitiva el coche de la Justicia, compuesta del señor Corregidor, Alcaldes Ordinarios y Alguacil Mayor.»

«A tan selecto acompañamiento, lo esperaba en el Sagrario, uno más numeroso, no menos lucido, que lo componían los RR. Prelados de las Religiones, señores Ministros, Canónigos, jefes militares y de oficinas, la oficialidad de la guarnición, y toda la nobleza de México, que habían sido invitados con anterioridad para presenciar y autorizar aquel acto.

«La ceremonia dentro del templo, fué grandiosa y solemne, con todos los ritos que previene la religión cristiana.

«El Ilmo. Sr. Haro, vestido de Pontifical, administró los sacramentos a la niña, a quien pusieron en el bautismo los nombres de *María Guadalupe Bernarda Isabel Felipa de Jesús Juana Nepomucena Felícitas*, y en el de confirmación se le añadió el de *Fernanda*. Du-

rante la ceremonia sirvieron de asistentes,con capa pluvial, los señores doctores don Luis de Torres, Arcediano; don Joseph Ruíz de Conejares, canónigo; don Miguel Primo de Rivera, racionero, y don Joseph Carrillo, medio racionero.

«Terminada la función, que duró hasta después de las doce, la recién bautizada fué de nuevo conducida a Palacio por las mismas calles, pero en esta vez su carroza ocupaba el lugar de preferencia, detrás del coche de la Justicia.

«En seguida el Ayuntamiento cumplimentó a la Virreina, regresó a sus Casas Consistoriales, y desde los balcones se arrojaron algunas monedas al pueblo. Por la noche, además de iluminarse profusamente el Cabildo, «hubo muchos y bien dispuestos fuegos artificiales.»

«Regaló la ciudad a la Señora Virreina, dice el Alabardero, un hilo de perlas que costó once mil pesos, y otro para la niña que costó cuatro mil; el señor Arzobispo dió plato, cuchara, tenedor y cuchillo de oro, y lo mismo el señor Mangino, y la Señora Virreina regaló a la comadre un corte de vestido bordado que valía mil pesos, y al señor Arzobispo una caja de oro guarnecida de esmeraldas, y un pectoral de diamantes, y al señor Man-

gino dos cortes de vestido muy especiales, y al señor Corregidor un bastón con puño de oro guarnecido de diamantes.»

Resintióse sobremanera la salud de la Condesa de Gálvez con estos acontecimientos, al grado que, en 17 de febrero, pidió que se le administraran los últimos Sacramentos; mas, afortunadamente, restablecióse pronto. Decidió emprender el viaje a España, aunque doliale en extremo abandonar la mexicana tierra, sepultura de su esposo y cuna de su hija. El 23 de mayo dirigió una carta a su *compadre* el Ayuntamiento, anunciándole su partida y ofreciéndose a las órdenes de la muy Noble, muy Leal e Imperial Ciudad de México, a la cual contestó el Cabildo en términos no menos corteses y sentidos; y el día 24 determinó decir su postrer adiós al sepulcro de su esposo. Presentóse a la media noche con sus hijos y familia en la iglesia de S. Fernando, que se hallaba iluminada, y fué recibida en la puerta por toda la Comunidad; después de haber orado largo espacio de tiempo ante la tumba del Conde de Gálvez, «se abrazó de la lápida—dice «La Gaceta»—no queriendo admitir consuelo hasta dejarla regada con sus tiernas lágrimas, a que acompañaba los más dolorosos ayes y suspiros.»

A las diez de la mañana siguiente, em-

prendió su viaje, y embarcóse en Veracruz el 9 de junio, en el navío de guerra «Astuto.»

* * *

El 51.° Virrey, don Manuel Antonio Florez, tuvo por esposa a doña Juana María de Pereyra; y su sucesor, el segundo Conde de Revillagigedo, no fué casado.

XII

La Marquesa de Branciforte

Cuando se supo en México que había sido nombrado Virrey de la Nueva España, el Excmo. señor don Miguel de la Grua Talamanca y Branciforte, Marqués de Branciforte, se despertó grandemente el interés de la Sociedad de la Colonia, por estar casado dicho personaje con una hermana del verdadero señor de las Españas, don Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, valido del pusilánime Carlos IV. Era, en efecto, la Marquesa de Branciforte señora de muchas campanillas, dama de honor de la Reina y de la Banda de María Luisa; y, cuando el Virrey hizo su entrada pública a la Ciudad de México, las esposas de los Oidores, queriendo honrarla de especial

manera, se reunieron en los corredores de Palacio para recibirla.

Branciforte demostró, desde un principio, que su único afán era enriquecerse, y no desdeñó en apelar a adulaciones al monarca y a otros medios ruines para conseguir su objeto, en los cuales, se dice, tomó no pequeña parte su esposa doña María Antonia de Godoy y Alvarez, quien, prendada de las perlas que resplandecían sobre los pechos y brazos de las grandes damas de la corte virreinal, ideó una manera de engañar a las sencillas mexicanas en provecho propio. Como notaran los Virreyes que lo que hacía la Branciforte era en seguida copiado por las damas de la colonia, convidaron en cierta ocasión a palacio a toda la aristocracia de entonces y cuál no sería la sorpresa de ésta, al notar que la Virreina no ostentaba ni una sola perla, sino magnífico aderezo de corales. Mayor fué el asombro de la concurrencia al oír de los autorizados labios de los Virreyes, que las perlas ya no estaban de moda, sino únicamente los corales. En los días siguientes, las poseedoras de perlas despojáronse de ellas a vil precio, y compráronse corales, mientras que los Branciforte, de tras mano, efectuaban una verdadera pesca milagrosa.



La Marquesa de Branciforte

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que su mismo afán de adular a Carlos IV fué causa de que Branciforte dotara a México con una obra de arte única en toda la América, y con pocas superiores en Europa. Nos referimos a la estatua ecuestre de dicho monarca erigida en la plaza principal de México, provisionalmente de madera, pero luego fundida en bronce por el insigne don Manuel Tolsa. Las fiestas con que se celebró la inauguración de esta estatua han sido descritas por varias plumas, y no tenemos por qué repetirlas; bástenos recordar que en ese acto doña Antonia de Godoy y su marido arrojaron, desde el balcón de Palacio, tres mil medallas de plata y bronce, motivo poderoso para captarse, aunque por breve espacio de tiempo, las simpatías del pueblo.

El día 9 de agosto de 1794 dió a luz la Virreina una niña, y se preparó su bautismo como correspondía a tan encumbrado infante. Al día siguiente acudió muy lucida comitiva al Sagrario, en donde esperábala el Arzobispo, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, revestido de Pontifical. Limitóse la ceremonia a echar a la niña el agua, reservándose la imposición del óleo y crisma para cuando regresasen los Marqueses a España, por haberles

prometido el Rey apadrinar a su hija. Aquí hizo sus veces el Conde de Contramina, don Francisco Pérez de Soñanes, Caballero de Santiago, Teniente Coronel de Milicias Provinciales de Tetela e íntimo amigo de Branciforte; y pusiéronse a la recién nacida los siguientes nombres: *María*, *Carlota*, *Luisa*, *Guadalupe*, *Carmen*, *Manuela*, *Francisca de Paula*, *Antonia*, *Micaela*, *Lucrecia*, *Josefa*, *Patricia*, *Justa*, *Lorenza*, *Angela*, *Romana*.

En seguida se le impuso la Banda de la Orden de María Luisa, que esta Reina había prometido a su Dama de honor, si daba a luz una hembra, ¡cosa que no se hacía más que con los hijos de Reyes!

Las singulares pruebas de afecto, que tanto en México como en España recibieron los Branciforte de Carlos IV y María Luisa, no impidieron que, andando el tiempo, volteasen la casaca y se afiliaran al partido de José Bonaparte.

Don Miguel José de Azanza, sucesor de Branciforte, cásó con su prima doña María Josefa Alegría, viuda de don Francisco Pérez de Soñanes, Conde de Contramina, en el Palacio Arzobispal de Tacubaya, el 22 de abril de 1800, pero como ya había dejado el gobierno, dicha señora no puede considerarse como

Virreina. Al día siguiente de su boda, salieron para San Cristóbal Ecatepec y embarcáronse en Veracruz, en mayo.

Don Félix Berenguer de Marquina fué soltero.

XIII

Doña Inés de Jáuregui

La Virreina que más ha sufrido a manos de los historiadores ha sido, sin duda, doña María Inés de Jáuregui y Aróstegui, esposa de don José de Iturrigaray: a tal grado se han exaltado las pasiones con los sucesos políticos, que en la época de este Virrey se desarrollaron.

Cuando, en 4 de enero de 1803, llegaron a Guadalupe los nuevos gobernantes, «la concurrencia—dice Bustamante—se retiró complacida con el trato afable y popular de la Virreina, señora de regular figura y de un comportamiento airoso y galán.» Su esposo, por su parte, era «caballeroso, muy afecto a las diversiones y fiestas públicas y muy digno en



Los Iturrigaray

todo, menos en los negocios en que se versaba dinero.» según don Francisco Sosa, quien asegura que doña Inés «ayudaba a Iturrigaray en sus especulaciones y que todos los que pretendían calocación, favor o el arreglo de cualquier negocio, a ella acudían,» siendo «agente muy activo y eficaz para estos indignos manejos una dama llamada doña Joaquina Arangúren, nativa de Navarra, que siempre estaba al lado de la Virreina »

Apenas tomara pesesión del Virreinato, Iturrigaray demostró su afición a las diversiones públicas, como eran, las corridas de toros y peleas de gallos, y el 21 de febrero sucedió un acontecimiento memorable. Fué el caso que, estando la plaza de El Volador henchida de gente para presenciar la corrida de toros que iba a empezar, en el acto de partir la plaza los Granaderos de Comercio, sobrevino un eclipse de sol que llenó de pavor a los doce mil espectadores allí reunidos. Cuando apareció de nuevo el astro del día, fué tal el contento de todos, que empezaron a aplaudirlo frenéticamente, mientras la música tocaba diana.

Débese a estos Virreyes la introducción en México de la vacuna. Poco después de que ésta se descubriera en Inglaterra, Iturrigaray la hizo traer de la Habana para propagarla, y

la Virreina consintió en que el primer experimento se hiciese en su hijo Vicente, de veintiún meses de edad.

Como era la primera dama de la Colonia, no fué extraño que fuera asíduamente cortejada y que contrajera íntima amistad con las principales señoras de la aristocracia; pero, con ninguna más que con la segunda Condesa de Regla, posteriormente Marquesa de Villahermosa de Alfaro. Casi no pasaba día sin que se viesen, llegando su intimidad a grado tal, que se prestaban mútuamente alhajas y hasta prendas de vestir.

Todos se disputaban el honor de obsequiarla, y en 1805, se escogió su cumpleaños, 21 de enero, para inaugurar las nuevas obras de aguas recogidas en Coajimalpa.

A pesar de todo, la maledicencia quiso mancillar la honra de doña Inés de Jáuregui, haciendo correr la versión de que tenía relaciones con don Ignacio Obregón, apuesto caballero, deudo cercano del Conde de Valenciana, Coronel del Regimiento de Dragones de Nueva Galicia, quien, según Alamán, gastó grandes sumas en su obsequio; pero, como dice muy bien don Genaro García, siendo la Virreina de cincuenta años de edad, poco más o menos, el afecto que Obregón le profesaba debe haber sido sobremanera respetuoso, casi filial.

Entre los sucesos, reales o fingidos, que precedieron la prisión de Iturrigaray en 1808, no debemos olvidar que se decía con insistencia que éste intentaba proclamarse Rey de México, con el título de José I, y que la Virreina admitía de sus domésticos el tratamiento de Majestad, especies que se propalaron tan rápidamente, que hasta se dijo que el célebre artífice Rodríguez Alconedo estaba labrando la corona para el nuevo monarca. ¡Asegurábase, además, que sus hijas pretendían tomar los títulos de Princesas de Texcoco y de Tacubaya!

Absurdas como eran estas especies, se tomaron como pretexto, entre otras, por el partido europeo, para fraguar la conspiración en contra de Iturrigaray. En la noche del 15 de septiembre, concurrió con su esposa al teatro, y al terminar la función, retiróse a palacio y se recogió sosegadamente «sin hacer el menor aprecio del aviso que le dió doña Inés, de que notaba desde el balcón una reunión considerable de gente.» Después de la media noche, se introdujeron en Palacio los conjurados y mientras unos aprehendieron al Virrey, otros rompían la puerta de la alcoba de doña Inés, quien huyó espantada y semidesnuda a refugiarse en su tocador con su hija Pilar, de trece años de edad, y Vicente, niño aún.

Arrojáronse los asaltantes sobre el lecho de la dama, desgarraron las sábanas con los tacones de sus botas e hicieron pedazos el dosel con los cañones de sus fusiles, todo en medio de las bromas más insolentes. En cuanto pudo, se presentó la Virreina en la alcoba de su marido, y al verlo, exclamó entre sollozos:

—¡Gracias a Dios que te veo, pues creía no encontrarte con vida, lo mismo que a mis hijos!

Permanecieron los Virreyes y sus hijos, custodiados por centinelas, hasta las tres de la mañana, hora en que fueron sacados de Palacio por los conjurados, y llevados, Iturrigaray y los dos mayores a la Inquisición, y doña Inés, con Pilar y Vicente, en la silla de manos del Arzobispo, al cercano convento de S. Bernardo, yendo la Virreina «tan afligida y consternada que al corazón más duro movía a compasión y lástima.»

Se quedó doña Inés con las bernardas hasta el 6 de octubre siguiente, en que salió de México para Veracruz, escoltada por cincuenta dragones, y acompañada por el Capitán de Artillería don Manuel Gil de la Torre y don José Ignacio Uricena, Oficial de Voluntarios, quienes la trataron durante el viaje con toda la atención y cortesía debidas a su sexo y al alto puesto que ocupara. Reunida en San

Juan de Ulúa con su marido e hijos mayores, que habían sido conducidos allí el 21 de septiembre, embarcándonse en el navío «San Justo,» que zarpó para Cádiz el 6 de diciembre.

En aquel puerto permaneció doña Inés algunos años, mientras seguía la causa de infidencia formada al Virrey depuesto; y no debió ser muy halagüeña su situación, puesto que de ella se queja constantemente en sus cartas a la Marquesa de Villahermosa, al grado que ésta, en varias ocasiones, la ayudó con sumas de dinero.

Cuando se sobreseyó la causa de infidencia de Iturrigaray, siguió la de residencia y condenósele, a la postre, al pago de fuertes sumas; pero, como falleció el acusado en Madrid, a 3 de noviembre de 1815, doña Inés se trasladó a México con su familia, para solicitar que no se diese cumplimiento a la sentencia, para lo cual hizo valer los méritos que Iturrigaray había contraído, por haber sido el primer autor y promovedor de la independencia.

Radicóse la ex-Virreina en Tacubaya, en donde llevó una vida bastante modesta y retirada, hasta su muerte acaecida en 24 de junio de 1836, a los 77 años de edad; y fué sepultada en la Parroquia, en la Capilla del Santísimo Sacramento, en donde hasta hace poco se veía su tumba.

Lo esposa de don Pedro Garibay fué doña Francisca Javiera Echegaray, prima hermana de Clavigero, según Beristáin; la de don Félix Calleja, doña Francisca de la Gándara; y la del Conde del Venadito, doña María Rosa Gastón, según Bustamante «un modelo de virtud,» quien después del ataque de los insurgentes en la Hacienda de Virreyes, trató a los prisioneros de éstos «con una caridad cristiana, pues a los heridos les asistió y curó personalmente en la Venta de Ojo de Agua que estaba inmediata, preguntándoles con una sencillez angelical por qué habían obrado de aquel modo, pues su marido ni su familia venían a hacerles mal ninguno, sino a mirarlos como a hijos.»

El último Virrey, don Juan O'Donoju estuvo casado con doña Josefa Sánchez Barriga,

La esposa de Iturrigaray fué la última Virreina que brilló en todo su esplendor en la Ciudad de México, pues sus sucesoras pasaron desapercibidas, debido indudablemente a la época de contínua lucha que se entabló con los insurgentes, y que culminó en la consumación de la Independencia en 1821. Puede decirse, por lo tanto, que con doña Inés de Jáuregui dió fin la serie de grandes damas que inscribieron sus nombres en la historia, como Virreinas de la Nueva España.

PROCESIONES Y PASEOS

La Virgen de Guadalupe

Á diferencia de la Virgen de los Remedios, cuyas visitas a la Ciudad de México han alcanzado mayor número de setenta, la de Guadalupe solamente una vez abandonó su santuario a la falta del Tepeyac, para hospedarse en la metropolitana iglesia.

Nadie ignora que la ciudad que, sobre las ruinas de la antigua Tenochtitlán, erigieron los conquistadores, se ha visto, no una, sino varias veces, invadida por las aguas pluviales que no pudieron contenerse en los vasos de los lagos cercanos; tanto que, en los primeros tiempos del virreinato, se pensó transladarla a las lomas de Tacubaya, proyecto del que se desistió al considerar el monto de los edificios ya construídos; y decidióse, en

cambio, emprender el desagüe del Valle de México, cuyas monumentales obras no se vieron del todo concluídas sino hasta nuestros días.

Pero ninguna de las numerosas inundaciones que antaño afligieron a los habitantes de México, alcanzó las proporciones que la de 1629, debido a las copiosísimas lluvias que empezaron a caer desde los primeros meses del año, y que arreciaron en la noche y día del 21 de septiembre, por lo que se les dió el nombre de «El aguacero de San Mateo.» Los barrios bajos de la ciudad fueron los que más sufrieron desde un principio, puesto que, siendo la mayoría de sus casas de adobe, desmoronábanse fácilmente, y, al derrumbarse, sepultaban bajo los escombros a sus infelices moradores.

El 5 del citado mes, hallábanse ya casi todas las calles de la ciudad bajo de agua, al grado de que fué preciso traficar por medio de canoas; muchos religiosos abandonaron sus conventos y más de veintisiete mil personas emigraron a la ciudad de Puebla.

El día de San Mateo, antes citado, las lluvias, que cayeron durante treinta y seis horas consecutivas, hicieron subir el nivel del agua hasta dos varas sobre las calles más altas.

Largo sería enumerar los actos caritativos que en esa ocasión desplegaron, tanto el Arzobispo de México, don Francisco Manso y Zúñiga, como el Virrey, don Rodrigo Pacheco Osorio, Marqués de Cerralvo, repartiendo aquél en una canoa provisiones a los más necesitados, y aposentando y manteniendo éste a numerosas personas durante más de seis meses.

Invadidos por el agua como estaban los templos, y, deseando que las prácticas religiosas no quedasen interrumpidas cuando más necesitaban los infortunados habitantes de México impetrar la divina clemencia, ordenó el Arzobispo que se dijeran misas en tablados, que para ello se erigieron en las encrucijadas, así como en los balcones y aun en las azoteas de las casas; y era de verse cómo el pueblo las oía, «no con el respetuoso silencio que en los templos—dice el P. Alegre—sino antes con lágrimas, sollozos y clamoreos que a los ojos sacaba un tan nuevo y lastimoso espectáculo.»

«Carrozas ni cavallos, escribe el P. Franco, no fueron de provecho en mucho tiempo. Las canoas sirvieron de todo, y fué el remedio y medio con que se negociava y traginava; assí en breves días, concurrieron a México infinidad de canoas y remeros. Las calles

y plazas estavan llenas de estos barcos, y ellos sirvieron de todo cuanto hay imaginable para la provisión de una tan grande República; y llegó lo que era travajo a ser alivio, comodidad y recreación. Vna sola canoa cargaba lo que necesitava de muchos arrieros y bestias mulares. Fué lenguaje común decir «todos andámos ahora en carrozas», porque pobres y ricos pasavan la Ciudad con mucho descanso y sentados en las canoas, que eran carrozas de menos costo, por el mucho que tiene sustentar carroza y animales que la tiren. En canoas se llevavan los cuerpos de los difuntos a las iglesias, y en barcos curiosos y con mucha decencia se llevava el Santísimo Sacramento a los enfermos. Ví el de la Cathedral, muy pintado y dorado, su tapete y silla en que iba el cura sentado, y haciéndole sombra otro con un quitasol de seda. Acompañábanle otras canoas en que iba gente que llevavan luces, y la campanilla que se acostumbra, iva delante para avisar a los menos atentos. Para resguardo de los cimientos de los edificios se hicieron unas calzadillas. Por ellas andavan muchos a pie, y para que se pudiessen pasar las encrucijadas y bocas de las calles, se hicieron muchos puentes de madera, altos, para que por lo bajo pasasen las canoas.»

En tan aflictivas circunstancias, juzgó el prelado que debía acudirse a la intercesión de la Virgen, bajo su advocación de Guadalupe, y puesto de acuerdo con el Virrey y oídos los pareceres de ambos cabildos, de la Real Audiencia y de los Tribunales, decidióse trasladar aquella imagen a la Capital.

Estando inundado todo el trayecto desde México hasta la falda del Tepeyac, fué preciso hacer la traslación de la Virgen en canoa, y, al efecto, el día 25 embarcáronse en una «faluca», empavesada con gallardetes y banderas,el Virrey y el Arzobispo, y bogaron hacia el Santuario, seguidos de una verdadera flotilla de canoas, igualmente adornadas y «esquisadas de remos», que conducían a los oidores, capitulares. órdenes monásticas y nobleza; y, en toda clase de embarcaciones, por casi todo lo que quedaba de la población de México.

Llegados a las puertas del templo, la imagen fué bajada de su sitio y colocada en la falúa del Arzobispado, y empezaron a navegar rumbo a México, dice el P. Florencia «con oparato grande de luces en las embarcaciones, de música, clarines y chirimías, cantando el coro de la Catedral himnos y salmos, con más consonancia que alegría, porque a todos llevaba el común trabajo contritos,aun-

que confiados en la compañía de la Santa Imagen, de quien esperaban el remedio.»

Al acercarse la flotilla a la iglesia de Santa Catarina Mártir, los encargados de este templo sacaron a esta imagen, ricamente vestida y con sus más preciosas joyas engalanada, en una canoa, también adornada vistosamente, para recibir a la Guadalupana; entraron ambas con toda la comitiva a la iglesia, en donde verificóse solemne función, y terminada ésta, continuó su ruta la Virgen del Tepeyac hasta el Arzobispado, en donde permaneció aquella noche. A la mañana siguiente fué conducida a la Catedral, que entonces se construía, siendo colocada en el «nicho de patronos,» en lo que fué más tarde sacristía mayor. Allí se le rindió culto por los infortunados vecinos de México, quienes impetraban su intercesión con misas y novenarios, para que cesara el mal que los afligía.

Mas no quiso Dios que amainara desde luego la inundación: por mucho tiempo siguió la ciudad bajo de agua, y la Virgen de Guadalupe permaneció en la Catedral cerca de cinco años.

Por fin, en 1634, hallándose ya la ciudad libre de toda inundación, determinaron las autoridades civiles y eclesiásticas que regresara la venerada imagen a su Santuario. El día

13 de mayo «hallábase toda México galanamente colgada, y hecha un vergel de vistosos doceles, colgaduras y gallardetes,» y en las calles que comprendían el trayecto entre la Catedral y la iglesia de Santa Catarina Mártir, se formó una espesa y artística enramada para resguardarlo de los rayos del sol.

Digna era de verse, llena como estaba de los más variados adornos: flores y frutas en profusión, cintas y colgaduras de seda, y numerosas jaulas de pájaros de variados matices y de melodioso canto. Por la noche, convirtieron la ciudad en ascua refulgente las luminarias en las azoteas de las casas y en las torres de las iglesias, innumerables hachas y faroles en puertas y balcones, y vistosos fuegos de artificio que en las esquinas de las calles se quemaron.

A la mañana siguiente, desde temprana hora, empezaron a ejecutarse en varios sitios «vistosas danzas, bailes, coloquios y cantares» relativos a la Virgen de Guadalupe, sus apariciones y numerosos milagros.

Se organizó la procesión en este orden: Encabezábanla varias imágenes de santos, seguían inmediatamente las parcialidades de los indios y las cofradías con sus guiones y estandartes; las órdenes religiosas, el clero y el cabildo eclesiástico, precedían a la Virgen de

Guadalupe, que era llevada en andas, las cuales (para conservar el culterano lenguaje del P. Cabrera) «trenzáronse de plata y oro, bordándose de la pedrería conveniente los Atributos de Nuestra Señora y su limpieza original, dejando al verde del Cyprés, Palma y Huerto, las Esmeraldas; los Rubíes, a la Rosa; Topacios y Saphiros, al Lirio; Diamantes, a las Luces y Estrellas; Perlas, a las Aguas, y al Oro para lazos de todos.»

Venía en seguida el Arzobispo, el Ayuntamiento y la Nobleza, y con los Tribunales y Real Audiencia, el Virrey Cerralvo, quien, no obstante hallarse quebrantado de salud, no quiso dejar de asistir a tan solemne acto.

Llegada la procesión a la iglesia de Santa Catarina, habiendo caminado todo el tiempo bajo la enramada, celebróse allí solemne función, y como la hora era muy avanzada, permaneció la Virgen en ese templo aquella noche, para continuar su marcha al día siguiente, en medío del general regocijo y de la mayor devoción del pueblo.

Desde entonces hasta la fecha, no ha abandonado más la Villa de Guadalupe.

Y no se crea que por no haber vuelto la Guadalupana Imagen a la Capital, entibióse el culto a ella rendido. Al contrario, con el tiempo aumentaron los homenajes, tanto del

pueblo como de los gobernantes y de la aristocracia. Interminable tarea sería la de citar todas las muestras de devoción que dieron los Virreyes: el Conde de Salvatierra regaló al Santuario «un tabernáculo de plata maciza,en que se colocó la imagen,» que pesaba más de 350 marcos; el de Alba de Liste, al ser promovido el virreinato del Perú, llevó consigo una copia de la Virgen y extendió su culto en aquellas provincias; y uno de los más íntegros Virreyes, Bucarelli, quiso dormir su postrer sueño al pie del Tepeyac.

En cuanto a la nobleza, baste recordar que, cuando en 12 de febrero de 1778 se comenzó a edificar el camarín, los primeros que pusieron manos a la obra, cavando ellos mismos los cimientos, fueron muchos grandes señores de aquel tiempo, encabezados por los Condes de Santiago y de San Mateo de Valparaíso.

En fin, como acontece hoy, durante el virreinato era rara la familia mexicana, que no tuviera muy especial devoción a la Virgen, que en el árido Tepeyac hizo florecer lozanas rosas.

La Guardia de Alabarderos de los Virreyes

Por Reales Cédulas expedidas, respectivamente, en Aranjuez y Madrid el 27 de mayo y el 28 de diciembre de 1568, «teniendo consideración a la autoridad de los cargos de Virreyes de las Indias y calidad de sus personas», creó Felipe II para el «ornato y acompañamiento» de los del Perú y Nueva España, una guardia de soldados «alabarderos,» a semejanza de los que custodiaban la real persona en la Corte. Componíase la de la Nueva España de un capitán, un subteniente, tres cabos y veinte plazas, y gozaba cada alabardero de un sueldo de «trescientos pesos de a ocho reales», y doble cantidad el capitán, pagaderos de lo que había de percibirse de «lanzas y arcabuces y de los repartimientos de

Indios que vacaren». Expidiéronse además, entre 1571 y 1624, varias otras Cédulas reglamentando la Guardia y prohibiendo que las plazas se sirviesen por criados de los Virreyes.

Las obligaciones de la Guardia consistían, como se indica en la Cédula de la creación, en acompañar y cuidar del Virrey en casi todos sus actos públicos y privados, desde que llegaba a la cercana Villa de Guadalupe a hacerse cargo del gobierno, hasta que dejaba el mando. Quizá la primera ceremonia de importancia en que tomó parte fué la de las honras fúnebres por Carlos V, que se celebraron en el año de 1559, en el atrio del Convento de San Francisco, cuya descripción hizo el célebre Cervantes Salazar en su *Túmulo Imperial de la gran ciudad de México.*

En las entradas públicas; en las visitas que a esta Capital hacía la Virgen de los Remedios, a la que acompañaba casi siempre el gobernante; en las procesiones del Corpus y otras; en las corridas de toros y funciones de teatros; figuraban cuatro, seis, o más alabarderos, según la categoría de la fiesta. Algunos acompañaron al Conde de Alba de Liste hasta Acapulco, cuando dejó el Virreinato de México por el del Perú; y en abril de 1737, que fué jurada Patrona de México Nuestra

Señora de Guadalupe, toda la Guardia dió escolta a la Imagen, en la procesión con que se solemnizó el acto. Ni aún el 30 de octubre de 1785, que fueron los Condes de Gálvez a pasear al portal con sus hijos, faltaron cuatro individuos de la Guardia que los acompañasen. Siempre que el gobernante salía en carruaje, el capitán de la Guardia lo acompañaba a caballo, al estribo derecho.

Cuando un Virrey, enfermo de gravedad, recibía el Viático, la Guardia escoltaba al Santísimo desde el Sagrario hasta la cabecera del paciente, como en el caso de don Bernardo de Gálvez en 1786; y si moría el gobernante, entregábase la llave del ataúd al capitán de los Alabarderos, quienes daban guardia, «con armas a la funerala» al cadáver mientras permanecía insepulto, y lo escoltaban a su última morada.

En la descripción del entierro de Fray García Guerra en 1612, dice el célebre Mateo Alemán: «A los lados del cuerpo, ivan los de la guardia, en cuerpo i descubiertos. Llevaban ropillas largas de vayeta, las alavardas vueltas, arrastrando las cuchillas por el suelo.»

La constante presencia de los Alabarderos cerca de los Virreyes los libró en no pocas ocasiones de graves atentados, el mayor

de los cuales fué el que sufrió el Duque de Alburquerque el 12 de marzo de 1660. Había ido a inspeccionar el estado de la obra de la Catedral, que a la sazón se construía, y cuando estaba haciendo oración en la capilla de la Soledad, un soldado español, llamado Manuel de Ledesma, destinado para la expedición de la Jamaica, acometió al Virrey con una espada; pero al momento fué preso por los Alabarderos y ejecutósele al día siguiente en la Plaza Mayor.

Tenía la Guardia para su uso particular una capilla en el Monasterio de San Agustín, denominada «de Nuestra Señora de la Asunsión de los Alabarderos», en la cual celebraban funciones religiosas y honras fúnebres.

Entre los Alabarderos hubo algunos que en algo se distinguieron, como Juan de Ochoa, que murió en 1777, de 81 años de edad, habiendo servido 56, y conocido a catorce Virreyes, desde el Ilustrísimo Señor Ortega Montanés hasta el ínclito Bucarelli; pero ninguno tanto como el Cabo José Gómez, quien escribió un «Diario» muy curioso de los acontecimientos de que tuvo noticia, que abarca el período comprendido entre el 14 de agosto de 1776 y el 26 de junio de 1798.

En cuanto al uniforme que vestía la Guardia, encontramos en el «Diario» de Robles, co-

rrespondiente al 6 de enero de 1703, que «se dispone que los Alabarderos se vistan de amarillo con golillas;» pero a fines del siglo XVIII y principios del XIX, su uniforme completo consistía de «casaca y calzón azul; chupa y vuelta encarnada; botón y alamares de plata; y los oficiales con galón en las costuras.» Estrenóse, además, el 12 de marzo de 1780, para pequeñas ceremonias, un «petit uniforme», que lacónicamente describe José Gómez, como «unos ojales de galón y su fleco».

El año de 1784 fué de grandes innovaciones para el Cuerpo de Alabarderos: en 25 de febrero «se empezó a venir a montar la Guardia con botines y biricú»; en 13 de agosto fué nombrado como su primer Capellán el Lic. don Baltasar Domínguez de Gálvez; y el 21 siguiente, «tomó posesión de cirujano de Alabarderos don José Subielde, y por haber sido el primero que tuvo esta compañía hizo mucha novedad».

El puesto de Capitán de la Guardia de Alabarderos era muy codiciado en la Colonia, y se confería casi siempre a algún miembro de las casas de los Condes de Santiago, Marqueses de Santa Fe de Guardiola u otras igualmente distinguidas. El último Capitán fué el tercer Conde de Regla, Marqués de San Cristóbal y de Villahermosa de Alfaro, quien,

en 31 de mayo de 1820, juró con toda la Compañía de su cargo la Constitución Política de la Monarquía Española.

Al consumarse la Independencia,—ocioso es decirlo,—cesó la Guardia de Alabarderos, pero su capitán fué nombrado Caballerizo Mayor de S. M. don Agustín I, Emperador de México.

Borlas Doctorales

Cercano al mercado de «El Volador», y frente a la fachada sur del Palacio Nacional, existe hoy un solar, de tristísimo aspecto y lleno de escombros, en donde estuvo no hace tres lustros,el Conservatorio Nacional de Música, derribado con el ánimo, seguramente, de substituírlo con algún nuevo edificio; pero como quiera que tal construcción no ha llegado a levantarse, es aquel un campo de soledad, si no precisamente un mustio collado, que fué un tiempo la Universidad famosa de México, fundada por Carlos V, con constituciones, fueros y privilegios iguales a los de la cele-

bérrima de Salamanca, y de la cual han escrito renombrados historiadores. (1)

Los grados de Doctor que en diversas facultades esta Universidad concedía, estaban sujetos a un curioso ceremonial, del cual parécenos pertinente dar un ligero bosquejo antes de que desaparezca del todo el recuerdo del vetusto plantel.

En la tarde del 23 de agosto de 1694, una lucida cabalgata recorría las principales calles de México, en tal forma ordenada, que al verla, los buenos habitantes de la ciudad supieron que al día siguiente, uno de los que la componían había de recibir el grado de doctor en alguna facultad. En efecto: el licenciado don Manuel de Mendrice cumplía con lo ordenado en los estatutos de la Universidad, conforme a los cuales todo aquel que se graduara había de hacer, la víspera, un paseo a caballo «con toda pompa y solemnidad.»

Abría la marcha una comparsa de jinetes, tocando trompetas, atabales y chirimías, y numeroso concurso de caballeros al efecto convidados. Encabezado por sus dos bedeles, quienes lucían traje talar de terciopelo morado

(1) Entre otros, don Manuel Berganzo en el *Diccionario de Historia y Geografía*, y don Joaquín García Icazbalceta en su *México en 1554*.

con mangas encarrujadas y sobrecuello grande, y llevaban al hombro mazas de plata con las armas reales, por ser del real patronato, caminaba el gremio universitario en este orden: El secretario y tesorero síndico, los maestros en artes, los doctores médicos, los doctores y maestros teólogos, canonistas y legistas, todos a caballo y de dos en dos por orden de antigüedad, «con sus insignias de borla y capirote», siendo el color de éstas para la facultad de medicina, amarillo; de teología, blanco; de cánones, verde y de leyes, rojo. Seguían algunos alcaldes, fiscales y oidores de la Real Audiencia, que eran doctores. Varios lacayos y pajes, con bastones pintados, precedían al doctorando don Manuel de Mendrice, a la izquierda del rector de la Universidad, doctor don Jerónimo de Soria Velázquez, posteriormente primer Marqués de Villahermosa de Alfaro, quien tenía a su derecha al decano de la facultad de teología, doctor don Bernabé de Córdoba. Seguía inmediatamente detrás un «hombre de armas en un caballo a la brida, bien aderezado,» empuñando un bastón dorado sobre el cual llevaba el bonete con borla blanca, que al día siguiente había de ceñir el de Mendrice. Cerraba la marcha, entre dos caballeros principales, y con digno acompañamiento, el padrino del grado quien, en este

caso, era nada menos que el Excelentísimo Señor don Gaspar de Sandoval, Silva y Mendoza, Conde de Galve, Virrey y Capitán General de la Nueva España, y presidente de la Real Audiencia.

Dirigióse la comitiva a la casa del maestrescuela de la Catedral, doctor José Vidal de Figueroa, quien la esperaba ya a caballo, e incorporóse en seguida a ella tomando la izquierda del decano. Recorrió la cabalgata, como ya hemos dicho, las principales calles de la histórica ciudad, y disolvióse, después de haber dejado al Virrey en las casas del Marqués del Valle, en donde se hospedaba por estar reconstruyéndose a la sazón el real palacio; al maestrescuela en su casa, y a Mendrice en la suya. En el balcón principal de su morada, como prevenían los estatutos, colocado había el doctorando, bajo dosel, su escudo de armas, añadiéndole una bordura blanca, (color de su facultad) cargada con tantas A's como «Aprobados» (Approbatus) había obtenido en los exámenes respectivos.

A las nueve de la mañana siguiente, el rector, decano, doctores y maestros fueron a buscar a Mendrice a su casa; de allí a la del Maestrescuelas y, habiendo acudido a las del Valle por el Virrey, procedieron con pompa igual a la de la víspera, a la Catedral, en donde se ha-

bía erigido en la puerta oriental un tablado, lujosamente adornado y «colgado con tapicería del Virrey», cuyo centro ocupaba un altar, teniendo al frente un baldoquín, (con las armas reales en el centro, a la derecha las de la Universidad, y a la izquierda las de Mendrice), bajo el cual se hallaba un sitial. A ambos lados colocáronse numerosas sillas de vaqueta, todas iguales, y en sendas bandejas de plata sobre una mesa, hallábanse las insignias doctorales: borla, anillo y libro, así como las propinas y guantes que habían de repartirse. Cerca de la mesa había una cátedra pequeña.

Apeada la comitiva de sus cabalgaduras, entró al sagrado recinto en el orden prescrito y se dirigió al tablado; ocupó el sitial bajo el dosel el conde de Galve, teniendo a su derecha al rector y maestrescuela, cancelario de la Universidad; y en las otras sillas tomaron asiento los doctores y maestros por orden de antigüedad, mientras que Mendrice permanecía de pie junto a la mesa, con el maestro de ceremonias, el secretario y los bedeles. Enfrente sentáronse el conde de Santiago y otros señores titulados que asistían como convidados de honor.

Se dijo la misa, y al terminarse, abordó la cátedra el decano doctor Bernabé de Córdoba, y junto a ella hizo el graduando la conclusión

doctoral que dedicó a su padrino el Virrey, y en contra de la cual arguyeron y fueron refutados el rector y los doctores Marcos Muñoz y Pedro de Avalos.

Acabada la conclusión doctoral, el maestro de ceremonias y los bedeles fueron a la cátedra por el decano, a quien acompañaron hasta que tomó asiento al lado del rector, y luego condujeron al doctor Miguel González a aquella, para que diera el vejámen, el cual escuchó Mandrice de pie y descubierto.

Eran estos vejámenes, festivos y satíricos discursos sobre los defectos literarios de los graduandos; duraban media hora, y para que «fueran con gracia y sin ofensa alguna» habían de ser aprobados préviamente por el maestrescuela. (1)

---

(1) No sólo en estos casos había *vejámenes*, ni se limitaban siempre a discursos. Figuraban también, y con más excéntricos requisitos, entre las costumbres del Colegio Mayor de Santa María de Todos Santos, como lo demuestra el siguiente caso: "En 12 de noviembre de 1754, votó tres prebendas en propiedad de los Bachilleres Ruíz de Castañeda, Trusta y Garrote, y Castañeda y Valle, "los que habiendo sido pretendientes, corridas todas las ceremonias, dadas sus pruebas de calidad y nobleza, y teniendo sus actos literarios, fueron admitidos y publicados, trayéndolos a dicho Colegio Mayor la mañana del siguiente 13, y vistiéndolos ridículamente con gabanes de petate con varios colgajos de legumbres y en

Al terminar el vejámen, los bedeles y el maestro de ceremonias acompañaron al decano a la mesa junto a la que estaba Mendrice, y condujeron a éste ante el maestrescuela, a quien pidió las insignias doctorales en una breve oración latina, contestada en igual forma por el canónigo. Vuelto a la mesa, pidió en otra oración latina, las insignias al decano, y éste, recibiéndolas de mano del Virrey, las fué imponiendo al graduando de la manera siguiente: Besólo primeramente en un carrillo, diciéndole en latín: «Recibe el ósculo de paz en señal de fraternidad, amistad y unión con nuestra academia;» al darle el anillo le dijo: «Recibe el anillo de oro en señal de desposorio entre tí y la sabiduría, como esposa carísima;» y al entregarle el libro: «Recibe el libro de sabiduría para que puedas libre y públicamente enseñar a otros». Dadas las in–

---

las cabezas unos tompeates con plumas, montados en asnos aparejados, fueron entregados a los criados, quienes con considerable número de muchachos y plebe que los silbaban, pasearon las cuatro calles que circunvalan dicho Colegio Mayor, al que restituídos, vistiéndoles de sus hábitos clericales, se les ministró una opulenta comida, a la que concurrieron todos los colegiales y muchas personas de distinción, parientes de los referidos pretendientes......" (*Sosa*, Efemérides históricas y biográficas.")

signias, condújole el doctor Bernabé de Córdoba a la cátedra para que se sentara en ella, diciéndole: «Sube a la cátedra y toma asiento en ella para que, como doctor, puedas examinar e interpretar las sagradas escrituras.»

Bajó de la cátedra don Manuel de Mendrice, e hincado de rodillas ante el maestrescuela, y puestas las manos sobre los Santos Evangelios, hizo solemne profesión de fe y juró el misterio de la Inmaculada Concepción; hecho lo cual, pidió al canónigo en latín que le confiriera el grado de doctor en teología, puesto que ya había recibido las insignias, y lo único que le faltaba era la borla. Confirióselo el maestrescuela en estos términos: «Con la pontificia y real autoridad, por la que funjo en este acto, concédote el grado de doctor en la facultad de sagrada teología. Y por la imposición de este bonete, concédote todos los privilegios, inmunidades y exenciones que tienen y gozan los que han alcanzado igual grado en la Universidad de Salamanca, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

Dió las gracias el nuevo doctor, abrazó a los doctores y maestros, y repartió sendas propinas y guantes al maestrescuela, rector, decano, bedeles y maestro de ceremonias; con lo que terminó el acto y regresaron todos a

sus respectivos domicilios en la forma ya descrita. (1)

* * *

Innumerables fueron los grados doctorales que la Real y Pontificia Universidad de México confirió a los más ilustres hijos de la Nueva España, pero a ninguno con mayor aplauso que a don Antonio López Portillo y Galindo, quien en 1755, sostuvo durante tres días, actos de todas las facultades bajo de muy difícil programa, recompensándolo la Universidad en claustro pleno, compuesto de noventa doctores, y en presencia del Virrey, Real Audiencia y Nobleza, con todas las borlas; y obsequiándolo el Marqués de las Amarillas «con un rico cintillo de diamantes brillantes y un reloj de oro guarnecido de la misma pedrería.»

Este hecho, sin precedente y no imitado después, se conmemora en los retratos de tan ilustre sabio, ostentado su bonete borla de los colores de todas las facultades.

---

(1) El expediente original del grado de Doctor, conferido a don Manuel de Mendrice, obra en el archivo de la antigua Universidad de México, que se conserva en la Biblioteca Nacional.

Fiestas Campestres

Ningún Watteau colonial nos ha legado, como lo hicieron en Francia los pintores versallescos de los siglos XVII y XVIII, escenas de las fiestas campestres de entonces: en vano buscaríamos en México esas telas de delicados colores, en las que se ven duques-pastores y condesas-aldeanas bailando pavanas y minuetos en glorietas de frondosos parques, al lado de claras fuentes, cerca de marmóreos balaustres y estatuas. Mas no se crea que careció la sociedad virreinal de fiestas semejantes. No fueron famosas, seguramente, como las que celebraba la más frívola de las cortes en la más frívola de las épocas, pero sí en alto grado espléndidas, y con la ventaja de tener más hermoso cuadro escénico, puesto

que, si bellísimos son los *parterres* y escalinatas que trazó Le Notre, en cambio, ¿qué puede compararse con la falda del Ajusco y el lago de Xochimilco, qué con el azul del cielo mexicano y con los volcanes cuyo nevado perfil se divisa en lontananza?

Con la elevación al trono español del quinto de los Felipes, dejóse sentir desde luego en toda la monarquía la influencia de la vida francesa, inaugurándose usos y costumbres muy distintos de los que imperaran en tiempo de los Austrias. Durante el gobierno de esta austera dinastía, hubo en México pocas fiestas del género que indicamos; pero, a partir de 1700, empezaron a verificarse con más o menos lujo, y teniendo siempre por escenario alguno de los pintorescos pueblecillos cercanos a la capital, como Tacubaya, San Angel y San Agustín de las Cuevas (hoy Tlálpam), en los cuales, al decir del cronista Castro Santa Anna, había desde entonces «hermosas casas de campo, amenos jardines, crecidas huertas, con todo género de exquisitas y delicadas frutas, abundantes aguas en pulidas fuentes, pilas y estanques.»

Como prueba de que estos amenos sitios eran muy del agrado de los grandes señores de entonces, parécenos oportuno extractar lo que acerca de ellos recordaba el Marqués de Crui-

llas—hijo del Virrey del mismo título—en una carta que en enero de 1790 dirigía desde Valencia al Conde de Regla: «¡Oh! como se havran vms. divertido en esse ameno Pensil de San Agustín, ya paseandose por essos Callejones, ya yendo a Suchimilco, y en canoas paseando por medio de aquellas maravillosas chinanpas, y ya tambien yendo a Cuyuacan al Mercado! Todo lo tengo mui presente: lo hermoso de esse territorio, y cada vez conozco que es lo único que hay en el Globo terrestre.»

Principiaron los festejos en estos sitios en tiempo del trigésimo-cuarto Virrey, don Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque, cuya esposa, doña Juana de la Cerda, de la ilustre casa de Medinaceli, era muy afecta a la ostentación y al lujo. El primero de mayo de 1703, con el objeto de que la Virreina conociera el canal de la Viga y visitara Ixtacalco, aparejó don Francisco de Medina Picazo, tesorero de la Casa de Moneda, una canoa de doce varas de largo, cuatro de ancho y tres de alto, dorada en su totalidad y engalanada con guirnaldas de toda clase de exquisitas flores, y cuyos diez remeros vestían vistosos trajes de «lampazos de China». En ella se embarcaron los Virreyes con muy selecta concurrencia, sin olvidar una

buena orquesta que amenizara la jornada.

El citado funcionario tenía empeño, según parece, en agasajar a la Duquesa, puesto que, pocos días después, la obsequió con una serie de fiestas en S. Agustín de las Cuevas, que duraron de domingo a viernes, habiendo habido tres corridas de toros, amén de varias otras diversiones, festejo que le costó más de veinte mil pesos, de los cuales solamente por la comida pagó a los cocineros del Virrey, cinco mil, y tres mil gastó en la extraña cuanto extravagante ocurrencia de hacer dorar un «pino grande.» ¡Seguramente consideró bien empleada esta suma, cuando vió retratado en los semblantes de sus convidados el mayor asombro al admirar este nuevo y fastuoso enmiendo a la naturaleza!

Medio siglo más tarde, en julio de 1752, el ilustre Conde de Revillagigedo, sintiendo algo quebrantada su salud, se transladó a S. Angel, a la «casa y huerta del capitán don Jacinto Martínez de Aguirre, quien la aderezó y compuso primorosamente»,-según dice el cronista. Con tan plausible motivo, deshiciéronse todos los que a la sazón habitaban sus casas de campo en obsequiar a los Virreyes y a su familia; pero de todas las fiestas que en honor de los Condes se organizaron, la más notable, sin duda, fué la que describe en

su diario Castro Santa Anna, en estos términos:

«Agosto 4.—La mañana de este día, en su pueblo de San Angel, el señor don Francisco de Chávarri, oidor decano de esta audiencia hizo convite para almorzar a su huerta a SS. EE., familia y comitiva, y a muchos sujetos principales de esta corte. Aderezó la casa costosamente y mandó formar en la huerta dos hermosas galerías cubiertas de ramos y flores; en la primera se hallaba un bien dispuesto estrado con muchos asientos de damasco, rodeada la galería de taburetes forrados de seda; y habiendo entrado toda la comitiva, repentinamente se despeñó una gran porción de agua, que con arte tenía represa, la que causó gran diversión, sonando al mismo tiempo un golpe de música, que estaba oculta en varias cuevas que tenían formadas al pie de los troncos de los árboles; y corriéndose después unas cortinas, se dejó ver la segunda galería, en donde estaba una larga mesa cubierta de exquisitos y pulidos manjares y ricos aparadores con todo género de bebidas; tomaron sus asientos y gustaron en este opíparo banquete hasta más de las doce del día, que SS. EE. se retiraron a su palacio».

El cronista no deja de mencionar la inte-
oticia—fruta de todos los tiempos—

de que «se perdieron dos platones, once platillos y muchas cucharas de plata, porque la concurrencia vulgar fué crecida.»

Después de una fiesta campestre en Tlálpam o San Angel, los convidados que no poseían casas de campo, regresaban, al anochecer, a la capital en recios y capaces forlones tirados por cuatro o seis mulas y con el consiguiente tren de palafreneros, postillones y lacayos; mientras que a ambos lados, para alumbrar el camino, acompañábanlos a galope tendido numerosos mozos de a caballo, empuñando sendos hachones encendidos y humeantes.

Despertábanse los pacíficos vecinos de México por unos instantes con la algarada de carrozas y caballerías; desaparecían éstas dentro de los zaguanes de los palacios coloniales, y tornaba la ciudad a dormir en silencio hasta el toque de la misa de alba que sobre ella esparcían las campanas conventuales.

Funerales del Marqués de Casa Fuerte

Relativamente pocos de los Virreyes de la Nueva España murieron antes de cumplir su período de gobierno; de los sesenta y dos que la rigieron durante tres siglos, sólo catorce durmieron su postrer sueño en esta tierra, y fueron sepultados en la Catedral y en las iglesias de los principales monasterios de México, todos con extraordinaria pompa; pero ningún entierro fué tan aparatoso como el de don Juan de Acuña y Bejarano, Marqués de Casafuerte, Capitán General de los Reales Ejércitos, Caballero del hábito de Santiago y Comendador de Adelfa en la Orden de Alcántara, miembro de la gran casa ducal de Escalona.

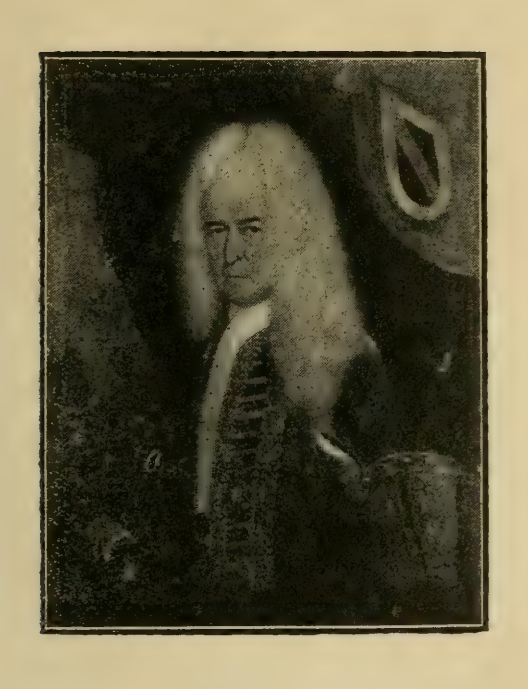
Nacido póstumo en Lima, el 22 de febre-

ro de 1658, fué nombrado trigésimo séptimo Virrey de la Nueva España en 1722, y el 15 de octubre tomó posesión del gobierno. Fué su virreinato próspero y feliz sobremanera; e hizo, del crecido caudal que llegó a reunir con las economías de su sueldo, numerosas fundaciones piadosas. En marzo de 1734 exacerbáronse los ataques de gota que venía padeciendo, y, debido a su avanzada edad, se comprendió que se acercaba el término de su vida. Se sacramentó el día 16, con grande resignación y piedad, administrándole el Viático el Arzobispo de México, y el Obispo electo de Durango, don Martín de Elizacoechea, la extrema unción. Asistiéronlo en sus postreros momentos los franciscanos, y falleció el día 17, a las dos de la tarde. Hízose saber al público la infausta nueva por medio de cien campanadas en todas las iglesias, y las salvas de ordenanza.

Abierto el «pliego de mortaja»(1), en que se nombraba para sucederle al Arzobispo de México, don Juan Antonio de Vizarrón y Eguia-

---

(1) Llamábase pliego *de mortaja* o *de providencia*, el que traían cerrado los Virreyes con el nombramiento de las personas que habían de sucederles en caso de muerte u otro accidente que les impidiera gobernar.—(Alamán).



Marqués de Casafuerte

rreta, pasaron los oidores al Arzobispado, a notificárselo, y mientras tanto—dice «La Gaceta de México»,—«los más peritos cirujanos abrieron, curiosearon, embalsamaron, y previnieron el cuerpo de Su Excelencia con aquellos ungüentos, aromas, confecciones, pólvoras y barnices, con que los cadáveres se suelen precaver de corrupción, e ingrato olor». Vistiósele con los «adornos correspondientes al cargo de actual capitán general, comendador, etcétera», y, amortajado con el manto capitular de las Ordenes de Santiago y Alcántara, «se dispuso, en la cabecera del salón principal (que estaba todo alfombrado), cama y sitial carmesí, bajo del cual, con el «Guión» delante, y cercado de muchas hachas, se colocó y expuso así para que, con desahogo, fuese visto del innumerable pueblo, como para que cómodamente se erigiesen algunos altares en que (fuera de las cantadas de las comunidades, y parrochia), aquellos días se le dijeron cuatrocientas misas».

Había dispuesto el Marqués, en su testamento, que se le diera sepultura en el convento, extramuros de la ciudad, de San Cosme y San Damián, de Religiosos Franciscos Recoletos, por quienes tenía marcada predilección, debido a un incidente que nos parece oportuno relatar. Rondaba una noche por la ciu-

dad, a caballo, acompañado de un ayudante, y al pasar por el convento de San Cosme, llamó su atención el toque de una esquila. Preguntó a su compañero qué significaba aquella campana, y éste contestó:

«Excelentísimo señor, son los frailes que llaman a maitines, pero no van».

Sin proferir palabra, acercóse el Virrey al templo y tuvo la paciencia de escuchar, desde afuera, todo el oficio, terminado el cual, siguió un miserere. Entonces retiróse el Virrey, diciendo a su ayudante:

«Los frailes no sólo van a maitines, sino que también *se dan*; aludiendo a los latigazos de disciplina que acababa de escuchar.

No obstante la larga distancia que mediaba entre el Real Palacio y dicho monasterio (tres mil setecientas cincuenta varas, o sean tres cuartos de legua), se puso una valla de fuertes vigas en las calles que formaban el trayecto, para que el gentío no invadiera el espacio destinado al fúnebre cortejo. Al amanecer del domingo veintiuno, hallábanse las calles henchidas de gente, ocupando innumerables espectadores, no sólo todos los balcones y azoteas de las casas, sino también los árboles de la Alameda, y el acueducto que entonces corría al lado Norte de la misma.

A las siete empezó a salir de Palacio el

dilatado cortejo, yendo a su cabeza ochenta cofradías, congregaciones y hermandades, con guiones y estandártes, y todos sus miembros con luces; seguían las Parcialidades de indios de Santiago y San Juan con sus gobernadores, llevando varas; después la archicofradía de la Santísima Trinidad, con túnicas rojas, y en seguida gran número de Terceros franciscanos y agustinos. Los Colegios,cada uno con bandera negra, eran precedidos por sus respectivos rectores, y lucían mantos y becas de los siguientes colores, respectivamente: el Real de San Juan de Letràn, morados y blancas; el Imperial de Santa Cruz de indios nobles caciques, azules y blancas; el de San Ramón, morados y rojas; el Real de Cristo, morados y verdes, y el Mayor y Más Antiguo de Santa María de Todos Santos, pardos y de grana. Las comunidades religiosas,a su vez, iban encabezadas por sus prelados, con cruces y ciriales; y la Archicofradía del Santísimo, del Sagrario, llevaba el crucifijo que perteneció a San Pío V. El resto de la procesión caminaba en el orden siguiente: la Congregación de San Pedro; los infantes y Seises de Catedral, con becas azules y mantos carmesíes, los acólitos, músicas y capellanes de coro, y el venerable Dean y Cabildo; cinco pajes con libreas de bayeta negra, uno con el

Guión, y los otros cuatro con hachas encendidas; el cadáver del Virrey, llevado en hombros hasta la mitad del camino, por los Oidores, y de allí por los Tribunales y Religiosos; dos caballos con gualdrapas de terciopelo negro, flecos y adornos de plata, y las armas de los Acuña, bordadas con sedas de colores; los ministros, Tribunal del Protomedicato y Consulado; los Bedeles de la Universidad, con mazas enlutadas, y los Maestros, Doctores y Rector, con capelos de terciopelo negro, orlados de los colores de sus facultades; el Ayuntamiento en pleno; los miembros del Tribunal Mayor de Cuentas, Oficiales de Real Hacienda y Real Audiencia, acompañando al Arzobispo, quien vestía sotana, muceta y manteleta de gorgotán negro; los ayudas de cámara, cargando la tapa del féretro, forrada de terciopelo negro, con galones, argollas y clavos de plata; la infantería y caballería de Guardias del Virrey, con los fusiles vueltos, a la funerala, cajas destempladas y clarines con sordina; y por último, la principal estufa del Marqués, completamente forrada de negro, hasta los rayos de las ruedas, y varios otros coches del difunto y del Arzobispo.

«Toda esta tan dilatada, prolija, funesta y ostentosa pompa, dice la *Gaceta de México*, caminaba con tardo y lento paso, y, en

llegando a las «possas», hacía pausa, en tanto que se cantaba el Responso, por cuyo motivo llegó como a las diez y media, saliéndole a recibir hasta el Puente de Alvarado, la Cruz, Comunidad y Guardián de aquel convento, en donde, luego que llegaron, cantó la misa el señor Deán, haciendo los oficios de sepultura, y dándosela a Su Excelencia en el lado derecho del presbiterio del altar mayor, dando fe de todo los escribientes de cámara, y dicho el último responso, fueron saliendo los serios tribunales, de que se componía aquel lúgubre Theatro, y tomando sus coches, se fueron encaminando a esta ciudad, y habiendo dejado a Su Excelencia en su palacio, se disolvió el congreso».

Fué tan solemne y suntuoso el ceremonial observado en este entierro, que quedó como modelo para los casos análogos.

La Virgen de los Remedios

Las calles de la muy noble, leal e imperial ciudad de México, hallábanse, el 9 de junio de 1755, vistosamente engalanadas: viejos palacios de rojo «tezontle» y labrada «chiluca», decorativos de por sí, se exornaban con numerosas estatuas, pinturas, espejos y pantallas, y ostentaban en sus balcones colgaduras de toda clase de damascos y terciopelos, rojos, azules, verdes, amarillos, que al moverse ligeramente por la brisa, hacían oscilar las fuentes de plata que sobre ellos se colocaban, reverberando en sus pulidas superficies los rayos del sol de primavera. Todos, ricos y pobres, habían puesto sus cinco sentidos en el adorno de sus casas y, en donde faltaban brocateles y velludos, lucían más modestas

colgaduras y hasta humildes sobrecamas, con gallardetes y flámulas de papeles de colores. Densa alfombra de flores cubría el piso.

¿A qué se debía tal derroche?

Era una de tantas veces que venía a la capital la Virgen de los Remedios.

Más de setenta en épocas de públicas calamidades, aquella pequeña imagen, traída a México, como todo el mundo sabe, por Rodríguez de Villafuerte, soldado de Cortés, ha abandonado su santuario cerca de San Bartolo Naucalpan, para hospedarse por breves días en la catedral metropolitana, en donde se le han hecho solemnes novenarios.

En aquel año, había llegado la época de las lluvias sin que éstas dieran señales de caer, y extremándose los calores, empezaron a aparecer enfermedades peligrosas, como el tabardillo y demás, que podrían degenerar fácilmente en epidemias. Esto en la ciudad; en el campo se temía que por falta de agua se perdieran las cosechas, cosa que sería de las más funestas consecuencias.

Se determinó, pues, traer a la imagen de los Remedios para impetrar, por intercesión de la Virgen bajo esta advocación, la protección divina. En la tarde del día 8 dirigiéronse al Santuario el Deán y Arcediano de la catedral, con todo el cabildo de la ciudad, amén

de muchísimas personas de distinción. Recibieron los eclesiásticos la pequeña imagen de manos de sus custodios y colocáronla en una estufa del Virrey, tirada por cuatro mulas ricamente enjaezadas, que con tal objeto se había llevado; y organizóse la comitiva rumbo a la ciudad. El largo trayecto de tres leguas que hay desde el Santuario hasta la parroquia de la Santa Veracruz, hallábase henchido de gente de todas las clases sociales, desde el encopetado título de Castilla hasta el humilde indio, quienes concurrían a caballo, en pesados forlones, o en el coche de S. Francisco. Tributábanle los naturales «danzas, músicas, clarines y atabales», empuñando la mayor parte de ellos largas cañas adornadas con flores.

Llegada la estufa a la parroquia citada, fué recibida la imagen con gran solemnidad por el cura y clero de ella, quienes tenían el encargo de custodiarla hasta el día siguiente. En la tarde de éste fué llevada a la catedral en procesión que se organizó de esta manera: abrían la marcha las parcialidades de los indios, a quienes presidían sus gobernadores y alcaldes, y seguían inmediatamente todas las cofradías establecidas en el Sagrario y demás parroquias, con sus guiones y estandartes; después las órdenes terceras de la Merced,

San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, de las cuales eran hermanos las personas más prominentes de la capital; bajo sus cruces las comunidades religiosas, como las de San Hipólito, San Juan de Dios, la Merced, el Carmen, San Agustín, San Francisco y Santo Domingo; la archicofradía de Nuestra Señora de los Remedios; más de cuatrocientos miembros del clero, y la capilla de Catedral con sus curas y prebendados. La imagen era llevada en andas bajo palio, y seguían al Arzobispo de México Rubio y Salinas, la Nobleza bajo mazas, el Ayuntamiento, los Tribunales y la Real Audiencia, presidida ésta por el Virrey, Conde de Revillagigedo, a quien daban guardia los alabarderos, la infantería y la caballería.

El trayecto que recorrió tan lucida comitiva fué el de las calles de la Mariscala, Santa Isabel, San Francisco y Empedradillo, hasta la Catedral; en todo él repicaron las campanas de las iglesias, y al entrar la imagen a la metropolitana, fué saludada con salvas de artillería.

El día 10 empezó el novenario, dedicándole un día cada una de las corporaciones, como la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas, Oficiales Reales, Ciudad, Universidad, Con-

sulado y Protomediato, y entonando «la salve» por las tardes las comunidades religiosas.

«La mañana del 18,—dice Castro Santa Ana,—último del novenario, cantó la misa de pontifical su Ilustrísima, por ser éste su día y el del cabildo eclesiástico; asistió S. E., Real Audiencia y Tribunales, siendo crecido el concurso, como el de los antecedentes días; la Salve de la tarde, cantaron los músicos de la capilla de dicha santa iglesia, en donde se hallaban congregados todos los sujetos, que compusieron la procesión del día que vino la divina Señora; de cofradías, órdenes terceras, religiosas, clero, cabildo, con su ilustrísimo prelado, tribunales, real audiencia, con S. E., y habiéndose principiado la procesión, salió por la puerta que llaman del Empedradillo, y tomando la calle de Tacuba, fueron hasta la parroquia de la Santa Veracruz, en donde quedó la Señora hasta el día siguiente, que la transportaron a su santuario . . . »

El regreso de la imagen se efectuó en la misma forma, acompañándola en la carroza del Virrey el deán don Alonso Moreno de Castro, y el prebendado don José Lizalde, y fungiendo de cocheros don Alejandro de Estrada Cosío, Marqués de Uluapa, y su primogénito. Llegados al santuario, hubo allí solemnísima

función, seguida de espléndido banquete costeado por el Ayuntamiento, que tenía el patronato de aquella iglesia.

Siempre que era traída a México la Virgen de los Remedios, animábase la ciudad sobremanera, y, no pocas veces, los grandes señores que tenían sus casas en alguna de las calles por donde pasaba la procesión, convidaban a sus amistades para verla desde sus balcones. Ninguna se hallaba tan bien situada como la casa del Mariscal de Castilla (en la esquina de la hoy Avenida de los Hombres Ilustres y Puente de la Mariscala) y a ella acudía casi siempre la Virreina. Así vemos que, en 1758, «SS. EE. vieron esta ostentosa procesión—dice Castro Santa Ana,—en la casa del señor mariscal de Castilla, quien les convidó, y su esposa a muchas señoras principales, para que la acompañasen y cortejar a la Excelentísima señora Virreina (la Marquesa de las Amarillas); hallábase esta hermosa casa vistosamente aderezada, y concluída la función se les ministró a SS. EE. un especial y exquisito refresco, de todo género de dulces, masas, frutas de horno, quesos, canutos y bebidas heladas, sirviendo el refresco a SS. EE. y las señoras los caballeros parientes de dicha casa, siguiendo después un festejo de los principales músicos, y todo género de instrumen-

tos, que duró hasta las once de la noche.... y al día siguiente, remitió a la Excelentísima señora Virreina la señora mariscala una hermosa fuente de plata, llena de exquisitos dulces, y en medio una hermosa piña de plata de martillo, y en los lados dos jarras de la misma especie con pulidos ramos: otra fuente más pequeña llena de bucaritos de Guadalajara exquisitamente guarnecidos, cuyo obsequio estimó mucho dicha excelentísima señora.»

La toma de posesión y la entrada pública de un Virrey

I

Como el Virrey tenía la representación de la realeza en la Nueva España, y era, además, Capitán General del Reino y Presidente de su Real Audiencia, era considerado, muy justamente, como la primera persona de la colonia, y tanto su toma de posesión como su entrada pública la celebraban con ceremonias dignas de tan elevados cargos.

Tan luego como se tenía noticia en México, de que había llegado a Veracruz el nuevo Virrey, el que iba a cesar en su gobierno,

enviábale presentes de diversas clases y, en las postreras décadas de la dominación española, comisionaba a una compañía de caballería para que fuera a tributarle los honores que le correspondían. En el puerto había sido recibido el nuevo funcionario en el muelle por el gobernador y el Ayuntamiento, quienes, después de entregarle las llaves de la ciudad, acompañábanlo con mucha pompa y entre una valla tendida de la guarnición, a la parroquia, en donde los esperaba el cura, con capa pluvial, y cantábase solemne «Te-Deum.»

Después de corta estancia en Veracruz, poníase en camino, precedido de cuatro batidores y dos correos, y en las principales ciudes del tránsito se le recibía como correspondía a su alta investidura. Así vemos que, cuando el cuadragésimo segundo Virrey, Marqués de las Amarillas, que había desembarcado el 30 de septiembre de 1755, con su mujer, hijo y «crecida familia de ochenta y una personas», emprendió el viaje rumbo a la metrópoli, habían salido a encontrarlo hasta Tlaxcala, los provinciales de todas las religiones, con sus definitorios y, a Puebla, el canónigo don Juan del Villar y el presbítero don Luis de Torres Tuñón, acompañados de los capellanes de coro y llevando consigo «el tren y

carruajes correspondientes a sus personas.»

En la primera de dichas ciudades, se le hizo, el 23 de octubre, la recepción en tales casos acostumbrada. Precedido de los batidores y un paje del Virrey que portaba un estandarte bordado con las armas reales por un lado y al reverso las del Marqués, marchaba numeroso concurso de indios, tocando chirimías y tambores y llevando en alto los guiones e insignias de sus respectivos pueblos. Seguían los indios nobles que componían aquel Ayuntamiento, vistiendo mantas finas de algodón bordadas con los timbres de sus razas y familias, y llevando en las manos largas cintas de colores, cuyos extremos estaban atados al freno del caballo que el Virrey montaba; y cerraban la marcha el caballerizo de éste y la escolta, seguidos de crecida muchedumbre. Hallábase lá vetusta ciudad vistosamente engalanada, y erigióse en sitio principal un arco triunfal «en que se delinearon con viveza las hazañas de S. E. con primorosos metros y una discreta loa». Cantado el «Te-Deum» en la parroquia, pasó el Virrey a las casas reales en donde se le tenía dispuesto alojamiento, y permaneció en Tlaxcala cuatro días, en los que hubo toros y otras diversiones.

Después de haber sido recibido con igual

pompa en Puebla, en donde fué cumplimentado por el Obispo, ambos Cabildos y Nobleza, prosiguió su camino para México, y llegó a Otumba el 8 de noviembre, siendo recibido en ese histórico lugar por el Conde de Revillagigedo, su antecesor, quien le entregó con toda solemnidad el bastón de mando; y según el cronista, corrió por cuenta del último «el hospedaje de aquel día en aquel palacio que se hallaba ricamente aderezado, ministrándose en él un opíparo banquete de cinco cubiertos de ricas viandas y dulces, todo género de bebidas, frutas, pulidos ramilletes, siendo correspondiente el refresco de la tarde y cena, que pasó el costo de lo referido de ocho mil pesos: concurrieron en aquel palacio las Excelentísimas señoras Virreinas, siendo muy obsequiada de la actual la recién venida, con expresiones de grande afecto y urbanidad; allí concurrieron los RR. Priores y guardianes de los conventos de esta capital, y gran parte de la nobleza de ella, a cumplimentar al nuevo señor Virrey.» (1)

---

(1) El lujo en esta ocasión desplegado no era excepcional, pues en 1603, cuando el Conde de Monterrey fué a Otumba a recibir a su sucesor el Marqués de Montesclaros "lo trató con tal suntuosidad, que en los días que allí se detuvo gastó más del sueldo de un año de Virreinato."—Alamán.

Al día siguiente, salió de México el Arzobispo Rubio y Salinas para S. Cristóbal Ecatepec, e incorporándose allí a la comitiva del Marqués de las Amarillas, llegaron ambos el día 10 al Santuario de Guadalupe, en donde los esperaban la Real Audiencia, los Tribunales, el Ayuntamiento, los Prelados y la Nobleza. Después de haber asistido al banquete que en Guadalupe le ofreció la Ciudad, salió el Virrey a las cinco de la tarde para México, escoltado por la caballería y guardia de Alabarderos, y llegó a la metrópoli en medio del mayor júbilo, con salvas de artillería y con repiques en todos los templos. Dirigióse en seguida a palacio, acompañado de la Real Audiencia, y, en la sala del Real Acuerdo, se le dió inmediatamente posesión del virreinato, en la forma siguiente:

Habíanse colocado en un extremo del salón un dosel de terciopelo y damasco encarnados y, cerca de él, una larga mesa, cubierta con hermosas sobrecamas de China, sobre la que se hallaban un crucifijo, ocho candeleros con sus velas, y, a la derecha, un misal abierto al evangelio del día. El sitial y cojín para el Virrey estaban tapizados de terciopelo rojo, y a cada lado, había seis sillas para los Oidores.

Tan luego como éstos y aquel tomaron

sus asientos, se cerraron todas las puertas y sonó el Marqués de las Amarillas una campanilla de plata, con lo cual entró un portero, a quien dió orden de que se trajese el real sello. Se cumplió lo mandado entrando el Canciller, Marqués de las Torres de Rada, armado y cubierto, llevando en un azafate el sello, bajo un paño, acompañado de doce Ministros de la Real Audiencia empuñando sendas hachas, y cuatro alabarderos. Pusiéronse todos de pie y, después de haber colocado el sello en la mesa, delante del Virrey, éste lo tomó en la mano en señal de posesión; y en seguida leyeron los secretarios de Cámara y Gobierno las tres reales cédulas por las cuales la Católica Majestad de Fernando VI, nombraba Capitán General y Virrey de la Nueva España y Presidente de su Real Audiencia a don Agustín de Ahumada y Villalón, Marqués de las Amarillas, Teniente General de los Reales Ejércitos, comendador de la Reina en la Orden de Santiago y su Gentilhombre de Cámara con entrada. Después, teniendo a cada lado a uno de los Secretarios, hizo el nuevo Virrey el juramento sobre el Evangelio y devolvióse el sello a la Cancillería en igual forma que se había traído, con lo cual terminó el acto. (1)

---

(1) Al ascender al trono un nuevo Monarca, nom-

Toda esa tarde hubo gran concurso de la alta sociedad que iba a Palacio a presentar sus respetos a los nuevos Virreyes, dándose motivo para «un exquisito festejo de los más diestros músicos de esta ciudad, al que asistieron la señora Virreina, y muchas señoras de distinción, terminándose a más de las diez de la noche». Lo cumplimentaron al día siguiente la Audiencia, Tribunales y Nobleza, asistió a un banquete con que lo obsequió la Ciudad y, por la noche, a la representación que dieron «los farsantes del coliseo, en el pulido que en dicho real palacio hay con todo género de perspectivas y tramoyas,» de la nunca bastantemente aplaudida comedia de Moreto: «El desdén con el desdén».

---

braba a algún personaje para que, en representación del Gran Chanciller de España, llevase a México el Real Sello; recibíalo el Virrey en el salón de Palacio, en presencia de la Real Audiencia y demás Autoridades, y de allí era llevado a la Casa de Moneda en una fuente de plata, cubierto con un paño de seda. Entonces el sello del Rey anterior era entregado por el Oidor decano al Ensayador mayor, quien "en un taz de hierro" lo destruía, y después de haberlo metido en el fuego, entregaba el tejo a los Ministros de Ejército y Real Hacienda para que lo enviasen a España.

II

Transcurridos unos días después de la toma de posesión del gobierno, dado a la Ciudad el tiempo necesario para preparar los adornos y festejos convenientes, se verificaba la entrada pública del nuevo Virrey, acontecimiento muy del agrado de nuestros antepasados, quienes concurrían en apretada muchedumbre a presenciar tan suntuosos espectáculos.

Efectuóse, pues, la entrada pública del Marqués de las Amarillas el 9 de febrero de 1756. Hallábanse las calles que median entre Santo Domingo y Santa Catarina, vistosamente «aderezadas con colgaduras, paños de corte, espejos, fuentes de plata y pantallas», y muy admirados eran los arcos triunfales que en la esquina de la calle de Medinas y en frente a la puerta occidental de la Catedral erigieran la Ciudad y el Cabildo Eclesiástico, respectivamente, llenos de emblemas, redondillas y sonetos alusivos al Virrey, siendo és-

te comparado al «Griego Enas», en el primero, y en el segundo «siendo la idea la ingeniosa alegoría de los ojos, con varias historias políticas, militares y profanas».

Fingíanse en esos arcos la entrada a la Ciudad, tanto en lo civil como en lo religioso. En la plazuela de Santa Catarina, como en el cementerio de la metropolitana, frente a las casas del Marquesado del Valle, «formáronse espaciosos tablados alfombrados y colgados de terciopelo carmesí, con sus sitiales;» y en todas las bocacalles; tribunas para la concurrencia; mas ésta fué tan numerosa que toda la noche anterior fué preciso iluminar el trayecto para impedir disturbios y prohibióse la circulación de coches y caballos.

Sonaban las tres de la tarde, cuando los Ministros de la Audiencia y Tribunales, saliendo del Real Palacio, «en forma de paseo a caballo», dirigiéronse a la plaza de Santa Catarina, en donde, apeados, ocuparon sus puestos en uno de los tablados, para esperar al Virrey. Llegó éste al poco tiempo, en coche, y en seguida organizóse la procesión que constituía la «entrada» propiamente dicha.

Abrían la marcha veinticuatro clarineros y timbaleros de la Ciudad, con rojas libreas, y sus caballos con gualdrapas seguían los ministros inferiores de Vara, Te-

nientes de la Ciudad y Corte, y Tribunales del Protomedicato y Consulado. Los Bedeles de la Universidad, en mulas con gualdrapas de terciopelo, precedían a su Rector, claustro mayor e individuos con las insignias de sus respectivas facultades, y los porteros de la Ciudad, con sus mazas, al Corregidor, Mayordomo, Contador, Secretario, Regidores, Alguacil Mayor y Alcaldes Ordinarios. Venían inmediatamente después los Tribunales en pleno, y acompañando al Virrey los Fiscales, Alcaldes de Corte y Oidores. Montaba el Marqués un hermoso caballo «de color melado» llevándole las bridas, a la derecha, el Corregidor, y a la izquierda, el decano; dábanle guardia los alabarderos, y seguíanlo sus familiares, y secretarios de cámara; «los caballos de respeto, guardia de caballería e infantería del real palacio, las estufas de S. E., habiéndolas estrenado muy ricas, forradas de terciopelo, con guarniciones y flecos de plata y vidrios cristalinos.»

Al presentarse el Virrey frente al primer arco, el Corregidor con el Ayuntamiento y el Escribano de Cabildo, recibieron el juramento del Virrey, de fidelidad y de hacer guardar los privilegios de la Capital; hecho lo cual, se le entregaron las llaves y dejóse libre el paso.

Pasó tan lucida comitiva por entre la va-

lla de las compañías de plateros y demás gremios que se tendieron en el trayecto, y el Marqués de las Amarillas fué entusiásticamente aclamado, encontrando los espectadores muy plausible el fausto que se ostentaba.

En el tablado de la catedral esperaba el Arzobispo, de medio pontifical, y los capitulares con capas pluviales. En seguida que el Virrey se apeara de su caballo, oraron ambos personajes ante la cruz que se hallaba colocada sobre el altar en el tablado, y pronunciada una loa por dos infantes de coro, entró la comitiva al templo, que estaba ricamente engalanado. Cantóse el Te Deum, y después de escuchar un coloquio que otros dos «colegiales infantes con mucha armonía de música dijeron a S. E.,» abandonaron el sagrado recinto y dirigiéronse, el Virrey y personajes principales en carruajes, al real palacio, en donde los esperaba ya la Marquesa de las Amarillas, quien con sus damas, había presenciado la entrada desde los balcones de la casa del Marqués del Valle. «Ministróse a todos un amplio refresco, y siguió un festejo de los músicos de la capilla de dicha santa iglesia, el que duró hasta la media noche.»

* * *

Tal era, con ligeras variaciones, el ceremonial con que los Virreyes de la Nueva España hacían su entrada pública a la capital del Virreinato.

Antes de 1666 fué regla general que el Virrey pasara el arco en la esquina de Medinas bajo palio, cuyas varas llevaban los regidores; pero a partir de esa fecha, se omitió, con raras excepciones, esa parte de la ceremonia.

No faltaron en algunas de estas solemnidades, inesperados incidentes. Cuando entró el Conde de la Monclova, hundióse el tablado de Catedral y cayóse el Arzobispo, afortunadamente sin desgracias que lamentar; y, en 1696, al aproximarse el Conde de Moctezuma al arco que erigiera la Ciudad, espantóse el caballo que montaba, y lo derribó, cayendo por un lado el gobernante y por otro su voluminosa peluca.

Los Caballeros de la Santa Veracruz

Las estrechas ligas que unían a la Iglesia y al Estado en la dilatada monarquía española, y el sentimiento católico que en aquella época imperaba hacían que la vida, tanto en la Metrópoli, cuanto en sus colonias, tuviera en casi todas sus manifestaciones, no sólo política sino también socialmente hablando, un aspecto religioso. En la Nueva España, se dividían por iguales partes la atención y el respeto de los habitantes de la Capital el Virrey y el Arzobispo de México, y rara era la ceremonia pública o privada que no se efectuara, en gran parte, en el sagrado recinto.

Esta estrecha unión dió origen a aquellas

asociaciones o cofradías que se establecieron en las diversas parroquias con distintos fines, y a las que dedicaron nuestros antepasados gran parte de su tiempo. De todas ellas la más importante fué, sin duda, la Archicofradía de la Santa Veracruz que fundó Hernán Cortés en México, en el año de 1526, en memoria del Viernes Santo de 1519, día en que pisó por vez primera el suelo mexicano. Fué aprobada por auto de 30 de marzo del año siguiente, por Fray Domingo de Betanzos, del Orden de Predicadores, Vicario General de la Nueva España. Asociáronse en seguida Leonel Gómez de Cervantes, Comendador de Santiago, Antonio Ruíz de Castañeda, Juan de Alanís y Antonio de Carvajal; y quiso Cortés que desde un principio se compusiera la Archicofradía de las personas más nobles de México, nombrando al efecto Rector y Diputados. Se alistaron en ella miembros de las familias principales de la Colonia, títulos de Castilla y Mayorazgos, y desde que se estableció el Virreinato, se consideró al Virrey «ex oficio» Jefe de la Corporación. Dióse desde luego a los Cofrades el carácter de Orden Militar, llamándoseles «Caballeros de la Santa Veracruz»; y obtuvieron de la Real Audiencia el privilegio de usar unas cruces, a modo de

veneras, como los calatravos, alcantarinos y santiaguistas.

Asistieron los caballeros al entierro de Fray García Guerra, llevando un estandarte; y no había fiesta o solemnidad religiosa en que no figuraran.

Al quedar instituída la Archicofradía, habían solicitado sus miembros, del Ayuntamiento de México, solares para edificar su iglesia y un hospital, y aunque desde el 18 de diciembre de 1586, fué aquella declarada parroquia por el Arzobispo Montúfar, la iglesia que hoy existe no quedó terminada, después de muchas reparaciones e innovaciones, sino hasta por los años de 1730. Las torres y portada se construyeron durante el rectorado del Conde de la Torre Cossío, Caballero de Calatrava, según reza la inscripción que allí se halla. Fué dedicada con grande ceremonia y con asistencia de las religiones, Prelados y Nobleza, el 13 de septiembre de 1764. Detrás del templo había un camposanto para los cofrades.

Dícese que, al tener noticia de la fundación, el Emperador Carlos V la obsequió con una imagen de Nuestro Señor Crucificado, llamada «de los siete velos», que le regalara el Sumo Pontífice Paulo III, así como un «lignum crucis» y otras reliquias. El Papa no só-

lo la aprobó, sino que la agregó a la Archicofradía del Santo Cristo de San Marcello, de Roma, por Bula de 13 de enero de 1573, con participación en todas sus gracias e indulgencias, más una de cien días, concedida a los fieles que consiguieran que se les descubriese la imagen, pues estaba siempre cubierta con siete velos, que solamente se quitaba los miércoles de Cuaresma.

La fiesta titular de la Archicofradía era la Invención de la Santa Cruz, y en ese día hacía solemnísima función en su iglesia, con asistencia del Virrey y Caballeros, y predicaba el orador sagrado de más renombre. El Miércoles Santo sacaba una lucida procesión de Penitencia.

Eran deberes principales de los Cofrades consolar a los presos y asistir a los ajusticiados. Al ser sentenciado un reo a sufrir la pena capital, entregábasele a los Hermanos, quienes nombraban una comisión para que lo atendiesen durante los días que precedían a la ejecución. Confortábanlo con piadosa abnegación, comulgaban con él y lo acompañaban al patíbulo, llevando delante un Crucifijo, entre dos tablas en que estaban inscritos los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia. Todos los gastos que esto ocasionaba,

inclusive los de mortaja y ataúd, eran erogados por la Archicofradía.

Se asegura que a fines de siglo XVIII y principios del XIX, llegaron a verse los Caballeros de la Santa Veracruz tan apurados de recursos, que no podían proporcionar para los cadáveres de los ajusticiados más que una miserable estera, con lo cual regocijábanse los espíritus mezquinos y los motejaban «Caballeros del Petate». Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que, consumada la Independencia, fué nombrado Rector el Príncipe de la Unión, padre del infortunado Emperador Agustín I de Iturbide, y al proclamarse la Republica, los caballeros se cambiaron en «Ciudadanos de la Santa Veracruz», y fué su Jefe don Félix Fernández, mejor conocido en la historia con el estrambótico nombre que adoptó de «Guadalupe Victoria».

Muy poco sobrevivió la institución, y antes del año de 1830, cayó en desuso.

Los Cocheros del Santisimo

Si no tan antigua como la de la Veracruz, indudable e igualmente simpàtica fué la Archicofradía que se estableciò en la Parroquia del Sagrario, conocida con el nombre de «Los Cocheros del Santísimo.»

Debióse a la iniciativa del Mayorazgo don José Angel de Aguirre y Avendaño, Regidor perpetuo de la Ciudad de México quien en el año de 1758 impetró y obtuvo del Arzobispo Rubio y Salinas aprobación para formar una Cofradía de los jóvenes de las principales familias de la capital, con el objeto de que, siempre que saliera el Viático para los enfermos de la citada parroquia, sirvieran de cocheros y lacayos en las estufas del Santísimo. Acogieron la idea con entusiasmo y alistáronse

en seguida como cofrades los primogénitos de grandes casas como las del Conde Santiago, Mariscal de Castilla, Marqueses de Uluapa, y condes de Miravalle, amén de numerosos mayorazgos, regidores y otras personas distinguidas. Determinóse que habían de asistir todos los días, de las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, no haciéndolo en las altas horas de ésta, por existir ya otra cofradía, nombrada «de los Angeles», que tal obligación tenía.

En los días de fiesta habían de concurrir un cofrade de cochero y otro de sota, con cuatro mulas; y en los ordinarios, solamente un cochero con un tronco. Obligáronse, además, a mantener a sus expensas las mulas y los mozos de cuadra que se necesitasen. Empezaron a servir el jueves santo, 23 de marzo, estrenando un vistoso uniforme o librea de color rojo con botonadura y galones de plata, vueltas blancas, botas también de este color, y, sobre el pecho de la casaca, «un escudo de oro con el Divinísimo.» Tan plausible pareció a los buenos habitantes de México esta asociación, que en seguida se agregaron a los primeros cofrades muchísimas personas principales y tenemos a la vista una larga lista en la que se leen, entre las que figuraban como cocheros, los nombres de los Marqueses del

Valle de la Colina y de Ciria, los Condes de la Presa y de la Torre-Cossío, don Juan Gómez de Parada, don José López de Peralta de Villar Villamil, el licenciado don Francisco de Verdad y Ramos, y, entre los lacayos, los Marqueses de Guardiola, de San Román y de San Miguel de Aguayo y don Gabriel de Yermo, con otros muchos que hoy son históricos.

Se recordará que todos los años solía llevarse en procesión al Santísimo para que cumplieran con el precepto de la iglesia los reos que se encontraban detenidos en la cárcel del Arzobispado. Con este motivo adornábanse las calles del palacio arzobispal, Santa Teresa y Escalerillas, que debía recorrer la procesión, y en ésta, según vemos en el diario de Castro Santa Ana, tomaban parte los cocheros del Santísimo.

«Componíase la procesión—dice—del crecido número de los hermanos de la Cofradía de los Santos Angeles, que a su Majestad acompañan de noche, con velas y ramos de flores, y con las mismas seguían gran parte del clero, familia de Su Ilma., música de la Santa Iglesia, sus curas, llevando el más antiguo a su Majestad debajo de palio, llevando las varas los caballeros cocheros vestidos de uniforme: seguía la infantería del real palacio, y después tres estufas de su Majestad,

cada una con sus mulas y dos caballeros cocheros; hallábanse las calles pulidamente aderezadas con vistosos arcos y regadas de flores».

Con las Leyes de Reforma cesó esta cofradía, y es de lamentarse que en los modernos tiempos no haya émulos de aquellos jóvenes que, no por ser grandes de la tierra, desdeñaron servir en tan humilde manera al Rey del Cielo.

Bendición de Banderas

Bajo el reinado de la casa de Austria, vivió la Nueva España sin más tropas permanentes que la Compañía de Alabarderos de la guardia de honor del Virrey, creada en 1568, y compuesta de un capitán, un subteniente, tres cabos y veinte plazas; y más adelante, dos Compañías de Palacio; pero con el advenimiento de los Borbones en 1700, empezaron a cambiar las cosas, formándose, entre otros, los cuerpos veteranos y las milicias provinciales.

El 6 de enero de 1703—según Robles,—admiráronse los buenos habitantes de la Ciudad de México de ver salir «los soldados de Palacio vestidos de paño azul con las mangas encarnadas y medias del mismo color, y som-

breros de tres picos, al uso de Francia, y lo mismo el Capitán, Alférez y demás cabos y alguaciles de la guardia.»

Sesenta y cinco años más tarde, se enviaron de la Península unos diez mil hombres para reprimir los motines ocasionados por la expulsión de los jesuitas, así como para atender a la defensa del reino en las contínuas guerras con Inglaterra. Pertenecían estas fuerzas a los Regimientos de Saboya, Ultonia, Zamora, Guadalajara, Castilla y Granada; y como los uniformes de todos ellos eran blancos, variando solamente el color de las vueltas, se dió en llamar a los soldados en general «blanquillos», mote que duró por algún tiempo.

Entró de plano el elemento militar en la vida social de México en el siglo XVIII, prestando mayor lucimiento a fiestas civiles y religiosas, y haciendo muy codiciado de la juventud de entonces el título de oficial de aquellos cuerpos.

Una de las fiestas que más llamaban su atención era la Bendición de Banderas, acto que se verificó por primera vez en México, el 5 de abril de 1785.

Ese día, reinaba grande expectación desde las primeras horas de la mañana, y a eso de las nueve, salieron de su cuartel, situado en donde está hoy el de Zapadores, dos bata

llones de Granaderos de Zamora, quienes marcharon «con los Gastadores al frente, llevando las banderas viejas», hasta el Cementerio de la Catedral. Allí hicieron alto, se tendieron para esperar al Arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, y tan luego como llegó éste, entraron detrás de él al templo, yendo delante todos los oficiales, la música y una compañía de infantería, sin armas.

Llegados que fueron al altar mayor, revestido el Arzobispo con todos los atributos de su dignidad y ocupando un sitial bajo dosel, abatieron las banderas y el Prelado con la mayor solemnidad las bendijo, después de lo cual «las ocultaron».

Acto contínuo, tomaron los cuatro abanderados las nuevas, y pusiéronlas en manos del teniente coronel, dos capitanes de Granaderos y el más antiguo de Fusileros, quienes a su vez las pasaron al Arzobispo para que las bendijese, lo cual ejecutó como antes. Dada la bendición, volvieron por el mismo conducto a las manos de los abanderados. Pusiéronse éstos y la oficialidad de pie en las gradas del altar mayor, y dió principio la misa solemne, oficiando de pontifical el señor Nùñez de Haro. Al cantarse el Evangelio, pusiéronse los oficiales los sombreros y sacaron las espadas

en alto; y a la Elevación «tocó el golpe de Música del Regimiento».

Terminada la misa, salió del templo toda la tropa en el mismo orden en que entrara y tendióse de nuevo en el Cementerio, a fin de recibir las banderas nuevas. El teniente coronel pronunció una oportuna arenga, exhortando a los soldados a defenderlas «hasta perder la última gota de su sangre», e hízose una descarga general.

Entonces salió del templo el Arzobispo, con una numerosa comitiva, precedido de su crucero; revistó a la tropa y regresó a su palacio, con lo cual se dió por concluído el acto, retirándose los Granaderos y demás soldados a sus cuarteles.

En la Nueva España (como acontece hoy en las monarquías europeas) las prácticas militares estaban íntimamente ligadas con las religiosas: cosa lógica, a nuestro juicio, porque la Historia ha demostrado que nunca estuvo reñida la Espada con la Cruz.

Los Paseos

Con pocos sitios contaba la antigua Ciudad de México, para solaz de sus pacíficos moradores. Las extensas plazuelas, ayunas de césped y de árboles, ostentaban como gala, cuando más, una triste pila con poca agua o seca del todo; de manera que aquellos sitios eran de poca atracción para el pueblo y de ninguna para la aristocracia. Cuando ésta apetecía recrear la vista con prados o flores, buscábalos por el rumbo de la Viga o por el de San Cosme y la Tlaxpana. Allí sí había extensas huertas y amenas casas de campo, apellidadas en aquellos tiempos «de placer», descollando entre ellas la del Marqués del Valle, situada en lo que es hoy Panteón Inglés. A ellas acudían los grandes señores de aque-

lla época, cuando el tiempo o sus quehaceres les impedían emprender más larga caminata a San Angel o San Agustín de las Cuevas.

Prestábanse, por otra parte, las «casas de placer» a algunos abusos. En una información del año de 1556, depuso un testigo que «muchas personas se iban a las huertas desde la mañana hasta la noche y muchos dellos sin oir misa, y otras personas estaban tres y cuatro días en sus regocijos y pasatiempos, sin tornar a la ciudad, donde se hacían ofensas a Dios nuestro Señor»; y que «vió ir mucha gente a las huertas, así hombres como mujeres, y a ellas llevar muy buen repuesto de comida y cena, donde en algunas partes que este testigo se halló, vió jugar y hacer otros excesos».

Aunque bastante más lejos que la Tlaxpana, Chapultepec también atraía a los buenos vecinos de México, sobre todo cuando llegaba un nuevo Virrey a albergarse en ese histórico y hermoso sitio, antes de hacer su entrada pública en la capital. Al pie del cerro había una casa pequeña que solía engalanarse en estas grandes ocasiones, y así vemos que, cuando el Arzobispo Ortega Montañez iba a entregar el virreinato al segundo Duque de Alburquerque, en noviembre de 1702, dispuso en ella el alojamiento del magnate y, en los días anteriores a la llegada del Virrey, era diversión de la

ciudad ir a ver esos preparativos. La casa, —dice Robles,—«estaba ricamente colgada y adornada, y entre otras preseas ricas había dos escritorios embutidos de plata, muy curiosos, tan altos que llegaban a las vigas y teníán dos varas de ancho, y estaban apreciados en 15,000 pesos. Estaba cercada la plaza de toros; había en ella muchos puestos de frutas y cosas comestibles y cocineras, los tablados pintados, aguas y dulces, y gran concurso».

Gemelli Careri escribe que cuando visitó México, fué a Chapultepec con varios amigos en una carroza tirada por cuatro caballos y que le recordó el paseo el «Castillo de Emaús,» por la variedad de figuras a pie y a caballo, llamando mucho su atención que varias damas cabalgaran en ancas con sus caballeros.

Fué el benéfico Virrey don Luis de Velasco II el primero en comprender que la Ciudad de México necesitaba un paseo público, y al efecto fundó la Alameda. Pero no se crea que el primitivo parque de este nombre tuviera entonces la extensión que hoy mide. Era la mitad apenas, terminando frente a la iglesia de Corpus Christi, pues entre el parque y el Convento de San Diego existía una plazuela de tristísimo aspecto, llamada «El Quemadero,» por el uso a que estaba destinada. Ya

fuera por tan desagradable vecindad o por otras causas que ignoramos, el caso es que la Alameda quedó abandonada por muchos años, hasta que, destruído «El Quemadero,» se prolongó hasta cerca del convento mencionado durante el gobierno del Marqués de Croix. Mucho empeño tuvieron los Virreyes en mejorarla, como lo demuestra el hecho de que en 1727 fué electo «Alcalde de la Alameda» en el Ayuntamiento, el Virrey Marqués de Casafuerte, con el ánimo de dar mayor impulso a dichas mejoras; pero fué debido al segundo Conde de Revillagigedo que este parque llegó a ser tan ameno y apreciado en las últimas décadas del siglo XVIII. Guardaba en esa época la misma disposición de calzadas que hoy en día, pero contaba solamente con cinco pilas o fuentes, situadas, una en el centro, y las otras en la intersección de las calzadas diagonales. Denominábanse éstas, por los adornos que ostentaban: la del Nordeste, de Ganimedes; la del Sudeste, de Arión; la del Noroeste, de Hércules; y la del Suroeste, de Tritón; y la de en medio, cuyo brocal, según Sedano, estaba adornado con «estatuas y perros de agua», tenía en el centro, sobre una pirámide, una estatua de «Glauco pescador», de dos varas de alto, con su red al hombro en equilibrio moviente, como si fuera a caerse al

gaua. «Cercaba la Alameda—dice el doctor Marroqui,—un muro de piedra de dos varas de alto, con pilastras de mampostería distribuídas a iguales distancias, para sostener una reja de encino pintada de verde, que llenaba los claros,» y por la parte inferior de este muro corría un asiento de cal y canto defendido de los coches por una hilera de árboles y una pequeña zanja regadora; porque, a diferencia de hoy, los carruajes entraban a la Alameda. Había una entrada en cada ángulo y otra en medio, frente a Corpus Christi, cuyas portadas coronaban las armas reales.

Se puso muy de moda este paseo en tiempo de los primeros Condes de Revillagigedo, en cuyos días de Santo había «crecido y numeroso concurso», y no decayó durante el gobierno de su sucesor, el Marqués de las Amarillas, quien con su esposa concurría muy a menudo, sobre todo en carnaval.

En julio de 1785 se proclamó por bando el «Reglamento de Coches»,—si así podemos llamarlo,—para la Alameda. Ordenábase que por cualquier puerta que entraren, tomasen su izquierda, «arrimando la silla a los árboles, lo que buenamente pudiesen». Recuérdese que en aquellos tiempos los coches no tenían pescantes, sino que los cocheros iban montados en la mula o caballo, que por tal

motivo llamaban «de silla», y los lacayos de pie en la tablilla posterior de las carrozas o estufas.

En la esquina Suroeste debían dar vuelta «para que todos los concurrentes se vean con comodidad y frecuencia», y se prohibía que ningún coche «se parase en la ruta, porque inmediatamente quedaría interrumpido el Paseo, con incomodidad de todos.»

Para mayor lucimiento, al mismo tiempo que para conservar el orden, se dispuso en 30 de agosto de 1791, que todos los días de fiesta, a las cuatro de la tarde, estuvieran de guardia un oficial, un sargento, dos cabos y dieciocho granaderos «con sus gorras», y centinelas en las puertas y postigos para impedir la entrada a «toda clase de gente de mantas o frasadas, mendigos, descalzos, desnudos, o indecentes.» Dos patrullas, cada una de un cabo y cuatro hombres, habían de hacer la ronda en el interior del paseo, al cual permitíase la entrada no sólo a carruajes sino a peatones y «caballos ensillados con silla Brida o Baquera, siempre que vayan montados por gente decente», así como a los vendedores de dulces y «otros comestibles,» pero «vestidos y calzados.» Como se ve, se tenía especial empeño en que la concurrencia fuera lo más selecta posible.

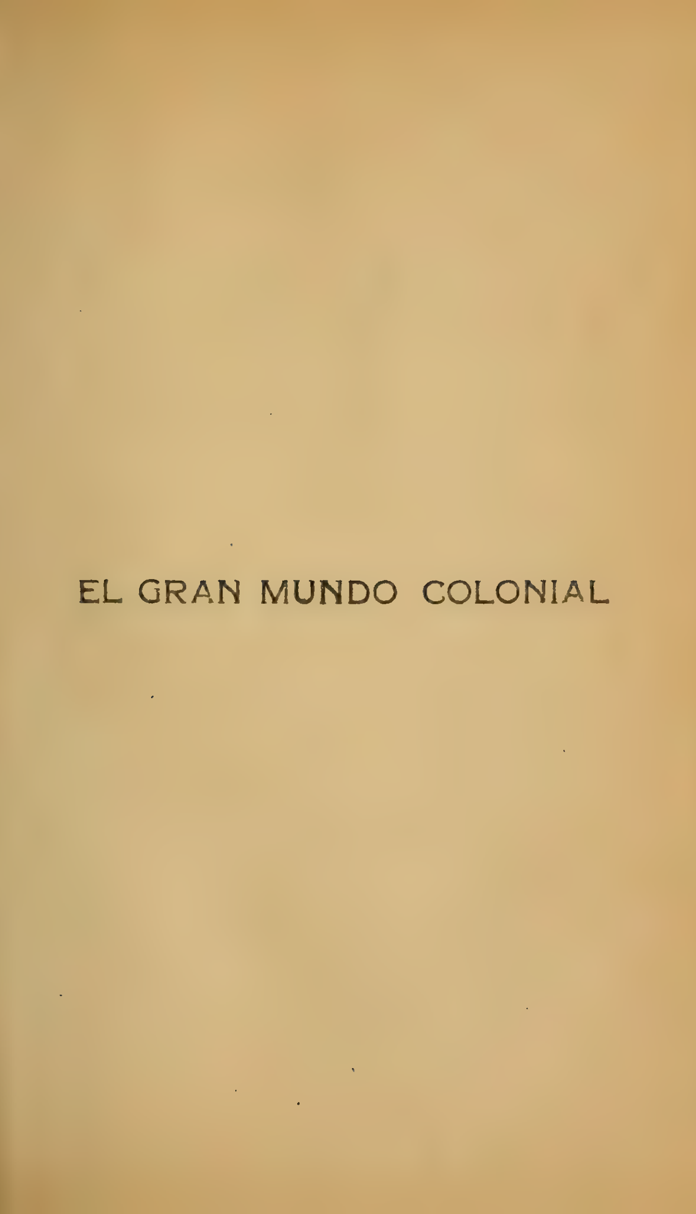
Más moderno que la Alameda fué el Paseo de Bucarelli, denominado así por haberse estrenado durante el gobierno de este Virrey, el 8 de diciembre de 1775. Ocupaba el mismo trayecto que las modernas calles de igual nombre, pero adornábanlo cuatro hileras de árboles, en su mayoría fresnos, álamos y sauces, y a cada lado corría una acequia. En una glorieta, se hallaba una espaciosa fuente, cuyo centro consistía en una pirámide de dieciseis varas de alto, rematada con las armas de la Ciudad, y rodeábanla dieciseis postes con cadenas. A la entrada y salida del paseo había «en cada una seis columnitas aisladas de cosa de dos varas de alto por media de diámetro, de una sola piedra, labrado su fuste a semejanza de las salomónicas, sin serlo, y en su capitel talladas cuatro cabezas de leones; las de la entrada tenían, de la una a la otra, cadenas de fierro.»

Por las calles laterales transitaban los peatones y junto a la acequia los jinetes; por las interiores los coches, y por la del centro la carroza del Virrey, debiendo entrar cada cual por entre las columnas que le correspondían. Solían estacionarse los coches en la glorieta y los jinetes y peatones tenían la obligación de detenerse cuando pasaba el Virrey. Como en la Alameda, servían de policía los Granade-

ros y tanto en aquel paseo como en el de Bucarelli hacían al Virrey y al Arzobispo los honores correspondientes.

Las disposiciones que para guardar el orden se dictaron, se publicaron en la *Gaceta de México* y terminan diciendo que «respecto a que la falta de civilidad en los cocheros es notoria en todas partes, se encarga a los amos les hagan usar de atención, conteniendo su coche a la entrada de otro en la carrera, y que nunca se empeñen en adelantarse unos a otros......»

Otro paseo hubo, en las postrimerías del Virreinato, denominado «de Azanza», por el Virrey de ese nombre; pero no alcanzó el favor de la sociedad, debido seguramente a su lejanía—la Garita de la Piedad—y puede decirse que murió al nacer.



EL GRAN MUNDO COLONIAL

La piedad de los Virreyes

I

De las muchas cualidades que adornaban a los Virreyes de la Nueva España, ninguna era mayor que su piedad, cosa que no debe maravillarnos, puesto que el amor y respeto a sus creencias han sido siempre característicos de la española nobleza, cuyos monarcas, entre sus numerosos títulos, han preferido el de «Majestad Católica» confirmado, más bien que otorgado, por la Santa Sede a los gloriosos Isabel I y Fernando V.

Todas las muestras de piedad que dieron los Virreyes no cabrían dentro de los límites de unos renglones, ni habría para qué enume-

rarlas; basta citar los más salientes ejemplos de su religiosidad, como útiles bosquejos para el cuadro de aquella época.

Distinguióse el vigésimo-segundo Virrey, Duque de Alburquerque, desde que asumió el mando, por el gran interés que tomaba en la Catedral de México que a la sazón se construía, visitando la obra todas las tardes, subiendo a los andamios y alentando a los artesanos y alarifes con gratificaciones que de su propio bolsillo les daba. Cuando consideró que la iglesia mayor estaba lo suficientemente acabada para su dedicación, el domingo 30 de enero de 1656, «a las cinco horas de la tarde—dice Guijo—juntó el Virrey al Deán y Cabildo de esta santa iglesia Catedral en ella, y fué él y la Virreina, y su hija, y criados, y habiendo entrado cerraron todas las puertas, y en el Cabildo les hizo el Virrey una plática enderezada a los vivos deseos que ha tenido de ver la iglesia en el estado que estaba, que era acabada, y que de toda ella se podían ya servir, que su asistencia manifestaba su grande amor, y que así, en nombre de S. M., les entregaba las llaves de ella como templo que era de ellos ya, y no de seglares. Acabado este acto, se fué él y la Virreina e hija al presbiterio e hincándose de rodillas besó la primera grada con toda veneración y respeto, y qui-

tándose la capa y espada, y éllas, cubriendo los tocados con unas tocas, subieron al presbiterio, y entre ellos tres lo barrieron todo por sus manos y sacudieron sus barandillas y cogieron la basura, y acabado este acto, no quiso recibir agua manos, sino sacudiéndose todos el polvo, que fué mucho, salieron de la iglesia y se entraron en sus carrozas y se fueron al palacio: al tiempo de recibir el Deán las llaves de mano del Virrey, repicaron en dicha iglesia.»

No es nuestro ánimo describir la primera dedicación de la Catedral de México, puesto que ya lo han hecho mejores plumas que la nuestra. Bástenos recordar que aquel memorable 2 de febrero, asistió el Virrey con un recogimiento que fué «la edificación de todo el pueblo,» negándose a hacer uso del tapete y cojín que a su alta dignidad correspondían. En esta ocasión se verificó el acto sin precedente y, creo, no igualado hasta la fecha, de cantarse a un mismo tiempo cuatro misas, una en cada uno de los altares del ciprés, llamando la natural atención el ver «obrar a cada uno lo que le competía, como si fuera solo, guardando sus ceremonias con toda autoridad y limpieza, sin confundirse ni ella ni sus ministros, acólitos y músicos.»

II

No menos piadoso que don Francisco Fernández de la Cueva fué don Gaspar de Sandoval, Silva y Mendoza, Conde de Galve. El 27 de diciembre de 1688, después de oír el sermón en la iglesia de los Betlemitas, dirigióse a su palacio en lujosa carroza, tirada por seis caballos, con el debido acompañamiento de postillones, palafreneros y lacayos que a su alto rango correspondían, cuando se encontró con modesta comitiva que conducía al Santísimo Sacramento a visitar a los enfermos. Apeóse inmediatamente el Conde e hizo que el párroco que conducía al Rey de reyes subiera al coche, y llevando una vela encendida en la mano, lo acompañó a pie a las tres visitas que hizo, y como éstas fueron a casas pobres, dió en cada una de ellas catorce pesos de limosna, suma bastante crecida en aquellos tiempos. Después, creyendo que profanaría la carroza que por breves instantes fué morada de Dios Sacramentado, no quiso volver a subir en ella, sino que—dice Guijo—«quitó el estribo y empanada, y mandó hacer otro coche.»

III

Ocasión más propicia para que los primeros funcionarios de la Colonia, hicieran gala de la caridad, presentábase en Semana Santa, cuando acudían a los oficios que en Catedral se celebraban y con su devoción edificaban a los presentes. Además, como representantes que eran de la real persona, efectuaban en el palacio de México idénticas ceremonias que los Reyes en el alcázar de Madrid, descollando entre ellas las del Lavatorio, en la tarde del Jueves Santo. El de 1703, acaecido en 5 de abril, el Virrey [otro Duque de Alburquerque], «dió a cada uno de los pobres, después de lavados, lienzo y paño para vestidos y algunos pesos, que dicen daría a cada uno en todo hasta sesenta.»

IV

Todos los que frecuentan el Santuario de Guadalupe se habrán fijado, sin duda en la placa de bronce cincelado que cúbre la tumba

del Virrey Bucarelli, en la cual se lee que la memoria de aquel modelo de gobernantes «vivirá indeleble en los corazones mexicanos, por las virtudes que exercitó, Christiano, en las paredes de ese Santuario,» y «por la devoción con que las veneró, piadoso».

«El miércoles de la Semana Mayor (1799) —dice don Carlos de Bustamante,—«fué atacado, de pleuresía, enfermedad que no pudo vencer la medicina.... Durante su enfermedad mostró la serenidad de ánimo que siempre le acompañó: otorgó su testamento, previniendo se le enterrase en la iglesia de la Colegiata de Guadalupe, escogiendo (son sus palabras) «por lugar de mi entierro, el más inmediato a la puerta por donde acostumbraba yo a entrar a rezar y encomendárme a tan sagrada Imagen que he venerado y venero.»

«En la cláusula catorce, manda se hagan seis estatuas de plata para adorno de la barandilla del presbiterio de dicho templo ... Poco antes de morir mandó que se le vistiese, porque quería morir hincado de rodillas; y ya que esto no se le concediese por falta de fuerzas, se le bajase y tendiese en el suelo, para morir sobre un petate como pobre religioso».

V

Cuando, en 13 de octubre de 1786, estando enfermo de gravedad, pidió el cuadragésimo-noveno Virrey, Conde de Gálvez, que se le llevara el Viático, formáronse dos piquetes de los regimientos de infantería de Zamora y de la Corona, desde la puerta del Sagrario hasta la del Real Palacio, y por en medio de esta valla condújose al Santísimo Sacramento en la estufa mayor de dicha parroquia, en manos del Deán de la Catedral, doctor don Leonardo José Terralla, escoltado por la Compañía de Alabarderos y acompañado por la Nobleza, el Cabildo eclesiástico, oficiales y miembros del Clero secular y regular, todos con hachas encendidas. Seguía otra estufa de respeto, y a la retaguardia una compañía de granaderos de Zamora con su música. En la puerta de Palacio fué recibido el Santísimo Sacramento bajo palio por la Real Audiencia. Tribunales, el Ayuntamianto y la Real y Pontificia Universidad, estas dos últimas, corporaciones bajo mazas, y los Doctores con borlas y capelos. Al pie de la escalera de honor hallábase el Arzobispo Núñez de Haro y Pe-

ralta, quien condujo el Viático hasta la recámara del Virrey. No obstante su gravedad, don Bernardo de Gálvez quiso recibir dignamente al Señor Sacramentado, y, al efecto, hízolo de pie y vestido con su uniforme de gran gala.

«Concluyóse el acto, leemos en «La Gaceta,» con la mayor ternura que vino, siguiendo a Su Majestad por detrás de la estufa la expresada Real Audiencia y Tribunales, hasta el Sagrario.»

¡Raros ejemplos de piedad fueron aquellos, que seguramente no veremos imitados en estos ni en los venideros tiempos!

Caballeros de Cristo

La Orden de Caballería de «Nuestro Señor Jesucristo» fué instituída, como es sabido, en el año de 1318 por el Rey Dionisio I de Portugal, para substituír a la extinguida de los Templarios y con objeto de que sus miembros asegurasen la frontera de los Algarves contra las incursiones de los moros. Pronto llegò a òcupar el primer puesto entre las órdenes militares del reino, siendo para los lusitanos lo que las de Santiago y Calatrava eran para los españoles. Como ésta, fué muy apreciada la Orden de Cristo en el orbe cristiano y ostentábase con orgullo su «hábito», que consistía en una cruz latina roja, con sus

extremidades en forma de triángulos, encerrando otra más angosta, blanca.

* * *

Poquísimos fueron los que vistieron el hábito de Cristo en la Nueva España.

El primero fué el Comendador don Juan de Baeza Herrera, de noble familia andaluza, aposentador de la Emperatriz. Vino a la nueva España en 1545, y según Dorantes de Carranza, fué «poblador muy antiguo, y sirvió él sólo en su tiempo las Secretarías de Gobernación y Justicia de la Audiencia Real, cevil y criminal, que eran seis placas que ocupan seis personas y con mucho interese y authoridad.» Descubrió las primeras minas de alumbre en la sierra de Metztitlán y «fué el primero que hizo la invención de los ingenios de agua para la molienda de los metales de la plata.» Desposóse con doña Inés de Vargas y su descendencia se enlazó con las principales familias de la Colonia.

* * *

Durante el gobierno del Virrey Conde de Salvatierra, por los años de 1646, llegó a México el Caballero de Santiago, don Pedro Vélez Medrano, general de la Armada Real de Barlovento. Pretendió la plaza de castellano de Acapulco, pero no accedió el gobernante a sus deseos, quién sabe por qué motivos, con lo cual Vélez Medrano disgustóse sobremanera, abandonó la Nueva España, dejando a su mujer e hijos en Atlixco y «pasóse al portugués», arrancando de su pecho el «lagarto rojo» de Santiaguista y substituyéndolo con la la cruz de la Orden de Cristo.

Al conocer la rebeldía de su súbdito, libró el Rey real cédula para que la mujer e hijos de Vélez Medrano fueran conducidos a México y enviados más tarde a España; en cuyo cumplimiento—a mediados de noviembre de 1648—despachó el Obispo Gobernador don Marcos de Torres y Rueda, a Francisco de Córdoba, «Alguacil mayor y juez del pulque y de la policía», para que los condujese de Atlixco a la capital del Virreinato, lo que ejecutó debidamente este funcionario y túvolos «en su casa con todo respeto hasta que llegue el despacho de la flota.»

Mientras tanto, el rebelde se había constituído en corsario, infestando los mares del seno mexicano, y en mayo de 1649, se supo en la capital que «venía por general del enemigo holandés y portugués», y que había apresado un navío que iba de Veracruz a la Habana con cargamento de más de cien mil pesos de particulares.

El 10 de junio siguiente, octava de Corpus, obedeciendo las órdenes de la Audiencia gobernadora, se hizo a la vela la flota en que navegaron para España la mujer e hijos de Vélez Medrano, en compañía del celebérrimo don Juan de Palafox y Mendoza; pero ignoramos la suerte que correría el revoltoso Caballero de Cristo.

* * *

A fines del mes de mayo de 1687, conmovióse la ciudad de México al saber que la noche anterior habían sido aprehendidos cerca del Convento de San Cosme, e internados en la Cárcel de Corte «los salteadores de las barras de plata», y que entre ellos había nada menos que un «caballero de hábito», que resultó ser del de Cristo y llamarse don Antonio

de Souza, cuyo padre, de nobilísima familia portuguesa, había ocupado el mismísimo puesto de castellano de Acapulco que codiciara don Pedro Vélez Medrano.

Poco después, en la noche del 19 de junio—dice Guijo en su Diario,—fué informado el Virrey que se tramaba una conspiración para libertar a Souza y sus compañeros, y que al efecto, se hallaba reunida en San Lázaro, gran cantidad de gente con intenciones de incendiar la cárcel. El Conde de la Monclova despachó en seguida al Alcalde de Corte, don Simón Ibáñez, con algunas fuerzas y éste efectuó varias aprehensiones, entre otras, la del padre de Souza, quien fué desterrado a Guadalajara.

Todo hacía presumir que el caballero de Cristo sería degollado por su delito, pero dos dias después anuncióse que había muerto de fortísimo tabardillo en la prisión. En realidad, y seguramente con objeto de evitar la ejecución de un caballero de hábito, le dieron de beber una substancia que lo privó del conocimiento por algunas horas, y sacando un aparente cadáver de la Cárcel de Corte, condujéronlo a la iglesia de Santo Domingo, diciendo que allí se verificaría su entierro «después de las oraciones», y a puerta cerrada por lo contagioso de la enfermedad,

Fué remitido en secreto a España, en donde vivió muchos años; pero su padre murió de pesar al poco tiempo en Guadalajara, y su mujer, el 29 de julio, en México y fué enterrada en el Convento de San Agustín.

El Duende

A fines del siglo XVII la persona que daba el tono en la sociedad de México era un apuesto caballero, conocido en toda la ciudad por el extraño apodo de «El Duende». Llamábase don Fernando de Valenzuela y Enciso, y debía su estancia en América a los azares del destino.

Nacido en la histórica ciudad de Ronda, desempeñó en sus primeros años el puesto de paje en la casa ducal del Infantado, cuyo jefe lo llevó consigo a Roma, cuando fué nombrado Embajador cerca del Sumo Pontífice. Debió ser listo el muchacho, puesto que el Duque le cobró tal afecto, que influyó en gran manera para que, en 1672, se le despachara título de Caballero de Santiago, habiendo re-

mitido el interesado las pruebas de nobleza requeridas, desde Nápoles, en donde a la sazón se hallaba.

Cuando regresó el del Infantado a Madrid, le presentó al célebre P. Nithard, confesor y consejero de la Reina madre doña Mariana de Austria, regente del reino durante la minoridad del infortunado Carlos II, y como el mozo no era lerdo, pudo ganar el afecto del jesuíta en poquísimo tiempo, y, por consiguiente, obtener el favor de la princesa, quien a la postre lo casó con una señora alemana de toda su confianza.

Desterrado el P. Nithard a Aragón, la Reina estaba al tanto, sin embargo, de todo cuanto en contra de ella se fraguaba en la Corte, y como no se sabía quién le suministraba esos informes, dióse en decir que era algún «duende». Averiguóse más tarde que el informante de la Reina era nadie menos que don Fernando de Valenzuela, quien se introducía sigilosamente en palacio todas las noches. Le quedó, pues, el apodo de «Duende» por el resto de vida.

La carrera de Valenzuela fué rapidísima: primer Caballerizo, Marqués de San Bartolomé de Pinares (otros dicen de Villasierra), Conservador del Consejo de Italia, Superin-

tendente de las obras de palacio, Embajado en Venecia (cargo que no llegó a ejercer), Capitán General de las costas de Granada, Grande de España y primer Ministro!...... Claro está que tantos títulos le originaron el odio y los celos de la nobleza, quien se indignaba «al verlo, siendo sólo un hidalgo particular, en la exaltación mostruosa de tales empleos y dignidades»; mas él no procuró atraérsela de ningún modo; al contrario, se daba ínfulas de valido de la reina y dispensador de todas sus gracias y favores. Quedó, pues, convertido en el blanco de la malevolencia y sátira generales.

No tenemos por qué seguir la serie de acontecimientos que motivaron su desgracia. Bástenos saber que al fin de cuentas fué preso en el Escorial el 22 de enero de 1677, y que se decretó su destierro para las Islas Filipinas. Recluído durante más de nueve años en el Castillo de Cavite, en donde escribió varias obras en prosa y verso, al fin logró ser removido a México, a ruegos de la Reina.

Llegó don Fernando a esta muy noble y leal ciudad el 30 de enero de 1690, se presentó en seguida al Virrey Conde de Galve, entregándole un pliego del monarca, en el cual se disponía que viviera el desterrado en México, pero como acreedor al mayor respeto y de-

biendo de gozar del tratamiento de «Vuestra Señoría».

No fué poco el lujo que desplegó desde un principio: nada le pesaba su destierro, seguramente, puesto que tomaba parte en toda clase de diversiones y ceremonias. Así vemos que en 9 de mayo de 1691, «salió de la casa del duende Fernando Valenzuela,—dice Robles,—una máscara seria en nombre de la real Universidad por el casamiento del Rey; y salieron en ella muchas personas a caballo, unas en forma de diversos animales, como son águilas, leones, y otras en el traje de las naciones, como son turcos, indios y españoles, y otras personas al revés: con los piés para arriba y la cabeza para abajo, con sus hachas en las manos, y corrieron delante del balcón de palacio todos; y se acabó después de las once de la noche».

Siguió brillando en la sociedad de entonces, sin dejar por eso de gestionar que le fuese levantado el destierro.

«Pero fué Dios servido,—dice un contemporánec—de que, hallándose bueno y sano, y aún más robusto, como dos meses antes de la desgracia, día del Patrocinio de Nuestra Señora, tocándole Dios el corazón, hiciese de su mano el testamento; y desde aquel día, sobre su regular y cristiano modo de vivir, comul-

gaba dos veces cada semana, hasta el día 30 de diciembre del año pasado de 91, entre doce y una del día, que haciendo tiempo para comer, se asomó a una ventana y viendo que un caballo que iba enseñando se resistía a entrar por una puerta, bajó, y tomando una vara, le dió algunos golpes, y siendo con extremo manzo, le dió una coz en el empeine, con tanta violencia que le echó de espaldas, abriéndole como cuatro dedos de herida.»

Quisieron los galenos combatir tan seria contusión con una copiosa sangría, panacea de aquellos tiempos; pero nada lograron con ella, pues «el duende» se agravó de tal manera, que el 5 de enero fué sacramentado y no pudo ya firmar su testamento, haciéndolo en su nombre los testigos que presentes estaban, así como el Virrey, a quien, por cierto, nombró su albacea. Falleció dos días después, a las nueve de la noche, y por la consideración que se le debía, se dobló en todos los conventos: en San Agustín con veinticinco toques y en Catedral «de cabildo», a las seis de la madrugada. El día 8 fué embalsamado su cadáver, y era tan grande el gentío que quería presenciar el entierro, que éste no pudo verificarse sino hasta el día siguiente.

Lo describe Robles, en su Diario, en estos términos:

«Llevaron el cuerpo a San Agustín, a la sala de capítulo, a las cuatro de la mañana, y dos días y noches se dobló en San Agustín contínuamente; y a las diez de este dicho día fué el Virrey Conde de Galve y la Audiencia, y el Cabildo eclesiástico venía detrás a dicho entierro, que lo hizo el Deán doctor don Diego Ortiz de Malpartida; asistió la ciudad, religiones y caballería; el maestro Fray Diego Velázquez de la Cadena, de San Agustín, fué de capa de entierro, al cual asistió la capilla de la catedral, y hubo misa y vigilia, que cantó el maestro Cadena. Se depositó el cuerpo en la capilla de los Flores, en una caja con cuatro llaves, en el claustro de dicho convento de San Agustín».

Ocho días después hiciéronse solemnes honras fúnebres en la iglesia del citado convento, con asistencia del Virrey, real audiencia, tribunales y todo lo más selecto de la capital.

«Dejó en su testamento se vinculase una Santa Espina de la Corona de Nuestro Redentor, engastada en oro y guarnecida de diamantes; mandas de 39 reales de a ocho, a un chino que le servía, y de quien parece tenía más confidencia; y a otro chino 19 reales de a ocho, por cariño que le tenía, por haberlo criado. A los demás chinos (que su familia

se componía de sólo ellos, y eran muchos), dejó en recomendación a su albacea. Dió libertad a sus esclavos que parece eran ocho».

¡Quizás el que en vida fué apodado «el duende» lo sea ahora. efectivamente, y en las noches solitarias salga de su tumba y ronde por el espacioso templo de San Agustín, lamentándose con lúgubres gemidos de que tan sagrado recinto se halle convertido en mansión de libros...... y de ratas!

La China

Desde que se estableció el comercio entre Manila y Acapulco, a raíz de la conquista de las Islas Filipinas por el Adelantado Miguel López de Legaspi, la llegada de la famosa «Nao de China» era para los habitantes de la Nueva España un acontecimiento de grandísima importancia.

Construídas esas grandes embarcaciones en los astilleros de Bagatao, lugár cerca de Manila, conducía cada galeón anual unas seiscientas personas, incluyendo los pasageros, bajo el mando de un general de la armada. E cargamento se componía de productos filipincs, como algalias, paños burdos y drogas, pero en mayor cantidad de artículos chinos: enormes cantidades de tela de seda y seda en

rama, varias clases de porcelanas, cincuenta mil pares de calzas, piezas de género, especias, joyas y juguetes. De regreso de Acapulco, el cargamento del buque consistía principalmente de plata, cochinilla, dulces, y artículos de modistas, procedentes de Europa. Para la llegada de la nao, convertíase Acapulco en concurrida y alegre población, pues a ella acudían los comerciantes más ricos de México, del Perú y aun de Chile, quienes plantaban extenso campamento de tiendas, porque no se hallaba suficiente alojamiento en la ciudad. Durante más de dos siglos la «Feria de Acaco» fué muy celebrada.

Por regla general, salía la nao de Manila en julio y llegaba a Acapulco en enero siguiente; una vez realizadas las mercancías, zarpaba de este puerto en marzo y arribaba a aquel en junio. En la travesía rumbo a América, era tan segura la lluvia entre los paralelos 30 y 70 que no se hacía grande provisión de agua potable, sino que se fijaban empalletados hacia arriba y hacia abajo en el aparejo del buque, y recogíase el agua en vasijas formadas con artesas de bambú, que se colocaban en el fondo de los empalletados.

Grande, pues, era el comercio que se hacía entre Acapulco y México. Empleábanse mulas de carga para el transporte de las mer-

cancías orientales, y cuando éstas no se vendían en México, eran enviadas a Veracruz y de allí exportadas a Europa.

Solían llegar también en esas naos encopetados personajes de las Islas Filipinas, ya fuera para radicarse en México, o de paso para España. En la que zarpó de Manila a fines de 1702, tomaron pasaje para Acapulco don Fausto Cruzat, gobernador que había sido de aquellas provincias, y que venía preso por orden del Comisario de aquella Inquisición, su familia, y don Domingo Sánchez de Tagle, hijo de don Pedro del mismo apellido, Regidor de la ciudad de México y miembro de una de sus principales familias. Ya fuera debido a lo largo de la travesía, o a la edad más o menos avanzada del ex-gobernador, el caso fué que Cruzat terminó sus días a bordo, el 25 de noviembre; y su cadáver fué arrojado a la mar con toda la imponente solemnidad de esos tristes casos. Su hija, María Ignacia, aparte de las prendas morales que la adornaban, y aparte también de la hermosura de su rostro, tenía el enorme atractivo de poseer una dote de seiscientos mil pesos, cantidad no despreciable en aquellos ni en estos tiempos, de manera que no desaprovechó la ocasión el buen Sánchez de Tagle, sino que a la vez que la consolaba por la pérdida de su padre, ganaba

el corazón de la rica huérfana; tanto, que legar al término del viaje, había conseguido ya que le diera palabra de casamiento.

Prometíaselas muy felices el de Tagle, pero ¡qué serie de contráriedades guardábale el destino! Ocurrió la primera de ellas el 6 de febrero de 1703, cuando el Virrey, Duque de Alburquerque, dió orden para que fuera preso por «haber traído mucha hacienda sin registro», y mientras se ejecutaba la orden, se esparció por toda la capital la noticia de la llegada de tan rica heredera, a quien, por venir de Filipinas, apellidaron desde luego «la China».

Brotaron, como era natural, un sinnúmero de pretendientes a su blanca mano y amarillos doblones; pero para no citar a todos, diremos que se la disputaban principalmente el Conde de Santiago, el Oidor Uribe y don Lucas de Careaga, juventud dorada que quería serlo más. Como los dos últimos pronto quedaron fuera de combate, establecióse recia contienda entre el primero y Sánchez de Tagle, alcanzando tales proporciones, que toda la sociedad de entonces tomó bandos: unos, con la alta personalidad del Virrey a la cabeza y los hermanos de la Cruzat, favorecían al de Santiago; otros a Tagle, a quien apoyaban principalmente la Virreina, doña Juana de la

Cerda y el Arzobispo de México, don Juan de Ortega Montañés. Determinó éste, por pronta providencia, asegurar la persona de «la China». A las dos y media de la tarde del 6 de mayo montó en su carroza, y, acompañado del Alcalde de Corte, don Manuel Sánchez Muñiz, y del Provisor, dirigióse hacia la Tlaxpana, a una casa de campo llamada «la huerta de Cantabrana», en donde la familia Cruzat había establecido su residencia. Llevó consigo a la doncella y la depositó en el Convento de San Lorenzo, encargando a las monjas que la atendieran cumplidamente.

Pasados un mes y días, el 14 de junio, octava de Corpus, y ya libre Sánchez de Tagle de la prisión que sufriera por su contrabando, fué en compañía del prelado al citado convento, y allí mismo, en la portería, se efectuó el matrimonio, no obstante que, pocos días antes, una mujer había presentado demanda contra don Domingo por haber quebrantado la palabra de casamiento que le diera, demanda que no tuvo efecto, pues el Arzobispo despachó con cajas destempladas a Juan del Corral, abogado de la presunta esposa.

La ceremonia nupcial no fué tan pacífica como era de esperarse, pues mientras se verificaba, los parientes y criados del novio, ar-

mados hasta los dientes, custodiaban el convento dispuestos a entrar en combate con cualquiera que pretendiese impedir el matrimonio.

Los hermanos de la novia acudieron indignados al Duque de Alburquerque; le informaron de lo que acontecía, y le pidieron que enviara la guardia de palacio para que estorbara el enlace. Accedió gustoso el Virrey, pero cuando llegaron a San Lorenzo, la pareja había desaparecido, cosa que puso fuera de sí a los Cruzat, quienes armaron gran alboroto en la portería del convento, y se hubieran arrojado dentro de él si las monjas no hubieran cerrado rápidamente la puerta. Enterado el Virrey del suceso, se enojó grandemente, y esa misma noche hizo prender al novio, imponiéndole una multa de diez mil pesos y decretando su destierro a Panzacola; a su padre, don Pedro, a Acapulco, y a su deudo, don Luis Sánchez de Tagle, a Veracruz, ambos también con diez mil pesos de multa.

Sin embargo, el comercio y los empleados de la Casa de Moneda intercedieron para que no se desterrara al último de estos señores, y no sólo él, sino que también don Pedro, fueron, al fin y al cabo, perdonados. No así el infortunado don Domingo: preso prisionero en la cárcel de Corte, fué sacado de ella una

tarde por el Alcalde, metido en un coche y transportado a San Juan de Ulúa, camino de su destierro.

Los hermanos Cruzat, según corría la voz, querían arrojarse sobre el convento de San Lorenzo, en donde había quedado nuevamente depositada su hermana, con intención de matarla, y para impedir tan monstruoso atentado, ordenó el Virrey que se dieran por presos en su casa de la Tlaxpana, con prohibición de salir de ella, bajo pena de diez mil pesos de multa.

Mientras tanto, la Duquesa de Alburquerque, partidaria como hemos dicho del de Tagle, se había disgustado con su marido, al grado de no dirigirle la palabra; pero el 23 del citado, a instancias del Arzobispo, consintió en una reconciliación.

En cuanto a la infeliz doncella, debido sin duda a tan tristes acontecimientos, enfermó de gravedad en su retiro de San Lorenzo, y habiéndosele declarado fortísimo tabardillo, acudiò el Arzobispo a confirmarla el 17 de julio. Tan triste ceremonia se verificó en el mismo cuarto en que se hallaba, «en donde se puso altar y el aparato necesario»; asistieron el Provisor y el doctor don Miguel González, medio racionero; fué madrina la madre priora

y—añade el cronista—«no hubo aguas ni chocolate».

«La China» había otorgado su testamento días antes, en el cual disponía que se le pagasen a Sánchez de Tagle los gastos que erogara con motivo de su casamiento, más de diez mil pesos, y legó el resto de su fortuna a su abuela y hermano mayor.

¡Cuánta verdad es la del adagio que dice que el hombre propone, pero que Dios dispone! ¿Quién de los numerosos pretendientes de «la China» imagináráse que ésta había de desposarse con la muerte, que por lecho nupcial había de tener una fosa?

Los Borda

Todos los viajeros que llegan a Cuernavaca acuden en seguida a los Jardines de Borda, tan ponderados en guías y periódicos, pero la mayor parte de los visitantes queda desilusionado al encontrarlos en tristísimo abandono: sus balaustres y escalinatas destruídos y cubiertos de moho, encenegados sus estanques, sus senderos sepultados por la hojarasca, sus manglares y naranjos invadidos por roedores líquenes.

Si *de la Borda* gastó más de un millón de pesos en sus jardines, se debió sin duda alguna, a la dificultad que para su trazo presentaba el terreno en declive, habiendo sido necesario construír grandes terrazas y para ello acarrear enormes masas de tierra; confese-

mos, sin embargo, que aun considerando todo esto, parece exagerada la suma citada.

Joseph de la Borde, hijo de un oficial francés que sirvió en los ejércitos de Luis XIV, nació en Bearne, por los años de 1710, y a los dieciseis de edad pasó a la Nueva España en la flota mandada por el general de Marina don Luis Fernández de Córdoba.

Cortejó a la fortuna en los minerales de Tlalpujahua, Zacatecas y Taxco; en este último lugar alcanzó una gran bonanza, tan grande que algunos la hacen ascender a cuarenta millones de pesos; y desde entonces, a semejanza de lo que hacían los mineros afortunados en su época, empezó a ejercer la caridad a manos llenas, debiéndosele muchas obras piadosas y de beneficencia. Construyó el magnífico templo Parroquial de Taxco, con un costo de más de millón y medio de pesos, siguiendo el estilo de Churriguera, que se dedicó a San Sebastián y Santa Prisca, terminado en 1757, y que contiene buenos cuadros que para él pintó Miguel Cabrera. Entre los ornamentos que regaló a la iglesia figuraba en primer término la espléndida custodia, cubierta de pedrería, que después fué de la Catedral de México, y la cual, robada en 1861, existe hasta la fecha, según se dice, en Notre Dame de París. Era toda de oro macizo, de primo-

rosa labor, de vara y media de alto; adornábase con cuatro mil seiscientos ochenta y siete diamantes, entre rosas y tablas, dos mil setecientas noventa y cuatro esmeraldas, quinientos veintitrés rubíes, y numerosos zafiros, amatistas, jacintos y perlas.

Castellanizó don José su apellido, llamándose *de la Borda*, y por su fortuna llegó a ocupar prominente lugar en la sociedad metropolitana. Los más encumbrados personajes acudían a sus saraos y fiestas en el suntuoso palacio que construyó, en grande y magnífica escala, en la capital del virreinato, y del que buena idea puede formarse hoy, al considerar que era nada menos que la casa situada en la Avenida de San Francisco, esquina de la de Bolívar; la cual, por cierto, no fué más que parte del primitivo proyecto de su dueño, quien pensaba edificar toda la manzana, cosa que impidió un repentino quebranto en su fortuna.

A juzgar por el retrato que de él se conserva en Taxco, era don José de la Borda un caballero delgado y de nariz afilada, que nada debía a la hermosura; se casó, sin embargo, en aquel mineral, con doña Teresa de Verduzco, en el año de 1720. Murió en Cuernavaca a 30 de mayo de 1778, y se le hicieron muy suntuosas honras fúnebres, cuya descripción,

impresa con el título de «El Fénix de los Mineros», es hoy casi imposible de encontrar.

Fueron sus hijos don Manuel y doña Ana de la Borda y Verduzco; ésta llegó a profesar en el Convento de Jesús María de México, con el nombre de Ana María de San José, y aquel a graduarse de Doctor en Filosofía, en la Universidad.

«Dedicó su borla,—dice Castro Santa Ana—al Illmo. Sr. Rubio Salinas, quien autorizó la función con muchos señores ministros ambos Cabildos, prelados y nobleza; el refresco de su casa fué de los más opulentos y costosos que se han visto en esta ciudad; al Illmo. Mecenas le envió cuatro fuentes de plata de quince marcos cada una, las dos con dos arrobas de exquisitos dulces, floreados de cartulina, guarnecidos de punta de Milán; las otras dos de exquisitas masas; del mismo tenor fueron otras dos que se llevaron a SS. EE. (los Virreyes) y a ambos exquisitas aguas heladas; el anillo que el Illmo. Sr. Mecenas dió a su ahijado, era un brillante diamante......»

A don Manuel de la Borda se deben los jardines de su nombre, así como la iglesia de Guadalupe a ellos contigua. Afecto al estudio de la botánica y de la horticultura, reunió en aquel sitio variadas especies de flores y

frutas, de manera que además de un «buen retiro», se construyó un jardín botánico y huerto de aclimatación.

Cuando el Arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, en la visita de su vasta arquidiócesis, pasó por la villa de Cuernavaca, fué alojado en la casa de de la Borda, quien lo agasajó como correspondía a su rango. Cuentan las crónicas que una de las fiestas que dió en honor del Prelado, consistió en una campestre en los jardines, que hizo época. Al llegar la noche ilumináronse espléndidamente y quemáronse fuegos de artificio como nunca se habían visto en la Nueva España y causaron tal admiración en los concurrentes que no vacilaron en declarar la fiesta digna de todo un monarca.

Los Cresos Coloniales

Principal fuente de riqueza en los tiempos virreinales era la que emanaba de las entrañas de esta noble tierra mexicana, la cual, no contenta con los riquísimos frutos por su privilegiado suelo prodigados, guarda en su seno abundancia de aquellos metales que tanto codicia el hombre, que por ellos peca, mata y muere.

Pero, afortunadamente los caudales que rindió la Nueva España tuvieron nobilísimo empleo, puesto que sirvieron para erigir suntuosos templos y benéficas instituciones que la posteridad agradece y aplaude la historia, inscribiendo en sus páginas, con letrás de oro, los nombres de sus preclaros fundadores. Fué crecido el número de éstos y tan grandes

sus fortunas, que adquirieron fama legendaria, comparable sólo con la de aquel Creso, cuyas riquezas asombraban a la antigua Roma.

En aquella sociedad eminentemente religiosa era natural que los cresos coloniales erogaran fortísimos gastos en construir o exornar la casa del Señor. Díganlo si no los soberbios templos erigidos por Borda en Taxco, por el Conde de Santiago de la Laguna en el Cerro de la Bufa en Zacatecas, y por el de Valenciana en la mina de este nombre cerca de Guanajuato. Por rara fortuna, la iglesia de la Valenciana se conserva casi intacta hasta la fecha, y ella nos habla de la esplendidez de don Antonio de Obregón y Alcócer, que no vaciló en emplear en su construcción la suma de ochocientos cincuenta mil pesos. Por cierto que, según cuentan, el párroco de Guanajuato, al ver que se erigía tan suntuoso templo, objetó que el permiso que se diera había sido para una capilla y no para una catedral, y, después de alguna controversia, se convino en que para que guardase su categoría, se construyese solamente con una de las torres que se proyectaran. Innumerables fueron las donaciones que le hizo el Conde de Valenciana a conventos y hospitales, y, no obstante el boato que lo rodeaba, supo siempre conservar gran sencillez de costumbres.

«Antes de tener la bonanza de Valenciana, dice Bustamante, Obregón se presentó en Valladolid en solicitud de una dispensa matrimonial: concediósela el Sr. Obispo Rocha, y habiendo ido a darle las gracias, se le quedó mirando de hito en hito, le puso ambas manos sobre los hombros, y le dijo con voz firme y tono profético: *Vaya V. Señor Obregón, V será muy rico.* Estas palabras llenaron de consuelo a Obregón, y cuando disfrutaba de una opulenta fortuna, decía: *Para que fuera completa mi suerte solo me falta que el Sr. Rocha viviese, para que viera cuán acertado estuvo en su vaticinio.* El Conde de Valenciana no aguardaba que le pidieran; apenas sabía que un pobre se había muerto, cuando se informaba de la familia que dejaba y le mandaba socorros abundantes».

Su yerno, el Conde de Casa Rul, construyó bajo la dirección del célebre Tres Guerras, una casa-palacio en Guanajuato, cuya clásica fachada es uno de los principales ornamentos de aquella pintoresca ciudad. (1)

Los marqueses de San Clemente y Vivanco, por su parte, con el producto de sus minas de Cata, Mellado y Bolaños, construyeron

---

[1] Esta casa pasó, poco después, a poder de la familia Otero.

obras de importancia e hicieron cuantiosos donativos al monarca; y el de San Juan de Rayas, además de construir la soberbia capilla de este nombre, erogó la mitad del costo de la iglesia de la Compañía, en Guanajuato, iglesia que por su tamaño y majestad, merece los honores de catedral. En prueba de agradecimiento el rey don Carlos III le hizo varios obsequios, entre ellos una mantilla de riquísimo encaje para la marquesa.

Pero, de todos los mineros, el que indudablemente llamó más la atención de sus contemporáneos, fué el primer Conde de Regla D. Pedro Romero de Terreros, quien, desde que el cielo quiso favorecerlo con inmensa fortuna extraída del mineral del Monte, ejerció la caridad en asombrosa escala, erogando todos los gastos para las misiones de Coahuila y Tejas, dotando a innumerables religiosas de mil maneras diversas.

Nadie ignora que el actual Monte de Piedad fué fundación suya, para la cual donó trescientos mil pesos; favoreció y protegió a sendos colegios de la seráfica orden en México, Querétaro y Pachuca; hizo préstamos y donativos al Estado por valor de varios millones de pesos; pero un hecho sin precedente y no igualado hasta la fecha, fué el de haber regalado a Carlos III un buque de guerra de tres

puentes y ciento quince cañones, provisto de víveres y todo lo necesario para seis meses. Este hermoso barco construído todo él de caoba en el astillero de la Habana, se llamó «El Conde de Regla», alias «El Terreros», y figuró en las batallas navales de aquel tiempo, según refiere don Benito Pérez Galdós en el primero de sus «Episodios Nacionales» *Trafalgar*. Para perpetuar la memoria de tan magnífica donación ordenó el católico monarca que siempre hubiera en la real armada un buque de guerra denominado «El Conde de Regla» orden que ocioso es decir no fué cumplida.

Don Pedro Romero de Terreros, no obstante su piedad y celo caritativo, era fastuoso en alto grado, y su palacio en la capital de la Colonia estaba amueblado con tanto lujo y tal abundancia de precioso metal, que bien pudo llamarse la «Casa de Plata».

Por supuesto que las riquezas del Conde de Regla dieron margen a numerosas consejas. Contábase que todas las herraduras de sus caballos eran de plata, y que cuando se bautizaban sus hijos, la procesión de su casa a la parroquia marchaba sobre barras de este metal. Asegúrase también que en cierta ocasión la Condesa, al reconciliarse con la Virreina después de un pleito que con ella tuvo, le obse-

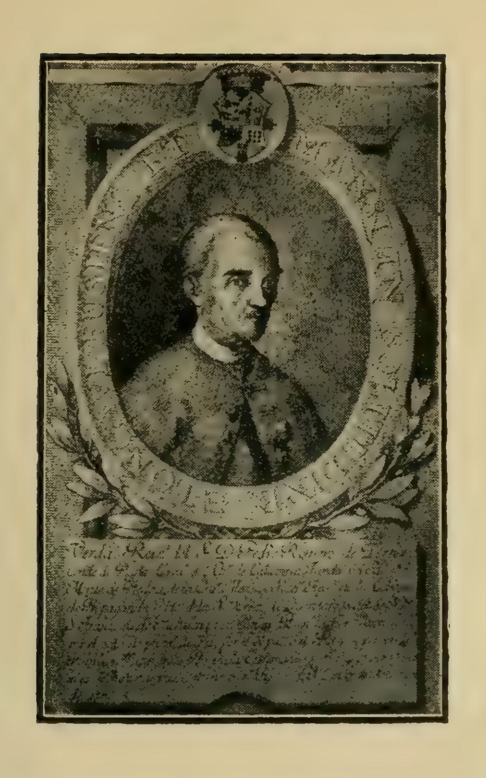
quió con un par de zapatillas cubiertas con diamantes y otras piedras preciosas.

"Para demostrar su gratitud por el título que se le confiriera—escribe el viajero inglés Mr. Robert Wilson—invitó al rey para que visitara sus minas, asegurando a S. M. que si se dignaba hacerle tan señalado favor, los reales piés no tocarían el suelo de la Nueva España puesto que en donde quiera que bajase de su carroza, pisaría sobre plata, y el lugar en donde se alojara sería forrado del mismo precioso metal".

¡A tal grado llegaron las consejas del vulgo acerca de las riquezas de este personaje!

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que extrajo un caudal inmenso de sus minas, el cual consagró en su mayor parte al servicio de su Patria y de su Dios.

Interminable tarea sería la de citar todos los próceres benefactores de la Colonia. Bástenos citar al Marqués de la Villa del Villar del Aguila que construyó el grandioso acueducto que surte a la ciudad de Querétaro del precioso líquido; y que, en la capital, la iglesia de Nuestra Señora de Loreto la más hermosa y clásica en todo el país, monumento imperecedero de la gloria arquitectónica del insigne Tolsa, se debió a la piedad del primer Conde de Bassoco y de su esposa, la Marquesa



Conde de Regla



de Castañiza, a cuyas expensas fué construída.

Mas no solamente los mineros fueron los cresos de Nueva España. Colosales fueron también las fortunas de algunos terratenientes. El Conde del Valle de Orizaba (dueño de la histórica casa de los azulejos) poseía cincuenta y cinco haciendas en el hoy Estado de Puebla; los Marqueses del Jaral de Berrio y Condes de San Mateo de Valparaiso, inmensas propiedades en Guanajuato, Zacatecas y Durango, además de las casas-palacios que hoy ocupan el Hotel Iturbide y el Banco Nacional; y el mayorazgo del Marqués de Guadalupe, llamado *Ciénega de Mata*, abarcaba una gran extensión en los hoy Estados de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, y su cabecera semejaba un feudo de la Edad Media: amplísima casa señorial, monumental iglesia, capaces trojes y graneros y calles enteras de casas de los dependientes, circunvalado todo por una muralla con fortines y garitas!

Muy extensas eran también las propiedades del Marqués de San Miguel de Aguayo en Coahuila, al grado que se podía correr a todo galope una semana entera sin salir de ellas. Por cierto que su numeroso séquito de lacayos y mozos, debido al color de los chalecos de sus libreas, eran conocidos en toda la comarca con el apodo de los «barrigas coloradas».

Besamanos y Saraos

Con el establecimiento en la Nueva España de la dignidad virreinal, representando en todo á la persona del monarca, era natural, por así exigirlo el decoro del gobierno, que al rededor del Virrey se formara una Corte, no tan numerosa ni espléndida, seguramente, como la de la metrópoli, pero no por eso menos estricta o ceremoniosa. Era, pues, la meta de toda persona de sociedad asistir a las recepciones de Palacio. En cuanto a este edificio larga y accidentada ha sido su historia, pero para nuestro objeto bástanos recordar que, estrenado en 1562, por el Virrey don Luis de Velasco, fué exornado más tarde por el Marqués de Falcés, quien hizo pintar una batalla en uno de los salones, y renovado en grande escala por Fray Payo Enriquez de Rivera; incendiado en el tumulto de 1692, pasá-

ronse los Virreyes a la casa del Marquesado del Valle (hoy Montepío) mientras se hacían las reparaciones necesarias, y no fué sino hasta el 19 de agosto de 1785 que se "estrenó el magnífico salón de besamanos con una colgadura de damasco carmesí con galón, flecos, borlas de oro, un retrato del Rey muy especial y diez docenas de sillas de madera fina; veinticuatro forradas en terciopelo y galón de oro y las demás en damasco carmesí; catorce espejos, muy especiales, diez y seis pantallas iguales a los espejos, tres candiles de cristal y una alfombra muy buena".

Eran días de *besamanos* los cumpleaños de Reyes y Virreyes. En tales ocasiones vestíase la Corte de gala, y, al anochecer, se veían llegar a la puerta de palacio lujosos trenes de carrozas y estufas tiradas por caballos ricamente enjaezados, y sillas de manos cargadas por negros esclavos o criados de lujosa librea. Tanto las unas como las otras, eran en general de gran valor y elegancia, doradas, revestidas de carey o artísticamente pintadas en su exterior, y forradas por dentro con ricos damascos y terciopelos.

Alumbraban la llegada de los invitados varios lacayos con hachones, mientras otros apoyaban sus largos bastones contra los muros para dejar libre el paso entre la multitud de curiosos que se apiñaban para ver de cerca

a tan grandes damas y caballeros. Ascendían éstos ceremoniosamente la gran escalera de Palacio, y atravesando corredores y antesalas, llegaban hasta las habitaciones de los Virreyes, en donde había de efectuarse la recepción.

Los *besamanos* en los cumpleaños del Rey y de la Reina, eran en extremo ceremoniosos, reduciéndose a que el mundo oficial y social que concurría presentase sus respetos al lugarteniente de la Católica Majestad, y se representase después una comedia generalmen- por los "criados de palacio".

Mas amenos eran los de santos de los Virreyes, como el de la Condesa de Baños, en 25 de mayo de 1662, en que, según Guijo, "le hicieron grandes fiestas en palacio, y las personas de caudal la regocijaron con libreas y carrozas nuevas y cadenas de oro al cuello, para darle los dias; convidóse a todas las damas y señoras del reino que fueran a palacio costesamente aderezadas, y asistieron a la comedia que se les representó por los criados y criadas de los Virreyes; y antes se echaron suertes entre las personas de caudal para devotos de laVirreina, y que le habían de celebrar este dia; y salió don Austacio Coronel Salcedo Benavides, Alcaide Mayor de Metepec, y éste celebró el día del nacimientó con gran suma de ducados".

Para festejar al primer Conde de Revillagigedo, en 24 de junio de 1754, dice Castro Santa Ana, "al anochecer en dicho Real Palacio se tuvo un primoroso festejo con los más diestros músicos, el que principiaron con una danza, Sus Excelencias, y se continuó con varios señores y caballeros, teniendo después varios conciertos de música, que fenecieron a la media noche.

No contenta con estos saraos, la mundana Marquesa de las Amarillas, introdujo además, unas recepciones que denominaba «alcobas», más íntimas que las oficiales y, por lo tanto, mas agradables.

"La mañana del 25 (de diciembre de 1756) dice Castro Santa Ana, pasaron al Real Palacio los señores de la Real Audiencia, Tribunales, ambos Cabildos, Prelados y Nobleza a anunciar a S.S E.E. la Pascua del nacimiento de nuestro Redentor Jesús, y fueron recibidos con gran benevolencia, convidando S.E. a estos señores para las noches de Pascua, a la alcoba que ha de haber en dicho Real Palacio, cuya práctica es en algunas salas diversión de juego; en otras música, y otras para conversación, ministrándoles con profusión exquisitos refrescos". En los juegos de cartas "no se sacaba naipe, ni se experimentaba pérdida ninguna, por ser sólo de diversión", y los

aficionados a la música escuchaban «cantadas y conciertos» y extasiábanse con el Conde de San Mateo de Valparaiso, quien tocaba el violín con notable pericia.

Los Arzobispos de México, por su parte, solían también celebrar recepciones en su palacio, pero de acuerdo con su dignidad, de carácter más serio, reduciéndose en general a banquetes en honor de algún gran personaje o nuevo Prelado. El primero de mayo de 1754, después de haber sido consagrado Obispo de Nicaragua el Illmo. Sr. José Antonio Flores de Rivera, pasó toda la selecta concurrencia que en la Catedral de México presenciaba la cerereremonia, "al palacio arzobispal, dice Castro Santa Ana, el que se hallaba vistosamente tapizado con hermosos paños de corte, damascos y terciopelos, y tres de los principales salones, el primero de ellos con distintos aparadores y talleres de delicada y exquisita loza del Japón, en varias piezas de fuentes, platos, tibores, picheles y flamencas; el segundo con los mismos aparadores con la distinción de ser las piezas de cristal de roca; y en el tercero se componían sus aparadores de fuentes, salvilllas, picheles de plata cincelada, mucha de ella dorada, y algunas piezas de oro; eran correspondientes en los dichos tres salones las hermosas arañas y pantallas de plata; allí se hallaban las mesas

con sus asientos, los que tomaron losIllmos. Sres. Ministros de la Real Audiencia, Ambos Cabildos,los dos hijos de S. S.E.E.(el primer Conde de Revillagigedo) títulos y nobleza; cubriéronse cuatro veces las mesas, pasando los platones de trescientos, de las más exquisitas y delicadas viandas de todos géneros, así de carnes, pescados, dulces, como frutas heladas y vinos generosos; durando este opíparo banquete desde la una hasta las cuatro difundiéndose a otras mesas de capellanes,pajes, caballerizos y las de cocheros y lacayos; y habiéndo reposado, a las cinco se dispuso el paseo en el que acompañaron a los Illmos. señores Arzcbispo (Rubio y Salinas)y Obispo, los padrinos, por las principales calles, a la derecha iba el consagrado echando bendiciones; al anochecer, restituídos a dicho palacio, concurriendo los sujetos referidos en el banquete se ministró un difuso y abundante refres co de todo género de dulces cubiertos, masas exquisitas, aguas nevadas y un concierto de música de trompetas, violines,flautas y diversidad de instrumentos, por los músicos de la Santa Iglesia y los más diestros de la Ciudad".

Mas no sólo los Virreyes y Arzobispos celebraban grandes fiestas, sino también los particulares,y éstos solían a veces hacer derroche de extraordinario lujo.

Con el pretexto de que vieran separar el oro de la plata, el 18 de enero de 1757, convidó don Manuel Aldaco a los marqueses de las Amarillaa, quienes fueron recibidos en casa del Apartado por "muchas señoras principales, varios señores ministros y algunos títulos y sujetos de distinción". Adornó la casa "con ricascolgaduras y alhajasde mucho valor", y uo faltaron por supuesto, ni el "exquisito y espléndido refresco" ni el "festejo de los más diestros músicos", de rigor en tales casos.

Leemos en el diario de Robles, correspondiente al 16 de mayo de 1703,que hubo "comedia en la casa de moneda que se le representó al Virrey (Duque de Alburqueque) a costa del Tesorero de ella don Francisco de Medina Picazo: dicen les dió a los señores Virreyes y a su hija, mil pesos a cada uno de regalo, las brados al modo de los segovianos; a las damas cien pesos a cada una y lo mismo a los gentiles hombres. y veinticinco pesos a los pajes, fuera de los dulces. aguas y chocolates; se comenzó la comedia a las 5 de la tarde y se acabó a las nueve de la noche".

¡Extraña costumbre la de hacer obsequios en metálico a los concurrentes a una fiesta! Admira verdaderamente que no se haya adoptado en esta práctica edad.

La Mejor Parte

Nadie ignora que en los tiempos coloniales hallábase la MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE MÉXICO llena de conventos y monasterios, muchos de los cuales subsisten hasta la fecha, aunque tristemente mutilados y destinados a usos laicos. En aquella época, la sociedad estaba íntimamente ligada con la religión, y las casas de frailes y de monjas—dígase lo que se quiera,—eran centros de cultura y de progreso.

Admira verdaderamente el número de religiosas que había en México; mas debe advertirse que no sólo monjas profesas habitaban los conventos, sino también damas que a ellos se retiraban por haber sido poco favorecidas por la belleza, por encontrarse sin apo-

yo en el mundo, o por mil causas diversas. Conventos hubo, como el de la Concepción, —el más antiguo de México, por cierto—en donde las monjas tenían a su disposición criadas y dueñas, fautoras de toda clase de chismes y enredos.

Por los motivos que bosquejamos, se comprenderá que la «toma de hábito» de una monja, sobre todo si pertenecía a familia distinguida, constituía uno de los acontecimientos sociales de más importancia durante el Virreinato, concurriendo al acto damas y caballeros en tan gran número y con igual interés que a un sarao o besamanos.

No intentaremos hacer la descripción del ceremonial para tales casos establecido, por ser harto conocido, habiéndolo trazado, entre otras, la romántica pluma del poeta sevillano en su leyenda de «Tres Fechas.»

Observaban, sin embargo, las Esposas del Señor al escoger la «mejor parte», ciertas costumbres que nos parece oportuno recordar, como muestra del lujo con que se celebraba todo en la Nueva España,

En el «Diario» de Castro Santa Anna, correspondiente al 2 de febrero de 1757, leemos que esa tarde «tomó el hábito de religiosa en el convento nuevo de Carmelitas Descalzas, a los veinte años de su edad, doña Micaela

Josefa Malo y Castro, quien iba ricamente aderezada de preciosas alhajas y perlas, habiendo estrenado un vestido de corte, de tisú de oro, color de punzón, aterciopelado, guarnecido de una punta de Milán, que su costo pasó de mil pesos, dedicándolo para un ornamento entero en su iglesia». La concurrencia que asistió al acto fué de lo más selecta, por ser doña Micaela hija de don Pedro Malo de Villavicencio,presidente que fué de la Real Audiencia de Guadalajara, Caballero de Calatrava, y señor de muchas campanillas, cuya viuda, doña Gertrudis de Castro, gran dama de la Corte Virreinal, apadrinó la ceremonia.

Un año más tarde, en el mismo convento, «hizo su profesión solemne de coro y velo negro, Sor Micaela Josefa de Santa Teresa, en manos del Ilmo, señor doctor don Manuel Rojo y Vieira, canónigo de esta santa iglesia. Concurrieron las más de las señoras principales, prebendados y nobleza, convidados por sus hermanos los señores don Félix Malo y Castro, Mariscal de Castilla, Conde del Valle de Orizaba, y Contador Mayor don Joaquín Antonio Cotilla, de sermón y misa fueron padrinos sus hermanos los RR. PP. Pedro Gaspar y Pablo Timoteo Malo y Castro, de la Sagrada Compañía de Jesús; dotó la festividad de la octava de Señora Santa Teresa, con el

fondo de 2,000 pesos, y otras varias mandas; la iglesia se colgó con ricos terciopelos y damascos, guarneciendo su altar mayor y arcos con piezas de plata de martillo; el golpe de música fué de los más exquisitos instrumentos, y diestros sujetos de este arte.»

Grande, pues, era el boato con que se despedían del mundo las hijas de Teresa de Cepeda y de Clara Scifi.

Un Cruzamiento

No eran los matrimonios las ceremonias que más atraían a nuestros abuelos, durante la época colonial. Celebrados generalmente en casas particulares y de noche, sólos los presenciaban las personas más allegadas a la familia, y los que se verificaban en una iglesia, éranlo casi siempre a temprana hora y no constituían, como hoy en día acontece, un pretexto para que acudieran las damas ataviadas con sus más ricas galas como a un sarao, ni para que los caballeros fueran en pos de elias, como en pos de las flores van las abejas.

Cierto es que las novenas, las visitas de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios y otros muchos actos religiosos hacían con-

gregar buen número de personas en las iglesias, pero lo que más atraía al gran mundo de entonces al sagrado recinto, era, sin duda alguna, un «Cruzamiento», ceremonia no tan frecuente, por cierto, como un matrimonio.

Nadie ignora que existían en España (y existen hasta la fecha) las cuatro grandes órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, las cuales, además de exigir las tradicionales pruebas de nobleza por los cuatro costados del que pretendía pertenecer a alguna de ellas, eran regidas por muy curioso ceremonial. Se daba el nombre de «cruzamiento» o «toma de hábito» al acto de ingresar un caballero en su seno, acto que se verificaba en una iglesia, por ser las órdenes en cierto modo religiosas.

Para dar mejor idea de cómo era una de estas ceremonias, vamos a relatar sucintamente la toma de hábito de un personaje de México en el siglo XVIII; don José María de la Cotera y Rivascacho, posteriormente Marqués de Rivascacho.

Corría el año de 1761, cuando, el 24 de enero a eso de las cinco de la tarde, acudían damas y caballeros en no escaso número a la iglesia de la Encarnación.

Hallábanse dentro del templo y formados en capítulo, esto es: revestidos de man-

tos blancos de larga cauda con la cruz de la orden en forma de puñal, recortada de paño encarnado sobre el pecho y presididos por el Conde de San Bartolomé de Jala, don Manuel Rodríguez Sáenz, de Pedroso, caballero profeso de Santiago, quien había de fungir como Gran Maestre, los siguientes caballeros de la misma: los Oidores don Francisco Antonio de Echavarri y don Domingo Valcárcel Formento, don Pedro Ignacio de Valdivieso y Azlor, Conde de San Pedro del Alamo, el teniente coronel don Fermín de Mendinueta, el coronel don Carlos José de Agüero, don Manuel de Cosuela y don Ignacio Huarte, todos señorones de muchas campanillas que desempeñaban altos cargos en el Virreinato. Hallábase presente además, revestido de capa pluvial, el prior de los Agustinos, fray José Vidal, y no faltaba un escribano—en este caso don José de Molina—para que diera fe del acto.

Empezó éste con la entrada de don Mariano de la Cotera, quien presentó desde luego al Conde de Jala el título en el cual la Católica Majestad de Carlos III, como Gran Maestre de las Ordenes, lo nombraba caballero de la de Santiago. Tomó el documento el de Jala y, después de besarlo devotamente, lo puso sobre su cabeza diciendo que lo obe-

decía en todas sus partes y que estaba dispuesto a armar caballero de la orden a don Mariano. Nombró éste por padrino a don Manuel de Cosuela, y en seguida el Conde de San Pedro del Alamo, y don Carlos de Agüero, le calzaron unas espuelas doradas, hecho lo cual, el que fungía de Gran Maestre, le ciñó una espada, la desenvainó y preguntó tres veces en alta voz:

«Vos, don José Mariano de la Cotera y Rivascacho, ¿queréis ser caballero?

A lo cual contestó sendas veces el interpelado:

«Sí quiero ser caballero.»

Entonces el Conde, diciéndole: «Dios os haga buen caballero y el apóstol Santiago», tocóle con la espada la cabeza y el hombro, quedando por lo tanto dado el espaldarazo, ceremonia usada desde tiempo inmemorial, para armar a un caballero.

Prestó luego el juramento en la forma siguiente:

Puesta la mano sobre la cruz que en el pecho ostentaba, preguntó el Conde de Jala:

«Juráis a Dios y a esta Santa Cruz que procuréis la utilidad y bien del orden y que jamás no iréis ni vendréis contra ella, y que siempre estaréis aparejado para redimirle de todo daño y prejuicio?»



Marqués de Rivascacho

«Sí juro,» contestó don Mariano hincado de rodillas; y prosiguió el Gran Maestre:

«¿Juráis de tener, defender y guardar en público y en secreto que la Virgen Santísima, Madre de Dios y señora nuestra, fué concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su ser natural?»

«Sí juro».

«Si así lo hiciéreis, Dios os ayude, y si no, os lo demande».

«Amén».

Puesto de pie don Mariano, fuéronle descalzadas las espuelas y desceñida la espada por las mismas personas que se las pusieron; hecho lo cual, sentóse en el suelo con las piernas cruzadas y en esta incómoda postura escuchó varias amonestaciones que le hizo el Conde de Jala, prescritas por los estatutos de la Orden. Después entregó al Prior un real rescripto en el cual se ordenaba que le fuera dado el hábito, y tanto el fraile como el Gran Maestre, besaron el documento y pusiéronlo sobre sus cabezas en señal de obediencia. Bendijo el Prior un manto blanco igual al de los demás caballeros, así como la espada, con las bendiciones de ritual; echó aquél sobre los hombros de don Mariano, que se hallaba ahora de rodillas, y le ciñó ésta de nuevo.

Levantóse el nuevo caballero y abrazó al Conde de Jala, al Prior y sucesivamente a los demás y tomó asiento entre ellos, en el último lugar.

Con esto terminó el «cruzamiento», de todo lo cual dió fé el expresado escribano y firmaron como testigos las principales de las muchas personas que concurrieron.

Ceremonias de esta clase se verifican aún en España, pero en México desaparecieron al efectuarse la Independencia. Evocar, pues, su recuerdo, es evocar una faz de la vida social del virreinato que tendrá siempre su encanto, como tiene su encanto el vago perfume de una flor disecada que se encuentra entre las páginas de un libro.

La Marquesa de Herrera

La hija menor del primer Conde de Regla, doña María Dolores Romero de Terreros, Trebuesto y Dávalos de Bracamonte, debido a su belleza o a su cuantiosa dote, tenía numerosos pretendientes a su blanca mano, pero ninguno de ellos le satisfacía y llevaba trazas de quedarse soltera, pues contaba ya, a principios de 1787, 22 años de edad. No siendo las miras del jefe de la familia, el segundo Conde de Regla, que doña Dolores permaneciera célibe, determinó escoger entre los numerosos adoradores de su hermana, el de más alta posición, y fijóse desde luego en don Vicente de Herrera y Rivera, Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III y Consejero del Real y Supremo de Indias,

quien tres años antes, a la muerte del Virrey don Matías de Gálvez, había ocupado el alto puesto de Regente de la Real Audiencia. Comunicó el Conde su resolución a doña Dolores, pero ésta se negó rotundamente a aceptar a tal esposo. Insistió el Conde en su propósito, y como la autoridad del jefe de familia era en aquellos tiempos efectiva, se fijó la fecha para el casamiento. En efecto, el 18 de marzo del año antes citado reuniéronse varios personajes de distinción en casa de doña Dolores, en la calle de San José el Real de esta ciudad, y celebróse el matrimonio a las siete de la noche en el salón principal de la residencia con mucha ceremonia, dando las bendiciones nupciales el Arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, siendo padrinos los Condes de Regla, don Pedro Ramón Romero de Terreros, Trebuesto y Dávalos de Bracamonte, y doña María Josefa Rodríguez Sáenz de Pedroso y de la Cotera, y sirviendo de testigos don Eusebio Sánchez Pareja, del Consejo de Su Majestad y Regente de la Real Audiencia, don Antonio de Villaurrutia, decano de la misma, y el Dr. don José Ruíz de Conejares, Canónigo, Provisor y Vicario General del Arzobispado.

Terminada la ceremonia, se sirvió un excelente refresco y se tocaron buenas piezas



La Marquesa de Herrera y de San Francisco.

de música; y cuando se retiraron el Arzobispo y demás convidados, quiso el Oidor marcharse a su casa con su esposa, y al efecto despidióse de sus nuevos hermanos los Condes con todo cortesía; pero hé aquí que, llegada la hora de partirse, doña Dolores no parecía por ningún lado. Se le llamó y buscó por todas las piezas de la casa, pero no pudo encontrársele y, para no hacer el cuento largo, diremos que el de Herrera y los Condes permanecieron en aquella casa buscando a la desposada durante tres días, sin dar con ella; y, lo peor fué que la noticia se esparció por toda la ciudad y fué pasto para sabrosos comentarios. Por fin, al ver el Conde que una criada subía a la azotea llevando algo de comer en un plato, le preguntó a dónde iba, y la criada, confusa, acabó por confesar que llevaba alimentos a su señora que estaba escondida en la azotea de la casa.

Doña Dolores consintió en bajar de su escondite, pero aseguró que por ningún motivo había de vivir con su esposo. Sin embargo, sus hermanos pudieron convencerla que era preciso, cuando menos, guardar las formas ya que estaba unida con indisoluble lazo a don Vicente de Herrera y Rivero, y el 16 de abril fueron velados en el Santuario de Nuestra Señora de los Angeles por el Secre-

tario del Arzobispado, Dr. don Manuel Flores, como si fuera el matrimonio mejor avenido del mundo.

A los pocos días pasó el de Herrera a España a ocupar su puesto en el Consejo de Indias, y su esposa lo acompañó, aunque se asegura, no cruzó con él una sola palabra durante el largo viaje. Llegados a la metrópoli, fué agraciado él con el título de Marqués de Herrera y ella acudió a contar sus cuitas a la Reina. La recibió María Luisa con grande benevolencia y viendo que estaba decidida a no vivir con su esposo, la nombró su dama de honor. Con este pretexto permaneció doña Dolores por algunos años al lado de la Reina hasta que la muerte del Marqués de Herrera vino a libertarla de su pesada carga.

Entre los Guardias de Corps de Palacio había un joven de muy buena presencia, originario de Jalapa en la Nueva España, y caballero del hábito de Alcántara, llamado don Manuel José de la Pedreguera y Morales, y doña Dolores encontró en él todo lo que le había faltado en don Vicente de Herrera. Contando, pues, con la ayuda de la Reina, y transcurrido algún tiempo después de la muerte de su primer esposo, pudo celebrar su nuevo matrimonio el 19 de marzo de 1799, en la iglesia parroquial de San Martín, de Madrid,

oficiando el Monje Benito Fray Bernardo Saco, y siendo testigos los Guardias de Corps, don Vicente de Percabal y don Manuel Chacón.

Al morir sin sucesión su hermana mayor doña Micaela, heredó doña Dolores Romero de Terreros el Marquesado de San Francisco y mayorazgo anexo que consistía en varias haciendas del valle de Toluca y la muy conocida de San Cristóbal Acámbaro. Transladáronse los Marqueses de San Francisco y de Herrera (pues así se firmaban) a la Nueva España y establecieron su residencia en México en una antigua y almenada casa de la calle de Cadena.

Tuvieron los Marqueses tres hijos: Juan, que murió en la infancia; doña María, que fué monja en el Convento de Santa Isabel; y don Manuel de la Pedreguera y Romero de Terreros, muy conocido a mediados del siglo XIX como el Marqués «de la Pedreguera», aunque su verdadero título era de San Francisco. Murió sin sucesión en 1868.

Venus y las Tres Cracias

Reinaba en las Españas el católico monarca don Carlos III, y gobernaba en México el célebre Virrey Bucareli, cuando el 20 de noviembre de 1778, nació en esta muy noble y leal ciudad una niña que, andando el tiempo, había de ocupar prominente lugar en la sociedad de la colonia. Era hija de don Antonio Rodríguez de Velasco y Jiménez, dsl consejo de su Majestad, Regidor perpetuo de la Ciudad de México; y de doña María Ignacia Ussorio Barba y Bello Pereyra, ambas de antiguas y nobles familias. Desde su infancia fué de la más peregrina hermosura, llamando tanto la atención por la profusión de sus cabellos, que pronto fué conocida en toda

la capital del Virreinato por la «Güera Rodríguez».

Cuenta la crónica que cuando era aún muy joven, solía salir de su casa todas las tardes en compañía de su hermana mayor, doña María Josefa, pasando por al cuartel de Granaderos, regimiento que se distinguía por tener como oficiales a los jóvenes más ricos y bien parecidos de la nobleza. Si semejante conducta fuera reprochable en nuestros días, ¡cuánto más no lo sería en aquellos tiempos en que las damas no acostumbraban salir a la calle, si no era acompañadas de sus padres, maridos o dueñas! No habían de escapar la atención de los oficialillos dos muchachas preciosas que pasaban tarde con tarde por la puerta del cuartel; de manera que muy pronto se entabló entre dos de ellos y las niñas un noviazgo que a la vez que escandalizaba a algunos vecinos, servía de diversión a otros, hasta que fué sorprendido por el Virrey en persona, al salir éste inesperadamente del Real Palacio por la puerta de los Granaderos. Disgustóse sobremanera Revillagigedo, y habiendo preguntado a las jóvenes quién era su padre, hízole llamar a su presencia y le dijo en tono muy severo:

—Señor don Antonio Rodríguez de Velasco, ¿qué hace Vd. todas las tardes?

—Excelentísimo señor—contestó el Regidor—suelo ir al Sagrario a rezar el rosario.

—Mejor sería que lo rezara Vd. en su casa y velara por el honor de sus hijas.

Quedó pasmado el bueno de don Antonio al saber la conducta de las niñas y convino con el Virrey en que, para acallar las malas lenguas, era preciso casarlas con los oficiales; mas los padres de éstos ofrecieron no poca oposición, tanto que el Gobernante tuvo que interponer toda su autoridad para que se pactaran los enlaces. Casáronse por fin, la «Güera» con don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil en México a 7 de septiembre de 1794 y doña Josefa con el hijo del Marqués de Uluapa, el 10 de julio de 1796. Once años duró la unión de la primera, (pues murió Villamil en 1805 en Querétaro, a donde había sido enviado con su regimiento); y fueron fruto de ella un hijo, don Jerónimo, y tres hijas, tan hermosas todas que merecieron junto con su madre el apodo de «Venus y las tres Gracias»; llegando la fama de su belleza hasta la misma España, en donde el Rey quiso conocerlas y ordenó que uno de los mejores pintores de México las retratase para que se remitiera el cuadro a Madrid Dícese que este retrato aún se conserva, arrumbado con muchos

otros, en una bodega del Palacio Real de Madrid.

Innumerables son las historietas y anécdotas que de la «Güera» se cuentan, pero si algunas son auténticas, no cabe duda que su mayoría carecen de fundamento y presentan a doña Ignacia como de una conducta mucho más ligera que la que había de corresponder a una gran dama de la corte virreinal. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que fué partidaria de la Independencia y en el año de 1810 fué citada ante el tribunal de la inquisión para responder a los cargos que se le hacían por haber conspirado en contra del Gobierno. Acaeció que los jueces de la temida institución eran de ella muy conocidos y allegados y, después de un proceso que rayó en lo jocoso, el arzobispo Virrey, señor don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, le impuso como castigo un corto plazo de destierro a la ciudad de Querétaro, pena que cumplió con el mayor desenfado. No abandonó su simpatía por la Independencia y, años más tarde, tuvo grande amistad con Iturbide, quien la distinguió a tal grado, que se asegura que la entrada del ejército trigarante no se hizo por las calles de San Andrés y de Tacuba, como en un principio se proyectara, sino por las de San Francisco, con el objeto de que ella pudiera admi-

rarlo desde su casa en la calle de la Profesa; y al pasar delante de dicha casa, el futuro emperador de México, detuvo un momento la marcha y, desprendiendo de su sombrero una de las plumas tricolores que en èl llevaba, la envió con uno de sus ayudantes a la hermosa «Güera».

La belleza de doña Ignacia no fué efímera sino que duró toda su vida. La señora Calderón de la Barca, en una de sus cartas escritas en México por los años de 1840, refiere lo siguiente:

«Esta mañana tuve de visita a nna persona muy conocida, llamada «La Güera Rodríguez», quien, se dice, fué admirada por Humboldt hace muchos años como la mujer más hermosa que había visto durante todo el curso de sus viajes. Teniendo en cuenta el espacio de tiempo que había transcurrido desde que aquel eminente viajero visitara estos contornos, mucho me maravillé cuando me pasaron la tarjeta de esta señora, pidiendo ser recibida, y más aún al encontrar que a pesar del lapso de tantos años y de los surcos que se complace el tiempo en marcar en las caras más bonitas, la Güera conserva una profusión de rubios rizos sin una cana, preciosos y blanquísimos dientes, muy lindos ojos y vivísimo ingenio. Hablamos de Humboldt y

me refirió los pormenores de su primera visita y de la admiración que ella le inspirara, siendo aún muy joven, aunque casada y madre de dos niños; que cuando él había ido a visitar a su madre, estaba ella sentada cosiendo en un rincón en donde el Barón no la veía, hasta que, hablando seriamente sobre cochinilla, preguntó ésto si podría visitar cierto distrito en donde había un plantío de nopales. «Por supuesto, dijo la Güera desde su rincón; podemos llevar allí al señor de Humboldt,» y al verla éste, quedó asombrado y exclamó: «¡Válgame Dios! ¿Quién es esta niña?» Después de eso, estaba constantemente con ella, atraído, según parece, más por su ingenio que por su belleza».

Algunos años después de la muerte de su primer marido, contrajo segundas nupcias con don Mariano de Briones, quien ocupaba un alto puesto en el Gobierno.

Murió al poco tiempo el de Briones, y la Güera quedó en estado de buena esperanza, con lo cual disgustáronse sobremanera los herederos de aquel, al grado que, sabiendo doña Ignacia que pretendían acusarla de subterfugio, decidió que el nacimiento de su hijo fuera delante de testigos; pero como el suceso acaeció antes de lo que se esperaba, vióse la Güera precisada a llamar a su alcoba a algu-

nas personas que en esos momentos transitaban por la calle, para que dieran fe de la autenticidad del alumbramiento. Nacióle una hija y púsole por nombre Victoria, en señal de la que había obtenido sobre sus contrarios; pero, desgraciadamente, murió la niña de corta edad.

Casó la Güera por tercera vez con don Juan Manuel de Elizalde, quien más tarde ocupó el puesto de Cónsul de Chile, su país natal, y quien sobrevivió a su esposa. Ordenòse de sacerdote e ingresó en el Oratorio de San Felipe Neri; desempeñó por algún tiempo un cargo de importancia en la Profesa, y regaló a una de las imágenes de dicha iglesia las magníficas alhajas que habían sido de la Güera y cuyo paradero actualmente se ignora. Murió el P. Elizalde a los ochenta años de edad, el 12 de diciembre de 1870.

Pasó los últimos años de su vida la Güera Rodríguez dedicada a ejercicios de piedad, habiéndose recibido en la tercera orden de S. Francisco. Al morir, en 1.° de noviembre de 1851, desapareció la figura de mayor relieve, socialmente hablando, que había habido en México durante los siglos XVIII y XIX.

Las «tres Gracias» se llamaron respectivamente, María Josefa, María de la Paz y María Antonia. Desde temprana edad fueron

internadas las tres doncellas en el Convento de la Enseñanza, por ser dicho plantel de educación el preferido por la aristocracia, y permanecieron al cuidado de las buenas monjas durante varios años. Al salir doña Josefa al mundo causó sensación la hermosura de sus dieciseis años y no fué extraño que cautivara el corazón del joven Conde de Regla, don Pedro José Romero de Terreros y Rodríguez Sáenz de Pedroso, nieto de aquel famoso Conde que, entre sus numerosas obras caritativas, dejó instituído el Monte de Piedad.

Muy poco tiempo hacía que muriera su padre y por su familia y fortuna era considerado como uno de los mejores partidos de la Colonia, estando la primera aliada con lo más granado de la nobleza, y hallándose la segunda al buen cuidado de su madre, la Condesa viuda de Regla, en su propio derecho Marquesa de Villahermosa de Alfaro y Condesa de San Bartolomé de Jala, señora de grandes prendas morales, aunque altiva y no poco severa. El joven prócer daba por seguro que su noviazgo con doña Josefa, sería muy del agrado de su madre, pues repetidas veces había oído que la elogiaba no sólo por su belleza sino que también por su educación y bellas cualidades. Grande, por lo tanto, fué su sorpresa al saber que la Marquesa se oponía

a toda idea de matrimonio de los enamorados, sorpresa que aumentó cuando lo llamó y le dijo. «En manera alguna puedo convenir en un matrimonio que va a constituirte desgraciado e infeliz a tu posteridad; me faltaría a mí misma, haría traición a la verdad y sería el oprobio de la gente sensata». Pero no quiso el joven Conde desistir de su propósito y su madre le prohibió, como menor de edad que era, que saliese de su casa. Pareció obedecer don Pedro, pero en realidad no fué así, pues el capellán de la casa supo que salía cautelosamente al amanecer y se dirigía hacia la casa de su novia a «pelar la pava». Lo comunicó el sacerdote a la de Villahermosa y tan grande fué el enojo de la dama, que pidió al Virrey que arrestara a su hijo. Accedió Venegas y en 10 de enero de 1812, se le notificó que quedaba arrestado en su propia casa. Protestó el Conde, pero viendo que era en vano, pidió que se le remitiera a la casa de su tío el maestrante de Ronda don Juan Vicente Gómez de Pedroso, petición que le fué negada; y permaneció en arresto hasta el 14 siguiente en que le fué levantado, ordenándole el Virrey que se presentara en el Real Palacio a las cinco de la tarde. Hízolo así el Conde y su madre la Marquesa fué requerida para que expusiera la razón por la cual se oponía al matrimonio,

siendo así que la posición, cualidades y familia de la novia, nada tenían de reprochables. Contestó la de Villahermosa con un largo escrito, en el que, entre otras muchas razones, alegaba la juventud de su hijo, el permiso real que los títulos de Castilla necesitaban para casarse, y otras más que no llegaron a convencer a los ministros, de manera que el gobierno habilitó de edad a don Pedro, otorgándole ese mismo día permiso para casarse. El Conde no perdió tiempo, y al día siguiente se efectuó el matrimonio en casa de la Marquesa de Uluapa, situada en la esquina de las Damas y Ortega, casa en la cual había sido hospedado, en 1799, don Simón Bolívar. Efectuóse la ceremonia a las ocho de la noche por el Arcediano de Catedral, don José Mariano Beristáin, siendo testigos don Silvestre Díaz de la Vega, del Consejo de Hacienda, a quien sus contemporáneos apodaban «Bandolón», y don Juan Vicente Gómez de Pedroso, y estando presentes varios parientes y amigos de ambas familias.

Muy pronto se reconcilió la de Villahermosa con su nuera, como lo prueba un párrafo de su carta del 4 de julio de 1812, a su grande y querida amiga doña Inés de Jáuregui.

Dice así:

«Pedrito se puso en estado con doña Josefa Villamil Rodríguez de Velasco el día 14 de enero del presente año. La niña es hija de la Güera, hermosa, de buen personal, muy bien educada, mucho juicio y recogimiento; prendas todas con que endulzó el sinsabor que tuve al principio y me precisó a resistir el enlace hasta ocurrir a la autoridad judicial, pues, por las circunstancias actuales en que se halla la casa de mi hijo, me parecía no era tiempo de que pensara en casarse, sino que debía demorarlo para mejor tiempo; pero te repito, estoy contenta con mi nueva hija, que me respeta y ama con la mayor ternura».

Doña Josefa fué madre de dilatada familia, y falleció el 7 de julio de 1828 en Nueva York, en donde estaba de paso para Europa, y a consecuencia de la penosa travesía que sufriera de Veracruz a aquel puerto, por haber faltado los víveres a bordo. Fué enterrada provisionalmente en la Catedral de aquella diócesis.

Doña María de la Paz era de cuerpo muy esbelto y alto, y de mucha fuerza, pues se cuenta que en una ocasión, al salir de la iglesia, un hombre del pueblo le echó un piropo a lo cual ella contestó con una sonora bofetada que derribó a su admirador callejero. Su belleza sirvió de modelo a un cuadro de la

Virgen de los Dolores que se conserva o conservaba en el Templo de la Profesa. Casó en 1815 con don José María Rincón Gallardo y Santos del Valle, segundo Marqués de Guadalupe Gallardo, y Mayorazgo de Ciénega de Mata.

Como el Convento de la Enseñanza fuera fundación de la muy reverenda madre doña María Ignacia de Azlor y Echeverz, al jefe de esa familia pertenecía el patronato de la Institución. A principios del siglo XIX lo era don Pedro Ignacio Echeverz, Espinal de Valdivieso y Azlor, Marqués de San Miguel de Aguayo y Santa Olaya, caballero de Santiago y gentilhombre de Cámara del Rey.

Solía de vez en cuando visitar el convento para enterarse de la marcha del plantel, y en una ocasión que lo acompañaba su hijo mayor, don José María, viudo ya de una señora Lagarzurrieta, le llamó la atención la hermosa trenza de una de las educandas.

—¿Quién es esa niña?—preguntó a la Superiora.

—Antoñita Rodríguez, excelentísimo señor,—contestó la monja.

—¡Ah sí!—La hija de la Güera.

De ahí en adelante menudeó don José María sus visitas al convento de la calle de

Cordobanes y en 1812 pidió a la joven en matrimonio.

A pesar de la tierna edad de doña Antonia, que sólo contaba quince años de edad, le fué concedida su mano y se efectuó el matrimonio el 6 de junio, en la capilla de la Tercer Orden de S. Francisco, oficiando el antes nombrado Beristáin y siendo testigos el Conde de Regla y don Silvestre Díaz de la Vega, alias «Bandolón».

Fué madre de tres hijas, que por el título de su padre eran conocidas por «las Aguayo», fallecíó en 1860, y con ella desapareció el último recuerdo de «Venus y las tres Gracias».



BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

ALAMAN, LUCAS.

Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana desde la época de la conquista que los Españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia.—*México*, 1844.

Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1708 hasta la época presente.—*México* 1849-52.

ALEGRE, FRANCISCO JAVIER.

Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España.—*México*, 1712.

BERISTAIN, JOSE MARIANO

Biblioteca Hispano-Americana-Setentrional.—*Amecameca*, 1883.

BETHENCOURT, FRANCISCO F. DE

Anales de la Nobleza de España—*Madrid* 1889.

Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española. Casa Real y Grandes de España—*Madrid*, 1897-1913. En publicación.

BULLOCK, W.

Six months'Residence and Travels in Mexico. *London*, 1824.

CABRERA, CAYETANO

Escudo de Armas de México.—*México* 1746.

CALDERON DE LA BARCA, MME.

Life in Mexico, during a Residence of two years in that country.—*Boston* 1843.

CASTRO SANTA ANA, JOSE MANUEL DE

Diario de sucesos notables.—1753-1758-

CAVO, ANDRES.

Los Tres Siglos de México durante el Gobierno Español,hasta la entrada delEjército Trigarante.Obra escrita en Roma. Publícala con notas y suplemento el Lic. Carlos María de Bustamante y la dedica a los Sres. Subscriptores de ella, y protectores de la Literatura Mexicana.—*México*, 1836.

CONSTITUCIONES de la Real y Pontificia Universidad de México.—*México*, 1775.

CRUZ, SOR JUANA INES DE LA

Poemas de la vnica poetisa americana Musa dezima Sor Juana Inés de la Cruz Religiosa Profesa en el Monasterio de San Gerónimo de la Ciudad de México. Dedícalas á María Santísima en su milagrosa imagen de la Soledad. Sacólas á luz Don Juan Camacho Gayna, Cavallero del orden de Santiago. Cuarta edición.—*Madrid*, 1725.

DIAZ CALVILLO, JUAN BAUTISTA

Noticia para la Historia de Nusstra Señora de los Remedios.—*México*, 1812.

DICCIONARIO UNIVERSAL de Historia y Geografia.—*México*, 1853.

DOCUMENTOS inéditos o muy raros para la historia de México publicados por Genaro García y Carlos Pereyra.

Tomo V "La Inquisición en México.—*México* 1906.

Tomo X "Tumultos y Rebeliones acaecidos en México".—*México*, 1907.

Tomo XII "México en 1623, por el Bachiller Arias de Villalobos".—*México*, 1907·

FLORENCIA. FRANCISCO DE

"La Estrella del Norte de México".—*México* 1688.

Franco, Alonzo

Segunda parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México, Orden de Predicadores de la Nueva España. Año de 1645.—*México* 1900

Galindo y Villa, Jesus

Guía para visitar los Salones de Historia del Museo Nacional.—*México* 1895.
Epigrafía Mexicana—*México*, 1894

Garcia, Genaro

El Plan de la Independencia de la Nueva España en 1808--*México*, 1903..

Garcia Cubas, Antonio

El libro de mis recuerdos. Nociones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas, anteriores al actual estado social.—*México*. 1904

Garcia Icazbalceta, Joaquin

México en 1554. Tres diálogos latinos de Francisco Cervantes Salazar, con traducciones y notas.—*México*, 1875.

Coloquios Sacramentales y Poesías Sagradas· del Presb. Fernán González Eslava—*México*, 1877.

Gemeli Carer,i Gio Francesco

Giro del Mondo. Parte sesta, Contenente le cose piii nagguardevole vedute nella Nuova Spagna. In Napolli Nella Stamperia di Guiseppe Roselli, 1708.

Gomez, Jose, *Cabo de Alabarderos.*

Diario curioso de México.—*México*, 1854.

Gonzalez Obregon Luis.

Epoca colonial. México viejo. Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres.—*París y México.* 1900.

México viejo y anecdótico.—*París y México.* 1909

La vida de México en 1810.—*París y México* 1911.

Guijo. Gregorio Martin de

Diario de sucesos notables. Comprende los años de 1648 a 1664.— *México* 1853.

Lafuente. Modesto

Historia General de España. desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII.—*Barcelona*, 1888.

Marroqui, Jose Maria

La Ciudad de México. El origen de los nombres de las calles y plazas, del de varios establecimientos públicos y privados y no pocas noticias curiosas y entretenidas.—*México*, 1900.

Maura Gamazo, Gabriel

Carlos II y su Corte.—*Madrid* 1911.

Nervo, Amado

Juana de Asbaje. (Contribución al Centenario de la Independencia de México).—*Madrid*, 1910.

Nuñez Ortega Angel

Varios papeles sobre cosas de Mexico.—*Bruselas* 1883

Ortega y Perez Gallardo, Ricardo

Historia Genealógica de las familias más antiguas de México.—*Mexico*, 1908-1910.

Peñafiel, Antonio

Ciudades Coloniales y Capitales de la República Mexicana. Estado de Guerrero.—*México*, 1908.

Pimentel, Francisco.

Obras completas.—*México*, 1903.

Prieto Guillermo.

Memorias de mis tiempos 1840 a 1836.—*París y México*, 1906.

Ramirez, Aparicio, Manuel.

Los conventos suprimidos en Méxíco. Estudios biográficos, históricos y arqueológicos.—*Mexico*. 1861

Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias.—*Mérida*, 1756

Relación

Breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo Comisario General de aquellas partes. Apud "Colección de Documntos inéditos para la Historia de España", por D. Miguel Salvá y el Marqnés de la Fuensanta del Valle.—*Madrid*, 1872.

Rivadeneyra y Barrientos, Joaquin Antonio

Diario notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas, Virreyna de México, desde el Puerto de Cadiz hasta la referida Corte, escrito por un criado de su excelencia. D. A. J. R. B. F. D. M. Con licencia en México: En la Imprenta de la Bibliotheca Mexicana, año de 1757.

Rivera Cambas, Manuel.

Los Gobernates de México. Galería de biografías y retratos de los Virreyes, Emperadores, Presidentes y otros gobernantes que ha tenido Mexico—*México*, 1872.

Robles, Antonio de

Diario de sucesos notablea; comprende los años de 1665 a 1703 —*México*, 1854.

Romero de Terreros, Manuel.

Los Condes de Regla, Apuntes biográficos.—*México*, 1909.

Sedano Francisco

Noticias de México. 1756-1800. Con prólogo de D. Joaquín García Icazbalceta y notas del Presbítero Vicente de P. Andrade.—*Mexico*, 1880.

SOSA. FRANCISCO

Efemérides hisóricas y biográficas.—*México*, 1883.

El Episcopado Mexicano. Galería biográfica é ilustrada de los Illmos. Señores Arzobispos de México, desde la época colonial hasta nuestros días.—*México*. 1877.

VIGNAO VICENTE Y UHAGON, FRANCISCO R. DE

Indice de pruebas de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago desde el año de 1501 hasta la fecha.—*Madrid*, 1901..

Indice de pruebas de los Caballeros de Calatrava, Alcántara y Montesa desde el siglo XVI hasta la fecha.—*Madrid*.

WARD, H. G.

Mexico in 1827.—*London*, 1828.

WILSON, ROBERT, A.

Mexico and its Religión; with Incidents of Travel in that Country during Part of the Years 1851-52-53-54, and Historical Notices of Events connected with Places visited. *London*, 1856.

VILLA URRUTIA W. R. DE

Relaciones entre España y Austria, durante el reinado de la Emperatriz Doña Margarita, Infanta de España, Esposa del Emperador Leopoldo I. *Madrid* 1905.

INDICE

PROLOGO IX

LAS VIRREINAS DE NUEVA ESPAÑA

I. Las primeras Virreinas 1
II. La Marquesa de Villamanrique 3
III. Las esposas de varios Virreyes 8
IV. La Duquesa de Alburquerque 11
V. La Cendesa de Baños 15
VI. La Marquesa de Mancera 20
VII. La Condesa de Paredes 26
VIII. La Condesa de Galve y las Duquesas de Atlixco y Alburquerque 30
IX. La Condesa de Revillagigedo 36
X- La Marquesa de las Amarillas 40
XI. Las Gálvez. 50
XII. La Marquesa de Branciforte 67
XIII. Doña Inés de Jáuregui 72

PROCESIONES Y PASEOS

La Virgen de Guadalupe 81
La Guardia de Alabarderos de los Virreyes 90
Borlas doctorales 96
Fiestas campestres 105
Funerales del Marqués de Casafuerte 111
La Virgen de los Remedios 118
La toma de posesión y la entrada pública de un Virrey 125
Los caballeros de la Santa Veracruz 137
Las cocheros del Santísimo 142
Bendición de Banderas 146
Los Paseos 150

EL GRAN MUNDO COLONÍAL

La piedad de los Virreyes 161
Caballeros de Cristo 169
El Duende 175
La China 182
Los Borda 190
Los Cresos coloniales 195
Besamanos y saraos 202
La mejor parte 209
Un cruzamiento 213
La Marquesa de Herrera 219
Venus y las tres Gracias 224

BIBLIOGRAFIA 239

Laus Deo Semper.

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR
EN LA CASA DE FORTINO JAIME,
EN GUADALAJARA DE LA NUE-
VA GALICIA, A LOS 14 DIAS
DEL MES DE JULIO -
DE MCMXIX.

OBRAS DEL AUTOR

Apuntes biográficos del Illmo. Sr. D Juan Gómez de Parada, Obispo de Yucatán, Guatemala y Guadalajara.-México, 1908 *Agotada.*

Segunda Edición.—México 1911. *Agotada.*

Los Condes de Regla: Apuntes Biográficos. —México, 1909. *Agotada.*

Las órdenes militares en México.—México-1913. *Agotada.*

Viaje de la Marquesa de las Amarillas, descrito en verso por Don Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, impreso en México, en 1757: y ahora reimpreso en México, con notas.—1914 *Agotada.*

Arte Colonial.—México 1916. *Agotada.*

Florecillas de San Felipe de Jesús.—México, 1916.

Los corregidores de México, Madrid. 1917.

La Casa de Parada, en México.—Madrid, 1917.

Los Grabadores en México, durante la época colonial.—1917.

Arte Colonial. Segunda serie.— Mexico,

Torneos, Mascaradas y Fiestas Reales en la Nueva España,—México, 1918.

Residencias Coloniales de la Ciudad de México. Texto (con versión al inglés) del No. 2 de «Monografías Mexicanas de Arte», México 1919.

Hernán Cortés, sus hijos y nietos, Caballeros de las Ordenes Militares.—México, 1919.

La Casa de los Azulejos.—México, 1919.

El Estilo Epistolar en la Nueva España. Discurso de recepción en la Academia Mexicana, correspondiente a la Real Española.—México, 1919.

EN PRENSA

Ex Antiquis: Bocetos de la vida de la sociedad en la Nueva España.—Guadalajara. Imprenta de F. Jaime. 1919.

EN PREPARACION

The Minor Arts of Colonial México.

La Corte de Agustín I, Emperador de México

Los Condes de Regla, reseña histórica, biográfica y anecdótica de la familia Romero de Terreros, 2a. Edición.

Varios papeles sobre cosas de la Nueva España.



Tip. de Fortino Jaime. Ap. 101.- Guad.

Grabó: P. Imeda

